

Intervalo ALBUM



Escena de la película "El coleccionista".

10 OBRAS COMPLETAS de

Eça de Queiroz • Stendhal • Agustín Fontanella • Osvaldo Moro

Ken Bald • Gonzalo Hernández • Pedro M. Mazzino

Cristóbal M. Paz • William Faulkner • Alfredo Julio Grassi

sumario

PORTADA

Escena del film "EL COLECCIONISTA" (Columbia)

TRES TIEMPOS DE LLUVIA, por Pedro M. Mazzino
Mirando la noche mansa, ellos com-
prendieron su inmensa felicidad. Pág.
LA CIUDAD DE LOS CESARES, por
Alfredo J. Grassi

Así eran esos hombres. Heroicos,
hechos de sangre y acero, que con-
quistaban una tierra que en el futuro
iba a ser como un canto de esperan-
za. Pág.

DOCTOR KILDARE, por Ken Bald
Al amor filial, lleno de ternura y sa-
crificios, hizo posible la continua-
ción de un éxito que creían frustra-
do. Pág.

UN BUHO SE MIRA EN UN ESPEJO,
por Osvaldo Moro

Una vida distinta la esperaba, y ella
tuvo la oportunidad de ser fe-
liz. Pág.

PASION ITALIANA, por Stendhal

La incertidumbre se abría frente a
la proa de la embarcación, pero esa
incertidumbre apenas tenía importan-
cia para los que vivían una verdade-
ra dicha. Pág.

MUERTE EN LAS ALTURAS, por
Gonzalo Hernández

Ante las palabras de la amada, él
sintió renacer la esperanza en su do-
lorido corazón. Pág.

TRANQUERA EN SAUCE CHICO, por
Agustín Fontanella

El pequeño ranchito de paja y adobe
fue como un baluarte de la verdade-
ra justicia. Pág.

HISTORIA DE HOMBRES Y MUJE-
RES, por C. M. Paz

La desesperada imagen de la joven
sería para él la encarnación viva del
egoísmo humano y se sintió feliz de
no haber caído en una terrible tram-
pa de amor. Pág.

UNA ROSA PARA EMILY, por Wi-
lliam Faulkner

En el sitio donde debía ir el ataúd de
la infortunada mujer, se encontró una
rosa abierta en forma de cora-
zón. Pág.

LA ILUSTRE CASA DE LOS RAMI-
RES, por Eça de Queiroz

En el cielo claro, una estrellita titi-
laba como si su luz derramara paz
sobre la Tierra. Esa paz que ellos
tanto añoraban. Pág.

intervalo

ALBUM

4

13

26

37

50

66

79

91

98

109





tres tiempos de lluvia

Por PEDRO M. MAZZINO

Intermedio Álbum 120 - NY - 2/1966

Dibujos de O. MORAGA

¿Usted pinta?

Sí. Me especializo en retratos.

Eras una mujer-cita dulce, con la justa timidez que, aún entonces, resultaba insólita...



Alguien nos había presentado en esa fiesta que me pareció sosa hasta que tus ojos estuvieron acercando los míos...

Pero en esta época la fotografía ha suplantado a ese tipo de pintura.

No lo creo.

Tu voz, aún en contra de mis ideas, dibujó una imagen en mi mente: alas de palomas surcando un cielo sin vientos...

Pues yo sí. La técnica ha evolucionado y una buena fotografía puede captar el alma de una persona.

Eras la prueba para explicar lo que quería que supieras...

No es lo mismo. Una fotografía es capaz de captar un gesto, un sólo instante del alma. Parcializa la verdad. Podemos probarlo.

¿Cómo?



Salimos al jardín. Al amparo de una noche inmensa, sin Luna pero llena de estrellas, te pregunté:

¿Quiere posar para mí?

¿Ahora?

Sí. Quédese como quiera. Siga hablándome. Trataré de bosquejar su rostro.



Desde el salón, tamizándose entre los árboles, llegaba una música tenue, frágil, como tú. Eras hermosa lo dije, pero también tímida. Y, acaso, por serlo, te reconocías algún defecto. Por eso estabas nerviosa, pensando que tal vez mis ojos escrutadores destacaran la imperfección.

¿Lo ve usted? El que pinta puede captar varios momentos del alma de la persona retratada. Trasladar al papel un rostro lleva más tiempo que la fugacidad de una instantánea.



El dibujo te gustó. Lo adviné en tus ojos...

¿Soy así?

Mejor. No soy tan buen pintor.



Entonces analizamos la imagen grabada en el papel. Hablamos de tu mirada, de tu boca, de la línea de tu rostro dulce. Comenzaste a entender la diferencia entre una fotografía y una pintura capaz de representar las tonalidades de un alma. Yo comprendí que me gustabas y que podía llegar a amarte.

¿Puedo quedarme con el dibujo?

No.



Te extrañó la negativa...

¿Debo pagarle por él?
¿Cuánto?



Nada. Tiene valor sólo para una persona: yo.

¿Egoísmo?

No; garantía de que nunca será destruido. Yo lo guardaré.



Hubiera querido guardarte a ti, para siempre. Pero eras tímida y contagiabas, pura y podías interpretarme mal. Callé el deseo y regresamos al mundo. Ahora la música había cambiado. O quizá había cambiado mucho antes. Lo cierto fue que en el jardín siguió escuchándose el eco de aquella que marcó nuestra soledad.



¿Bailamos?

Sí.



Tu piel, contactando la mía, transmitió desde mi mano otra imagen: pájaro palpitando en el miedo de vivir...

Es hermoso.



¿Qué es hermoso?

Pero, verdad o mentira, realidad o imaginación, me impulsó a lanzar una amarra...

¿Nos veremos otra vez?

Sí, por supuesto.



El estar juntos era hermoso, pero no pude decirlo. Alguien pronunció tu nombre, llamándote y adviné algo que quizá no era verdad: tu deseo de quedarte conmigo.

Contestaste demasiado rápido. Si hubiera conocido menos tu pureza, te habría entendido mal. Pero eras pura, ímpera, incapaz de jugar al turbio suspenso de la coquetería...

Entonces será mañana. A las siete de la noche en...



Un lugar cualquiera. Una esquina de la ciudad grande, para hacerla punto de partida de un itinerario cargado de destino. Caminaríamos por las calles largas, hablando de los otros, de la vida, de todas las cosas que pasarían a ser nuestras.

De acuerdo. Mañana a las siete.

Y te perdiste entre la gente. Y te perdí para siempre. Porque era otoño y al día siguiente el cielo se deshizo en lluvia. Una intensa lluvia que puso gris a la ciudad y me obligó a esperarte en vano en la esquina de la cita frustrada...

(Ya no vendrá...)

(Cualquiera se hubiese espantado con esta lluvia.)

Y no nos vimos más. Dejé correr el tiempo sin buscarte, sin preguntarle a nadie. Desde entonces me costó pintar a las otras, que se extrañaron al ver una mirada que no les pertenecía injertada en sus rostros por mis pinceles, que seguían siendo fieles a tu recuerdo.

Pero hubo otra mujer. Hay otra mujer que no extrañó esa mirada en su rostro dulce. Esa mirada tuya que era la mirada de ella...

Debo reconocer que se ha esmerado.
¿Soy así? ¿Tengo esos ojos?

Sólo pinto lo que veo. Debe tenerlos, Vera.

Tiene usted una gran cualidad, Sergio: halaga sin halagos.

Entonces la miré. Acaso había pintado la mirada que, por tuya, aleteaba en mi cerebro, pero esa vez la mujer que había posado para mí la tenía. Y también tiene la misma pureza y tuvo la misma timidez...

Acaso se alegre menos que quien la pintó, Vera. Hubiera querido no terminar el cuadro.

¿Por qué?

Mi padre se alegrará cuando vea la tela.

Esa vez pude decirlo...

Para seguir teniéndola cerca. Ahora me quedaré sin el cuadro y sin el original.

Puedo dejarle una fotografía en cambio.

¿Casualidad? Destino. El milagro pudo ser. Ella logró que el olvido se volviera presencia. Lo demás fue como son todos los romances legítimos del mundo. No hubo imposibles, ni lluvias. O sí. Lluvia hubo una vez. Fue por la noche, luego de que juntos dijéramos un sí ante la verdad suprema, ante un altar lleno de claveles blancos...

Luego de una reunión simple e íntima. Cuando un tren lanzó un bramido y se arrojó a la noche sin estrellas y llena de lluvia.

¿No olvidamos nada?

¿Estamos los dos? ¿Entonces qué podríamos olvidar?

Nada. Pero recordé otra lluvia y una suerte contraria. Y te busqué en el bosquejo de aquella noche del jardín que llevaba entre mis cosas de siempre...



¿Qué buscas?



¡Esto. Míralo.



Ella te miró y creyó verse...

¿Cuándo lo hiciste? Me diste todos los dibujos, pero éste no lo conocía.

Iba a ser ella, pero eso que había ocurrido; el regreso de tu rostro de la primera vez, hizo que fuera algo más. Son parecidas, pero no iguales. Ella notó la semejanza...

¿Son mis estos labios? ¿Es frente? Ahora entiendo por qué no me entregaste este dibujo; no salí como soy.



Esa mujer no eres tú, Vera. Es otra.



¿Quién?

¿Por qué mentir? Había sido demasiado limpio como para mancharlo con una mentira o, aún, con la omisión de una verdad...



Es otra tú, pero que no fue.

Comprendí en seguida, porque era la verdad. Y preguntó hasta el límite de lo indispensable, porque sabía que también eso que nos unía era verdad...

¿Sabes una cosa? No me enoja, ni estoy celosa. Es más, me gusta que haya pasado algo así. ¿Puedo pedirte algo, Sergio?



Pide.

Seamos siempre así, ¿quieres?

Quiero, porque te quiero, Vera.



El milagro estaba. Y tú, trasfundiéndola en ella, viniste conmigo en ese viaje de novios que comenzó en una lluvia parecida a la otra que te había alejado.



Entonces dudé si acaso no eras ella, o ella tú, o las dos una. La misma, que se presentó dos veces para que en el lapso de ausencia aprendiera a amarla, sabiendo cómo podría ser de triste la circunstancia de perderla.

Ha pasado el tiempo. Hoy es verano, un verano lento y pesado. Vera está abajo, con los chicos. Acabo de levantarme y a pesar de la ducha fría, la pesadez del día me ha atrapado...

(Será una jornada bochornosa...)



(¡Ni una nube! La ciudad será un pozo caliente y habrá que a-sarsarse en el estudio.)

(¿Dónde diablos estará mi corbata azul?)



¿Has visto mi corbata azul, Vera?



Vuestro padre jamás recuerda donde deja sus cosas por la noche. ¡Ya subo a buscarla!



Aquí la tienes, justo donde la dejaste ayer.

Eres un ángel, querida.



No sé que haría sin ti.

Acaso recordar dónde están tus corbatas.



Volví a los niños y me dejó pensativo. Es la misma Vera de antes. La misma dulzura habita en sus ojos claros y en sus manos que mueven la casa, ese mundo suyo y mío que la ocupa el día entero...



(Estuve muy atareado este último tiempo. Debo de apurar nuestras vacaciones. Vera las merece.)

Entonces miré el reloj...



Llegaré tarde. Tengo una entrevista a las nueve. ¿Está el desayuno, Vera?

No. Los chicos están terribles esta mañana. Si esperas, lo prepararé en seguida.



¡Sabes que no puedo esperar!

¡Entonces vete sin tomarlo!



¿No nos das un beso esta mañana, papá?

Tienes razón, Pablo.



Después de todo, ustedes son lo mejor de esta casa.



Abrió la cochera y subió al auto. El ruido del motor ocultó el otro ruido de los pasos de Vera que llegaban en mi búsqueda. Cuando me alejaba alcancé a ver sus ojos que no pudieron, porque yo no lo quise, dejar en los míos una disculpa por la agria discusión que acaso había iniciado mi malhumor.



La entrevista larga profundizó mi hastío. Cuando concluyó, me sumergí en mi trabajo, buscando en vano una idea para satisfacer las exigencias de una de las empresas que nos confiaba la publicidad de sus productos.



¿Qué pasa, viejo? ¿Ninguna idea para ese afiche?

Era verdad. Pensaba en ellos y, sobre todo, en ella. Al llegar, por la noche, vería su gesto feliz, como si nada hubiese pasado esa mañana ni en el resto del día trajinado. Simplemente, se limitaría a contarme sonriendo las travessuras de los chicos, sin darles importancia.



Lo dijo sin dudar y sin intención de contemporizar. Es mi socio y mi amigo. Nos conoce. Y la felicidad no se puede fingir. A las seis y media de la tarde, alguien levantó las cortinas...

Se está nublando. Acaso llueva.



Un malhumor que se deshizo apenas estuve en la avenida bordeada de casas alegres y jardines floridos...

(Debí despedirme de, Vera. Dos niños y una casa justifican con holgura un desayuno atrasado...)



No es eso. Pensaba en mi casa.

¿En tu casa?



Es una suerte, ¿no crees?



¿Que los chicos estén endiabladitos o que tu mujer extreme su paciencia?

Después entré a la ciudad llena de gentes y cargada de verano. El día iba a parecerme largo en la oficina, a pesar del aire artificial y las cortinas que creaban un muro entre el trabajo y la calle...



Llegas a tiempo, Sergio. El ingeniero Acuña te espera.

(Sí. Los chicos estarán endiabladitos con este calor y mi mujer deberá extremar su paciencia.)



Es una suerte tener una esposa buena, sencillamente buena. ¿No te parece?

Siguro. Y tú la tienes, Sergio. Vera es un ángel.



Alcé los ojos y todavía no pensé en tí. Tampoco lo hice más tarde, cuando tras abandonar el estudio marchaba hacia la playa de estacionamiento en busca del auto, bajo las débiles gotas que comenzaban a caer desde un cielo plomizo y presagiente.



Pensé en tí después, cuando la lluvia se desató en torrente, desalojando las veredas y agolpando a los transeúntes en los huecos cubiertos de los negocios...



(Me empaparé si sigo hasta el estacionamiento.)



Me introduje en uno de esos huecos. Detrás mío entró una pequeña niña, rubia e impulsiva, que apoyó decidida sus zapatitos mojados sobre mis zapatos oscuros...



Pido disculpas al señor.



La voz que se dirigía a la niña tenía algo de paloma y cielo. Apuré mi recuerdo. Y cuando la pequeña alzó sus ojos buscando los míos, no los halló. Estaban fijos en tu mirada, inconfundible...

(Es ella... claro que es ella. Esos no pueden ser otros que sus ojos...)



Quise buscar tu nombre, pero no lo encontré. ¿Me reconociste? No lo sé. Acaso sí, pero quizá tu recuerdo no tenía la vigencia del mío...

(Es la misma. Su ternura y su timidez no han variado.)



Debes de tener más cuidado, hija.



Tu voz también era la misma, aquella del jardín. La que pudo decir un montón de cosas hermosas esa noche de la cita frustrada por la lluvia parecida. Estábamos cerca y sonreí a la niña...

No es nada, pequeña. Eres muy liviana para causar daño.



¿Lo ves, mamá? El señor ya me ha disculpado.



Ella, tu hija, trasladó a tus ojos mi sonrisa. Y sonreíste. El alma se te escapaba entre los labios. Era un gesto simple, pero lleno de bondad. Como tu alma, que trasuntaba la integridad de tu dicha.



Entonces dejó de llover. Miraste el cielo y con la niña de la mano te alejaste...

(Es feliz. Me alegro que lo sea.)



La felicidad no se puede fingir. Y supe ahí, por causa de esa lluvia que nos volvía a poner frente a frente, que eres feliz. Lo supe en la sonrisa clara de tu niña y en la mirada limpia de tus ojos de siempre.



Acaso supiste que yo también soy feliz, porque adivinaste en mi sonrisa que todo está bien, que la lluvia de aquel día estuvo bien.



Mientras regresaba a casa me fue invadiendo una agradable sensación de paz. Un contento que dejaba atrás el día pesado del verano lento...

(Será una linda noche. La lluvia ha despejado el aire.)



Desde la cochera oí las voces de los chicos y la risa de Vera. Entré y me recibieron tres caras alegres...

Estás empapado, Sergio. ¿Te sorprendió la lluvia?

Hola, papá.



Le contesté después de besarla, con unas palabras que Vera sólo entendería más tarde, cuando los chicos estuviesen dormidos y los dos hablásemos de los sucesos del día mirando las estrellas de la noche mansa.

Sí, pero está bien. Esta lluvia y la otra lluvia estuvieron bien.



FIN

CIRULAXIA

SUAVE LAXANTE

JARABE Y

GRACEAS



Consulte al odontólogo. Buches con CLORANGIOL SOLUCION antiséptico, desodorante, calmante eficaz. CLORANGIOL SOLUCION, auténtica solución para la salud de su boca y garganta.



Clorangioli

SOLUCION

VAMOS A REIR



-Así que lavando las sábanas,
¿eh?



-Ya estoy cansada de esta tontería.
¿Quieren decirme si hay
cestos aquí para tirar todas estas
fichas que uno gana?



-Tengo que contarte un secreto
to estupendo, Luisa.



-Bueno, volveré a hacerle otra
pregunta, señorita. ¡Ojalá
sea la correcta!

LA CIUDAD DE LOS CÉSARES

Por ALFREDO JULIO GRASSI

DIBUJOS DE ARANCIO

A principios del siglo XVI, cuando en los dominios de España no se ponía el Sol, los viajes ultramarinos se multiplicaron. Y una multitud de hombres heroicos y decididos se lanzó a la conquista de las misteriosas tierras descubiertas por Colón, para honra de sus nombres, gloria de su rey y prez de la religión cristiana.

Por mediación del conde de Lerma, ministro de Carlos V, el monarca autorizó a don Rodrigo de Córdoba a explorar y conquistar las tierras que se extendían entre la margen sur del Río de la Plata y el Estrecho de Magallanes.

Gracias, Majestad. Será para aumentar las tierras de nuestro mundo cristiano y vuestro Imperio que viajó al Nuevo Mundo.



No sé cómo agradeceros esta última oportunidad que tengo de servir a nuestra patria.

Hace quince años me salvasteis la vida en Flandes, don Rodrigo.

Viajaréis hacia un mundo extraño. Cuidad que los hombres que os acompañen sean fieles y de valor.

Ya los estoy reclutando. Me basta que sean buenos españoles deseosos de servir a Dios y a su rey.

Desde el día siguiente, y durante varios meses, pregoneros enviados por don Rodrigo, fijaron bandos en el puerto de Sanlúcar.

Quien busque acrecentar su honra y ganar la fortuna, el galeón "Sacromonte" zarpará rumbo a las Indias.



Pronto comenzaron a llegar voluntarios. El segundo oficial los recibía a bordo. Nuño Dávila era un hombre desdénso y brusco.

A ver, bergante. ¿Cómo te llamas?

Pedro de Alventosa, señor. Soy marinero práctico.

¡Todos son patanes del puerto!

No digáis eso, señor. Son hombres esforzados que buscan servir al rey.



El primer oficial de la expedición, Hernando de Sotomayor, antiguo capitán de Flandes, se despedía de sus amigos.

Aquella noche eran muchos los que se despedían.

Habéis perdido nuevamente, don Hernando.

El dinero no vale nada, don Carlos. Lo importante es la gloria, la aventura, ¡y en América encontrará a ambas!

Beatriz...

¡Luis! ¡Por fin! Temía que no pudierais venir ya.

Luis de Alvarado era el último vástago de una noble familia emparentada durante las prolongadas guerras de Italia.



Los dos jóvenes se confundieron en un estrecho abrazo.

He venido a decirte adiós, Beatriz.

¡No hables, por favor!



¿Es necesario que partas? Tengo un cruel presentimiento.

No queda otra salida. Tu padre no me ha querido otorgar tu mano, mientras no haya ganado fama y fortuna. Unicamente en las Indias podré hacerlo.



En aquel momento, el aya de la joven se acercó nerviosamente.

¡Beatriz! Vuestro padre, el conde de Lerma, ha regresado. Pregunta por vos.

Debo entrar, amor mío.



Toma este medallón con mi retrato. Si alguna vez corres peligro o te sientes solo, míralo y recuérdame.

Siempre lo llevaré conmigo.



Con un beso furtivo, los jóvenes se separaron, sintiendo en su angustia que tal vez aquella era la última vez que se veían.

Pero no solamente los enamorados trataban de no hacer ruido aquella noche.

¡Maldito cofre!



La suerte no acompañaba al ladrón.

¡Oh!

¡Ladrón! ¡Socorro!



¡Silencio!

¡Socorro! ¡A mí!



El ladrón trató de huir, pero su mala fortuna siguió persiguiéndolo.

¡Alto! ¡Alto en nombre del rey!



Pronto, alaspisadas de los perseguidores, se unieron al sonido de las olas. Diego, el ladrón, huía hacia el puerto.

¡Allá va! ¡Atención! ¡Detenedle!



Desesperado, sin aliento, el ratero buscó refugio en el Sacromonte.



¿Habéis visto a un hombre pasar corriendo?

¡Sí, huyó por el muelle. ¿Qué ha hecho?

La patrulla se marchó rápidamente. El marinero se volvió entonces hacia el oculto ratero.

Ya puedes salir...

No comprendo... ¿Me habías visto?

¡Sí, pero tranquilízate. En este barco hay más de un colega tuyo. ¿Cómo te llamas?

Diego Tolosa... ¿Vais a América?

¡Sí, soy Francisco Pérez, el contramaestre, y a ti te conviene acompañarnos. En tierras de Indias, podrás convertirte en un hombre como la gente. Servirás a Dios y al rey y podrás enmendarte.

Tienes razón. Si me permites quedarme a bordo, mañana me inscribiré. Conozco algo de navegación.

¡Magnífico! Baja a la cala y duerme hasta mañana.

Así llegó el momento de zarpar. Una muchedumbre se había agolpado en el puerto para ver cómo el Sacromonte se hacía a la mar.

¡Adiós, amor mío! ¡Dios te guarde!

Hasta mi vuelta, Beatriz.

Los cañones del puerto se unieron a la despedida de aquellos valientes que partían en busca de la gloria o la muerte.

Y así el Sacromonte, llevando a 236 marineros y soldados, zarpó rumbo a las lejanas tierras de América.



Don Rodrigo reunió a sus oficiales en la cámara de comando del galeón.

¿Qué curso seguiremos, piloto?



Yo fui soldado en Flandes, oficial en Italia y militar sin empleo en España. Por eso voy al Nuevo Mundo, para hacer fortuna y divertirme...

Espero que logréis vuestros deseos.



Los dos hombres se miraron con simpatía: la aventura movía a uno, el amor al otro. Podían ser amigos.

«El mismo que trazó don Sebastián El Cano, señor. Hasta las islas de Cabo Verde primero, y luego hacia el suroeste.

No veo la hora de llegar. Oro y aventuras. Me gusta esa perspectiva.



Yo quisiera estar de regreso ya.

El viaje no era tan tranquilo para Diego el ladrón. Su conciencia, el temor que lo acompañaba desde su desdichada niñez, la falta de seguridad, todo se reflejaba en sus pesadillas.



¡No! ¡No! ¡Yo no he sido!

¡Vamos! ¿Habéis tenido algo de mucho valor en España? ¿Vuestra esposa, acaso?

Mi novia, don Hernando, me espera. Por ella viajo a Indias, para ganar la buena voluntad de su padre y casarme.



¿Tú no has sido? ¿Tú no has sido qué?

¿Eh? ¿Dónde estoy? ¡Ah, olvídale, una pesadilla!



Por fin, tras semanas de navegación incierta, el Sacromonte llegó a las costas del Río de la Plata, donde Solís encontraría cruel muerte años antes.

¡Tierra!



Los tripulantes del galeón dieron rienda suelta a su alegría. Habían llegado a su meta.



¡Sotomayor! Bajad con Nuño Dávila y algunos hombres a observar la costa. Ved si hay naturales del país.

Sí, señor.



Descendieron en busca de noticias sobre aquel inmenso país inexplorado. El corazón les latía agitadamente; golpeaban a la puerta de la fortuna.



Habían hecho tierra en las proximidades de una pequeña aldea querandí.

¿Cómo demonios nos entenderemos con estos infieles?

Si no entienden, les haremos comprender con nuestras espadas, capitán.

Nada de violencias. No uséis las armas a menos que seamos atacados. Recordad que somos pocos y estamos en país extraño.

Un viejo indio se abrió paso entre sus compañeros y avanzó hacia los blancos. De su pecho colgaba un pectoral de oro puro que refulgía al Sol.

¿Somos amigos, verdad, hombres del gran navío?
¡¿Traéis regalos para Omagua?

¡Hablas castellano!
¡Esto es un milagro!

Omagua aprendió hace mucho tiempo con un náutico a quien salvó la vida.

Con voz que temblaba por la codicia, Nuño Dávila habló al oído de Hernando.

Debe de haber sido uno de los hombres de Magallanes.

Preguntadle de dónde sacó ese collar. ¡Es oro!

Callad. Todo a su tiempo.

Hemos venido como amigos. Queremos reaprovisionarnos de agua y alimentos antes de reanudar la navegación hacia el Sur.

Si sólo amigos, bienvenidos. Vamos a mi aldea.

La aldea indígena recibió cordialmente a los conquistadores.

Esta es mi hija Antara.

Te felicito; es muy bella.

Nuño Dávila no pudo resistir más tiempo la tentación y abordó al viejo Omagua. Necesita saber de dónde había sacado el oro de su pectoral.

Cuando era muy joven, niño casi, me perdí cazando y después de marchar muchas jornadas llegué hasta un país donde este metal abunda.

¿Dónde queda?

Muy lejos de aquí. Remontando primero las aguas del gran río y luego caminando hacia donde se pone el Sol. En ese país hay un rey blanco y una ciudad de piedra.

¡Cielos! Será lo que contaron los hombres de Caboto. La ciudad de los Césares... Don Rodrigo debe oír este relato, Sotomayor.



¡Os habéis apresurado, Dávila. ¿Queréis venir con nosotros al gran navío, Omagua? Te daremos regalos.

Está bien. Omagua no teme a los demonio del gran navío.



Los castellanos recibieron con curiosidad a los indios.

¡Qué extraños son! ¿Hablan nuestra lengua?

Sí, señor, y tienen importantes revelaciones que haceros.



El indio repitió su relato al jefe de la expedición. Si te damos muchos presentes, ¿estás dispuesto a gular a mis hombres hasta la ciudad de piedra y oro?

¿Por qué no? Omagua es ya viejo. ¿Qué puede pasarle?



Don Rodrigo se resolvió. Se desviaría de su curso como lo había hecho Caboto veinte años antes y remontaría el Paraná hasta el sitio donde era necesario seguir a pie a través de la selva. Se trataba de conquistar un Imperio para Carlos V.

Se reaprovisionaron de agua y reanudaron la navegación, remontando el caudaloso Paraná. Los días transcurrieron rápidamente.



Por fin anclaron, y en dos chalupas desembarcaron los miembros de la expedición. Su jefe era Hernando de Sotomayor y lo acompañaban Nuño Dávila y Luis de Alvarado.



La gran aventura comenzaba. Veinte hombres blancos a la conquista de la ciudad de los Césares. Los guardaba la gloria, o la muerte.



Avanzaron trabajosamente por la espesa selva litoraleña.

Debemos evitar un poblado de guerreros hostiles.





Con evidente satisfacción ante el dolor del blanco, Omapa cauterizó la herida con una daga al rojo vivo.



En aquellos momentos, Beatriz rezaba por su novio.



No solamente la selva era hostil. Ojos enemigos controlaban la marcha de la columna.



Esa noche acamparon sintiéndose agotados. De acuerdo con los cálculos hechos, tardarían otra semana en llegar a la ciudad fabulosa.



El grupo de castellanos dormía ya, bajo la mirada vigilante de Francisco, que montaba guardia en el campamento.



Debemos desviarnos nuevamente. Estamos en territorio enemigo.

Tú eres el gufa, pero no nos hagas perder demasiado tiempo.



El peligro acechaba constantemente. Al quinto día de marcha una víbora picó a don Hernando. Luis la mató, pero el daño estaba hecho.



Luis esbozó una sonrisa melancólica.

Pienso en ella, don Hernando.



Al día siguiente, la marcha continuó. Adelante, siempre adelante. Una voz parecía llamar a aquellos hombres desde el fondo de la selva virgen. La fortuna, la gloria, o la muerte.

En ese momento, una flecha surgió aparentemente de la nada, atravesó la garganta de uno de los soldados.



La bronca voz de los arcabuces resonó en el gigantesco ámbito de la selva americana.



Luego, los castellanos se lanzaron al combate cuerpo a cuerpo, que era para ellos el preferido.



Huyen, pero debemos darles un escarmiento. Condócenos a su aldea.

¡No! Son muchos; nos matarían a todos.



Llevado por su natural violencia, Nuño Dávila abofeteó al viejo indio.

Si el capitán ordena, debes cumplir. ¡A la aldea!

Dejadlo, Nuño. No quiero violencias, inútiles.



Una llama de odio se encendió por un instante en los ojos del indio y desapareció de inmediato.

Os guiaré, pero dejadme quedar en retaguardia con mi hija. Soy demasiado viejo para combatir...

Como quieras...



La doncella india se acercó a Luis de Alvarado tímidamente, mientras la columna continuaba su marcha hacia la aldea india.

Antara no quiere que te ocurra nada malo.

Gracias, Antara, pero todos corremos peligro aquí.



Una muda advertencia se pintó en los ojos de la muchacha.

Hace mucho tiempo, los hombres blancos que llegaron antes que vosotros, mataron a muchos de mis hermanos. Mi padre os odia.

¿Qué quieres decir? ¿Qué busca en nosotros?



La doncella no pudo seguir hablando con el castellano. Omagua la llamó con voz seca:

¿Qué habrá querido decirme? Hablaré con don Hernando.



Pero no alcanzó a hablar con su jefe. Habían llegado a la aldea indígena.

Allá es. Son grandes guerreros; ten cuidado.

Quédate en retaguardia. ¡Francisco! Custodiar a Omagua y a su hija.



Dejando a Francisco para que vigilara a su gufa, Hernando de Sotomayor avanzó hacia la aldea india con el resto de sus hombres. Los ocho arcabuceros abrían la marcha, seguidos por los infantes.

Los indios aparecieron en la entrada del poblado, lanzando escalofriantes alaridos. Una lluvia de flechas se abatió sobre el puñado de hombres blancos.



El estampido de las armas de fuego, que resonaban por primera vez en los oídos de los salvajes, obró milagros.

¡Se retiran! ¡A la carga contra ellos! ¡Por el rey!

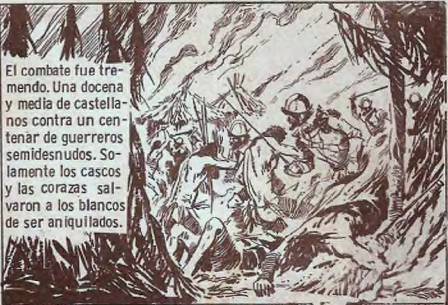


Poco a poco los castellanos forzaron el paso y entraron en la aldea. Allí la batalla se convirtió en una carnicería.

¡Santiago y a ellos!
¡Viva España!



El combate fue tremendo. Una docena y media de castellanos contra un centenar de guerreros semidesnudos. Solamente los cascos y las corazas salvaron a los blancos de ser aniquilados.



¡Alto! Dejadles huir. No volverán...

Capitán, Omagua ha desaparecido.



Fueron al sitio donde había quedado el guía. Encontraron solamente el cadáver de Francisco.

Lo asesinó y huyó, pero, ¿por qué?

Hoy su hija trató de advertirme algo y no le hice caso. Temo que el indio haya querido vengar antiguos agravios.



Los nervios de todos, tensos como cuerdas de una guitarra, estallaron entonces.

Desvainad y solucionemos esto.

¡Quietos!



Nuño Dávila pareció enloquecer.

¡Imbécil! ¿Os dáis cuenta que ahora estamos perdidos en la selva, sin guía para conducirnos a destino o para llevarnos de regreso?

Soltadme, Nuño.



Pero estaban demasiado excitados para obedecer al jefe. Pronto un círculo de soldados rodeó a los espadachines.



Pero Dávila, lejos de serenarse, abofeteó a Luis de Alvarado.

¡Por vuestra culpa, condenado, por vuestra culpa! ¡Hubiérais hablado a tiempo!

¡Maldición!



Dávila era mayor y más experimentado en el manejo de la pesada tizona militar, pero Luis era más ágil y poseía una técnica depurada.



El duelo duró pocos minutos.



Caminaron sin detenerse durante los dos días siguientes. Buscaban orientarse en medio de aquella selva espantosa, pero cuando alcanzaron un turbulento río, comprendieron la verdad. Estaban perdidos.



Por fin cesó la tormenta y en un claro de la selva acamparon los expedicionarios.

Espero que no se les ocurra a los indios atacarnos ahora, que tenemos los arcabuces mojados.



Eran tambores. Tambores de guerra que llamaban a los hombres al combate contra los invasores blancos.



La respuesta al rítmico golpeo del tambor fue una nube de flechas que cayó sobre el campamento.



Cuando por fin cesó el ataque, quedaban con vida solamente Hernando, Luis y Diego, el ladrón.



Aquellas fueron las últimas palabras del desdichado. Una flecha surgida de la espesura se clavó en su corazón.

Salgamos de aquí.

Caminaron. Caminaron... Buscaban el río que los llevaría hasta el Sacromonte.

¡No resisto más, don Hernando! ¡Seguid sin mí!

Tonterías. Apoyaos en mi brazo.

Casi sin darse cuenta llegaron hasta el río que habían cruzado aquella mañana.

Este río debe desembocar en el que los indios llaman Paraná, donde nos aguarda el Sacromonte.

¡Ved! ¡Un bote indígena! Pero es demasiado pequeño.

Los dos castellanos observaron la piragua: en ella no había sitio más que para uno solo.

Embarcad. Yo seguiré por la costa.

De ninguna manera, capitán. Sols el jefe. Debéis regresar vos. Yo caminaré.

Hernando no perdió su tiempo en discutir. De un golpe desmayó al joven y lo depositó suavemente en la piragua.

Buen viaje, y mis saludos a tu Beatriz.

Ahora estoy preparado para lo que venga.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Rumor de pies descalzos entre la espesura le reveló que su hora había llegado.

Los salvajes atacaron valerosamente, y el castellano los esperó a pie firme.

Pero todo era inútil y Hernando de Sotomayor lo sabía. Su única posibilidad era morir como había vivido: luchando con honor.

Cayó al agua turbulenta del río y flotó boca abajo, tiñendo el líquido de rojo. Los gritos de los indios lo siguieron, pero ya no pudo oírlos.

Quando Luis recobró el conocimiento, era de noche. La piragua flotaba dulcemente rumbo a la desembocadura del río.

¡Dios mío! ¡Se sacrificó por salvarme!



A bordo del Sacromonte cundía el desaliento.

La tripulación está inquieta. Los indios nos han atacado dos veces. Además, no cumplimos con las instrucciones dadas por Su Majestad de navegar hacia el Sur.



Lo sé. Esperemos un día más. Alguna noticia de don Hernando me llegará.

Al día siguiente se aprestaron para proseguir viaje.

¡Izad las velas!



En el momento en que el navío zarpaba, un grito atrajo la atención de todos.

¡Ese bote! ¡Trae un hombre blanco en él! ¡Un cristiano!

¡Echad anclas! ¡A la maniobra!



Luis de Alvarado se había salvado milagrosamente. Enfermo, agotado, pero con vida.

Han muerto todos, señor. Hemos sido derrotados por la selva; los indios y las mentiras de Omagua. No existe la Ciudad de los Césares. Todo fue inútil.



Una mirada profética iluminó los ojos del viejo soldado de Castilla.

Yo no diría tanto, don Luis. Hemos venido a estas tierras a buscar algo más que ciudades de oro. ¿Acaso creéis que debemos darnos por vencidos y regresar a España?

¡Oh, no, señor! Yo deseo continuar adelante, aunque yo no estoy seguro de mis razones.



¿Queréis que os las diga? Es sencillo y hermoso, don Luis. Gracias a la sangre que Castilla pierde en estas tierras. Gracias a la desesperación y la muerte de todos los que buscan en este Continente algo más importante que el oro, muchos sin saberlo siquiera.



Algún día en América habrá pueblos, y ciudades, y naciones. Y habremos entregado para gloria de Dios, un nuevo mundo amplio y generoso a la Humanidad.



Así eran esos hombres. Heroicos, hechos de sangre y acero. Así era esa tierra. Profunda, misteriosa, a veces cruel, siempre incitante. El escenario estaba preparándose para que la Historia jugara en él su centenario tema hacia el futuro. Un futuro de glorias y sufrimiento, de bienestar y esperanza.

FIN

SONRÍA



-¿No les dá vergüenza haber dejado solo al pobrecito? Ya verán cuando los denuncie.



-¿Qué tal siguen tus relaciones con Jorge, hija mía?



-¿Desde cuándo siente esa sensación de vive a cuerda, señor?



-Cambia otra vez de lugar esa piedra, querido. ¿Y si el árbol lo pusieramos aquí?

USTED TAMBIEN PUEDE SER DETECTIVE

Capacítese para la más
apasionante
y provechosa actividad.

En los Estados Unidos el 85%
de los crímenes y delitos son
descubiertos por detectives
particulares.

Infórmese sin compromiso
remitiendo el cupón a:

**PRIMERA ESCUELA
ARGENTINA
DE DETECTIVES**

DIAGONAL NORTE 825
10º Piso -BUENOS AIRES



Cursos por Correspondencia

CORRESPONDENCIA SIN MEMBRETE RESERVA ABSOLUTA

NOMBRE Y APELLIDO

Domicilio

Localidad Pcia. 29

INSTITUCION FUNDADA EN 1953

Dr. KILDARE

en: AMOR MATERNAL

POR KEN BALD



No te quedes ahí mirándome como si estuvieras viendo un monstruo o un fantasma. Ayúdame.



Puedo hacer un nudo de cirugía a ojo cerrado, pero este maldito nudo... ¿Tú sabes cómo se hace?



Porque... Bien, supongo que lo sabrás tarde o temprano... Porque hace veinte años, en Viena, me enamoré de una chica.



María no sólo era hermosa, sino que tenía la voz más gloriosa del mundo. Prepárate para una velada encantadora, Jim.



Aunque te cueste creerlo, Jim, alguna vez tuve tu edad. Y me enamoré perdidamente de María Weber. Eso sucedió en Viena.



¡Chilist!

Mi conocimiento de Sansón y Dalila es muy escaso, señor, pero creo que su María Weber no ha entrado a tiempo.

¡Oh, lo siento!



Mientras el director eleva su batuta..., por tercera vez..., la gran diva comienza a cantar.



¿Qué le pasa a María? No sigue el compás de la orquesta...

¡Ha dejado de cantar!



Una mirada de horror nubla el rostro de María Weber.



... y, de pronto, la gran cantante abandona presurosamente el escenario.

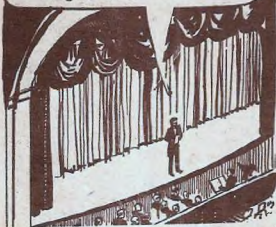


Dice que se llama Leonard Gillespie, y que es un viejo amigo.

¡Ya te dije que no quiero ver a nadie! ¿Leonard? ¿Has dicho Leonard Gillespie? Sí..., sí... ¡Quiero verlo! ¡Ahora! ¡Ahora!



Lamento anunciarles que la señora María Weber no podrá seguir cantando.



Enfermó repentinamente. Su lugar será tomado por la señora Gina Milani. El resto del reparto continuará siendo el mismo.



Quiero ver a Leonard Gillespie... ¡ahora!



¡Leonard! ¡Tú lo has visto! ¡Has presenciado la vergüenza de María Weber!
¡Oh, mi querido y viejo amigo! ¡Cuánto te necesito!



María, ¿qué pasó en el escenario?

Un velo, Leonard. Un profundo velo negro descendió enfrente de mí, y repentinamente olvidé mi papel. Imagínate... ¡Olvidar el papel de Dalila, que fue el que me hizo famosa!



Leonard, ¿por qué te quedas mirándome así? ¿Ves algo malo? Piensas que me estoy volviendo vieja, ¿verdad?



Dije que eres hermosa, y que sospecho que sé lo que te pasa, María.

Entonces dímelo, Leonard. ¡Ayúdame, mi viejo amigo!



Creo que estás más hermosa que nunca, María. Y también creo algo.

Leonard, ¿qué has dicho? No puedo oírte.



María... estás leyendo mis labios, ¿verdad?

¿Cómo... cómo lo sabes... Leonard?



María Weber es la famosa cantante, doctor Ryson. Ella cree que se está volviendo sorda.

Y comete la tontería de avergonzarse al admitirlo.

Yo creo que la vanidad causa más daño que un bacilo infeccioso.



La señora Weber está aquí, doctor.



Era María Weber la que entraba allí. ¿Conoces a la famosa estrella de la ópera? ¿Crees que tiene alguna dificultad con su oído?



Supongo que sí. Si no, ¿por qué se metería a hurtadillas en el consultorio de un otólogo?

¿Es otosclerosis, doctor?



¿Cómo podría una soprano conocer esa afección por su nombre, María?

Mi querido Leonard, he tenido veinte años de triunfos, fortuna y excitación. Y si debo abandonar la ópera, lo haré llevando hermosos recuerdos.



Lo sé todo, Leonard. La otosclerosis es la formación de un hueso esponjoso en el oído interno, ¿verdad?



Bien, mi querida María. ¿De modo que no estás en absoluto preocupada por la posibilidad de sufrir de sordera?

¿Qué grado de gravedad, doctor Ryson?



¿Gravedad, Leonard? Esa mujer está perfectamente bien, créamelo.

Pero..., ¿y su sordera?



No está más sorda que yo..., o que el joven Kildare.

Llévame a High Hopes.
Y quiero llegar allá cuan-
to antes, Charles.

Sí, señora.



Haz lo acostumbrado
cuando lleguemos, Char-
les.

¿Detener el co-
che junto al por-
tón, y que mada-
me entre a pie
a la casa?

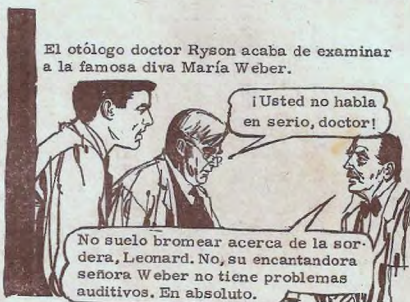


Sí... Ella es-
perará eso.

El otólogo doctor Ryson acaba de examinar
a la famosa diva María Weber.

¡Usted no habla
en serio, doctor!

No suelo bromear acerca de la sor-
dera, Leonard. No, su encantadora
señora Weber no tiene problemas
auditivos. En absoluto.



¡Pero si interrumpió una actua-
ción en escena porque no podía
oír la orquesta! Y... estoy se-
guro de ello... María ha apren-
dido a leer los labios.



Mientras, en High Hopes, la casa de cam-
po de María Weber...

Amor mío... lamento
haber llegado tarde.



—¿No le importa si trato de ave-
riguarlo, señor?

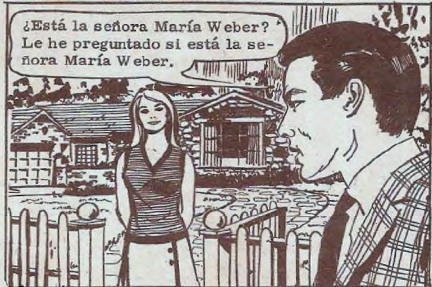
¿Por qué habría de fingir
María estar sorda, Jim?
No se explica.



Bueno, si se refiere a una María Weber, que
esa una señora alta y hermosa, que ha-
bla con acento extranjero, es la que alquila
la vieja mansión Blaine.



¿Está la señora María Weber?
Le he preguntado si está la se-
ñora María Weber.



Le vuelvo a preguntar si está la señora María Weber.

¡Sí. ¿Ella lo espera, señor?

¿Quién es ese nombre con quien está hablando Lisa?

No lo sé, señora Weber. Jamás lo he visto antes.

Creo que... No...
No puede ser...

No, la señora Weber no me espera, precisamente, señorita. Soy colega de un amigo de ella, el doctor Leonard Gillespie.

He oído a María hablar del doctor Gillespie.

¡Oh, señora Weber! Pasaba por aquí, y esta señorita... cuyo nombre no sé..., fue lo bastante amable para...

¿Mi nombre? Soy Lisa Klemper.

Doctor Kildare, si necesita que lo lleven de vuelta a la ciudad, tendré mucho gusto en prestarle un coche. Lisa, hijita, volvamos a la casa.

¡Pero, mamá! El doctor Kildare ha venido a visitarte.

No... El dijo que pasaba por casualidad. Y estoy seguro de que quiere volver a su trabajo. Buenos días, doctor.

(La madre no está sorda. ¡Pero la hija sí lo está realmente!)

¿Qué ha pasado con María Weber, su operática amiga que quería hacerse pasar por sorda?

Podré contestar a esa pregunta...



... cuando mi impetuoso y joven colega Kildare vuelva de una expedición que está haciendo para curiosear.



Mientras...

Curiosa experiencia... Examinar a una hermosa y talentosa mujer que se gana la vida cantando... y descubrir que finge sordera. ¿Por qué?

¿Por qué una cantante de ópera con una hija sorda, fingiría ella misma estar sorda?

¡Doctor Kildare!



Supongo que no hay nadie más estúpido que una vieja soprano, doctor. ¿Podría perdonar mi rudeza y pasar a la casa?



Usted ha conjeturado, por supuesto, que mi hija Lisa está sorda.

Sí... Noté que lee los labios.



Nació así. Durante años, traté de abandonar la escena, para dedicarme por entero a ella. Pero esta criatura no me permite hacerlo.



Ella... ella dice que la ópera es toda mi vida... y que sólo vivo cuando actúo. Estoy desesperada...



¿Y usted piensa que si convence al público... y a su hija... de que está sorda, ella no se sentiría culpable si usted abandonara el canto?

Ese era mi plan... ¿Es una tontería?



Durante años, representé egoístamente el papel de María Weber, prima donna, en lugar del papel de María Weber, madre.



Egidio Esteban/2019

Adoraba los aplausos... y el encanto de mi pequeño mundo íntimo.



No era mi pequeña Lisa la que estaba sorda. ¡Era yo! Estaba sorda a sus necesidades... ¡Oh, la llevé a todos los médicos que pude encontrar!



Pero no era medicina lo que ella necesitaba. Necesitaba amor y comprensión... Necesitaba a una madre.



Le enseñé a leer los labios... a modular su voz de modo que fuese prácticamente imposible descubrir que ella era sorda. ¡Todas apariencias!



Y entonces... un día de dolorosa revelación... la vi mirando... mirándome tan trágicamente... tan ansiosamente... como diciéndome...



"... ayúdame, madre", "acercate a mí", "desecha el aplauso y las luces fatuas..."



¿Y por eso quiere hacerle creer que usted está sorda?



Egidio Esteban Passamonti/2019 - Columberos



Es una chica sensitiva, doctor Kildare. Quedaría destrozada si creyera que abandono la ópera por dedicarme a su cuidado.



¡Por favor se lo pido! ¡Dígame que estoy quedándome sorda! ¡Que una prima donna sorda está condenada! ¡Hágalo, si tiene un poco de piedad en el corazón!



Es acerca de mí... y Erich... quiero decir Erich Landau.

¿El pianista que me acompaña?
¿Que hay de ti y Erich, Lisa?

El quiere casarse conmigo... Yo yo... yo lo amo, mamá.

¿Has dicho que Erich quiere casarse contigo, y que tú lo aceptas?





¿Preguntas cuándo supe que lo amaba?



Hace mucho tiempo que lo amo. Y también hace mucho que él me ama. No le importa que yo sea sorda, mamá.



Soy una mujer, mamá. Nos hubiéramos casado hace mucho tiempo..., si no hubiese sido por ti.



Más tarde...

¿No es deliciosamente irónico, Leonard, que cuando por fin me convertí en una madre ansiosa de sacrificarme por la felicidad de mi hija, haya descubierto que ella se ha estado sacrificando por mi felicidad?



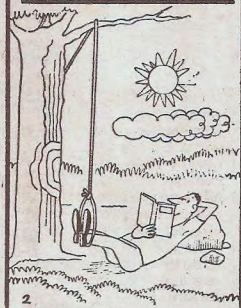
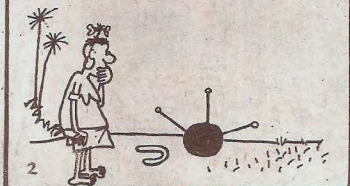
¿Y has comenzado nuevamente a oír bien? ¿Y continuarás tu carrera?



FIN

SIN

PALABRAS



un buho se mira en un espejo

Por OSVALDO MORO

Intervalo Álbum 120 -XV- 2/1966

DIBUJOS DE VOGT

Fines de verano en las montañas. Llegan los últimos veraneantes. Son una clase especial. Evitan el bullicio de los niños que se fueron porque pronto tendrán que ir al colegio y aprovechan las tarifas económicas de los hoteles por cierre de temporada.



Bajo esas circunstancias habían llegado Teodoro Avila Ríos, su madre doña Elvira, su prometida Clara y una anciana tía de ésta para la cual el veraneo era nada más que dormir.



Habían viajado en silencio. Algo ocurría entre la pareja después de un noviazgo de diez años, en el que la boda siempre "inminente" fue suspendida varias veces.



Teodoro y Clara eran empleados de la Sección Contaduría de una compañía de Seguros, en la que el padre de Teodoro había llegado a ser subgerente, pocos meses antes de morir de una sorpresiva peritonitis.

Clara había nacido en Santa Rosa, La Pampa. Con su vieja tía, que era toda su familia, había viajado a Buenos Aires, tomando un cuarto de pensión en casa de doña Elvira Avila Ríos.



Ahí comenzó la amistad con Teodoro, que terminó en un amor manso, sin apasionamientos; en ese romance desterrado y pobre de ahora.



Quizá ya no se amaran; quizá ya todo era acostumbramiento, habitualidad. Se veían todos los días en la casa y en la oficina. Viajaban juntos, comían juntos, veraneaban juntos, estaban en silencio juntos.



La boda se había suspendido varias veces por distintos motivos. Entre ellos había problemas económicos que no se solucionarían jamás y también estaban las repetidas enfermedades de doña Elvira, que según alguno de los muchos médicos consultados, su verdadera enfermedad era no estar enferma.

Clara no se entendía con su futura suegra. Aquella misma noche, en las sierras, tuvieron un altercado. Fue después de cenar. Estaban en la solitaria galería del hotel. Doña Elvira se quejó como siempre.



La gente "pobre" como nosotros no tiene que tener pretensiones de tener vacaciones costosas como ésta. Los hoteles están cada vez más caros y peor atendidos.



Egidio Esteban/2019

Trabajamos horas extras todo el año ahorrando para hacer este viaje.

Podría haberse gastado ese dinero en pintar el departamento.

Por eso pierda cuidado. En un fin de semana, si nos ponemos, Teodoro y yo podemos pintarlo. Son cuatro piezas chiquititas.

Clara, vos siempre tenés la solución para todo a costa del trabajo de mi hijo.

Por favor, no discutan. Tratemos de tener estos quince días en paz.

Dícelo a tu prometida. No te olvidés que soy tu madre y que hay advertencias que está muy mal que me hagas. Me debés respeto.

Teodoro llamó. Clara se puso de pie y se encaminó hacia la escalera que la llevaba al gran parque, más allá del cual se extendían las sierras.

¿Adónde vas?

A caminar, ¿puedo?

Clara, ¿cómo me preguntás si podés ir a caminar?

Te pesa el noviazgo, ¿no?

Me voy a caminar.

No quiero quedarme sola.

Quedate, Teodoro. No voy a extraviarme.

No sé. Siento como si estuviera rodeada de barrotes; como si de pronto hubieran construido a mi alrededor un calabozo.

Te acompaño.

Tené cuidado. Es de noche.

¿Qué querés decir con eso?

Usted encerrada siempre en su rencor y en el recuerdo de un pasado que no volverá. Teodoro con su cobardía. Mi tía siempre cansada y siempre durmiendo. Y yo con mi aburrimiento y mi indiferencia.

Hay Luna. La Luna es mi amiga. No me sentiré sola. Al menos por un momento no me sentiré sola.

Lo entiende muy bien, señora. Dije que estamos solos y lo repito. Los cueros estamos solos...

Los cuatro estamos solos, muy solos. No nos cansamos de estar juntos y de estar solos. Usted y tía en el departamento, nosotros dos trabajando en la oficina.



En la compañía de seguros la disciplina y los números nos obligan a estar solos. Cuando regreso a casa su agresividad que nunca se acaba, nos obliga a estar solos. Siempre solos. Somos cuatro solitarios.



Yo tengo a mi hijo...

Se equivoca. Porque Teodoro le diga a todo que sí, no suponga que eso es tenerlo. Al contrario. Su hijo está muy lejos de usted.



Teodoro buscó terminar aquella discusión que se volvía esfrizante.

Clara, por favor, ¿no te ibas?

Sí, sí, ya me voy...



Es mejor que me vaya a caminar. Por lo visto no nos olvidamos nada en casa. Trajimos en nuestro equipaje todo. Desde nuestro cepillo de dientes, hasta nuestras rencillas, que son siempre las mismas.



Teodoro, ahora tu madre te dirá por millonésima vez que yo no te convengo para esposa y vos te callarás, como siempre...

Clara, no me digas eso...



Clara se fue. Caminó un buen rato. La Luna la acompañaba. Había un silencio frío y verde rodeándola. Aspiró el perfume profundo que subía desde la tierra cansada. Se sentía libre.

No supo por cuánto tiempo estuvo caminando. En algún momento se sentó a descansar. La noche era un poco su amiga, como lo era la Luna, como lo eran los árboles que iba encontrando, y también las piedras del camino. Clara amaba a la naturaleza.



Sorpresivamente escuchó música. Al principio el sonido de algunos pocos instrumentos y después de otros muchos más, hasta constituir una gigantesca orquesta. Tocaban la sinfonía número 3 de Johannes Brahms.



Clara miró con asombro a aquellas muchachas y muchachos que vestidos con ropas simples, multicolores, deportivas, ejecutaban una maravillosa sinfonía bajo las estrellas, respondiendo a las órdenes energéticas del director Ramiro Llanos.



Sobre el final Clara no pudo reprimir un impulso y aplaudió. Su aplauso único sonó sorprendente. Todos se volvieron a mirarla.



Perdón...

Muchas gracias, señorita. No esperábamos tener público esta noche.



Ramiro se aproximó a Clara.

Venga. Acerquémonos a aquel fuego. Ha llegado justo a tiempo para escuchar nuestro último trabajo del día y para compartir nuestro café.



Todos los años organizamos estos campamentos musicales. La gente joven se reencuentra con la buena música. Esta vez nos dedicamos a la obra de ese viejo extraño que fue Brahms.



Cuando estuvieron cerca del fuego, Clara pudo ver bien a Ramiro Llanos. Era alto, delgado, rubio. Sus ojos celestes estaban siempre muy húmedos y llenos de una luz dorada que le venía de adentro, del corazón, del alma, de su enorme pasión por la música.

Clara se sintió un poco turbada. Ramiro la invitó a sentarse sobre unas piedras. Le alcanzó un jarro con café que ella sostuvo con sus dos manos.



¿Por qué eligieron a Brahms?

Tenía que preguntar algo. Clara sentía miedo frente a ese silencio fuerte que se desprendía de Ramiro.



Amo la música de Brahms...

Hans von Bülow, pianista, compositor y amigo de Wagner hasta que éste le robó la mujer que amaba, dijo que Bach, Beethoven y Brahms, son los tres más grandes compositores de la historia musical del mundo.



Pocos grandes músicos tuvieron más dificultades en sus primeros años que Brahms. Era tan pobre su familia, que su padre, ejecutante de contrabajo, le permitía que tocara en las tabernas de marineros, cerca de los muelles de Hamburgo, cuando tenía apenas 13 años...



"Para escapar del ruido, del humo y de la turba de rufianes, el joven Brahms colocaba frente a sí, sobre el piano, un libro de versos en vez de papel de música, pues todo lo podía tocar de memoria."



"Cuando cumplió 20 años se asoció a un cñgrafo llamado Reményi que tocaba el violín y viajó con él a pie dando conciertos en los pueblos."



"Reményi conocía al celebre violinista Joachim, y éste, al descubrir el genio de Brahms con sólo oírlo tocar, le dio una carta para Liszt, quien por entonces vivía en Weimar en la cumbre de la fama y el poder, y otra para Schumann."



"Schumann y su esposa Clara, una de las más famosas pianistas de la época, acogieron a Brahms y su música con los brazos abiertos y aquel joven tímido que había ido a su casa a tocar media hora, se quedó con los Schumann cinco semanas."



"Cuando Schumann tuvo que ser recluso en un manicomio, Brahms fue el amigo en quien Clara halló apoyo y consuelo. Poco a poco se fue prendando de ella hasta llegar a amarla locamente."



en columberos.blogspot.com.ar
Lea la miniserie «Con los nervios de punta»

-No obstante... -continuó diciendo Ramiro- cuando murió Schumann dos años más tarde, Brahms no dijo una palabra de matrimonio. Creía no merecer el cariño de Clara...



Alguna vez le fue que Brahms pasó la segunda mitad de su vida en Viena, que fue un solterón generoso en privado, pero esquivo y hasta un poco burdo en público.



Dicen que vivía en los más humildes cuartos de alquiler y se levantaba todas las mañanas a las cinco a hacerse su café. Dicen que quienes lo trataron amaron al niño que había en él...



Le gustó a Ramiro que Clara le hablara de Brahms. Y ella se sentía feliz. Por fin podía conversar con alguien sobre un tema distinto al de los seguros o al de los hechos superficiales de todos los días.



Se le ha enfriado el café con la charla. Deme su jarro. Voy a cambiárselo.

Las manos de Clara habían rozado la piel de las manos de Ramiro. Ella sintió algo extraño entonces. Fue un estremecimiento nunca vivido antes. Siempre se sabía contener, pero frente a la personalidad arrollante del músico, no lograba dominarse.



¡Sírvase...

Gracias...

Sorpresivamente sonó un cuerno en el bosque cercano.

¿Qué es eso?



Es la señal para indicar que ha llegado la hora de irnos a dormir. Tengo que dar el ejemplo y ser el primero en meterme en mi carpa. Mañana puede volver si quiere...



Clara regresó al hotel. Teodoro la esperaba en el vestíbulo. Estaba preocupado por su tardanza.

Ya estoy aquí. Quedate tranquilo.



Clara, ¿qué te ha ocurrido? Estás extraña.

No me ha ocurrido nada. Vamos a dormir. Ya es tarde. Estoy cansada. Caminé mucho.



A la mañana siguiente, durante el desayuno, Clara relató su visita al campamento musical. A su futura suegra no le pareció bien. Teodoro, en cambio, se entusiasmó, no precisamente porque él pensara en ir a escuchar a aquella orquesta, sino por Clara.

Teodoro sabía que a Clara le gustaba la música clásica. Ahí tenía una buena oportunidad para encontrarse en un ambiente que siempre le había gustado frecuentar.



Podés irte desde el mediodía. Seguro que por la tarde ensayan. Siempre es interesante presenciar un ensayo. Dicen, al menos...



Teníamos programada una excursión, ¿no?

Podemos ir vos, la tía y yo. Que Clara vaya al campamento. Yo sé que va a sentirse feliz entre esos chicos...



...y Clara volvió al campamento. Ramiro la recibió con una amplia sonrisa. Sorpresivamente se había levantado un fuerte viento que comenzó a arrastrar pesadas nubes de tormenta.



Vayamos hasta la carpa grande. Vamos a tener lluvia.



Ramiro no se equivocó. No habían terminado de entrar en la enorme carpa, cuando se echó a llover.



Clara sonrió. Iba a decir algo, pero calló. Costaba hablar y entenderse en medio de aquellos muchachos y muchachas que se ocupaban en afinar sus instrumentos o en ensayar algunos renglones de una partitura, cada uno por su lado, sin molestar-se.

¿Cómo no se confunden? Cada uno toca junto al otro una cosa distinta.



Cada uno de ellos tiene su mundo, que al fin y al cabo es el mismo mundo de amor por la música, pero a veces se aíslan uno del otro, para luego, cuando forman la orquesta, reunirse purificados, perfectos, transportados y transparentes...



¿Lo es todo la música para usted?

No puede ser todo. Tengo dos hijos. Ellos también son mucho.



¿Es feliz?

¿Feliz? ¿Qué es la felicidad? ¿En dónde está la felicidad? Y usted, ¿es feliz?

Clara se sintió sorprendida. Le perturbaba enfrentar de pronto el mundo íntimo de Ramiro. Pero no podía callarse; no podía quedarse callada como lo hubiera deseado.



No sé. Pienso que la felicidad es una cosa distinta en cada uno.

Puede ser. Mi esposa, por ejemplo, decía que era feliz con la vida que teníamos. Yo no; yo no lo era ni lo soy.



Ramiro había hablado de su mujer. Clara deseó encerrarse otra vez en su silencio protector, tímido; un silencio que la separase de él. No hablar. Quería no hablar. No decir nada más.



Clara se sintió herida. Ramiro había sido un poco violento. Casi sin despedirse, ella se volvió para dejar la carpa.



Pero Clara no regresó al día siguiente. A consecuencia de la tormenta que se había desatado la tarde anterior, su futura suegra había sufrido una mojadura que la tenía en cama con un principio de congestión.



¡Qué extraño! ¿Quién puede ser?

Voy a ver...



No fue una sorpresa para Clara encontrarse frente a Ramiro. Lo esperaba. Ella también, en clara forma, se había dado cuenta de cómo era el músico.

Venga. Pasémos al bar...



Me costó mucho trabajo dar con usted. ¿Por qué no volvió más al campamento?



Clara le explicó lo que había ocurrido con doña Elvira.

Temía que estuviera enojada conmigo. La última vez que conversamos fui un poco brusco.



Clara...



Teodoro había entrado en el bar. Clara trató de mantenerse serena. No sabía por qué, pero temía el enfrentamiento de esos dos hombres. Los presentó y se quedó mirándolos. Ninguno de los tres habló por un instante.

Venía a invitarlos. Esta noche hacemos nuestro concierto de despedida. Mañana nos vamos. Es un concierto público. Se puede aplaudir...



Clara sonrió. Ramiro había señalado el detalle del aplauso para recordarle la noche en que se conocieron. ¿Por qué él no podía haberla olvidado; por qué la tenía presente?

Continuaron hablando. Teodoro se limitó a escuchar. Clara sintió agrandarse la personalidad del músico frente al silencio respetuoso de su prometido. Minutos más tarde, Ramiro se fue.



Habían terminado de cenar cuando Teodoro vio a Clara abrigarse.

¿Vas a salir? ¡Claro! Olvidé el concierto. Llévate mi poncho de vicuña; es más abrigado.



No hace mucho frío. Además, no voy al concierto. Creo que desde la terraza del hotel se podrá escuchar.

Te acompaño...



Ejecutaban otra vez la Sinfonía número 3 de Brahms. Clara la escuchaba en silencio. Teodoro encendió dos cigarrillos y le alcanzó uno a ella.

Gracias...



Gracias a vos por dejarme estar aquí, juntos. Y también gracias por admitirme siempre tantas cosas. ¿Sabés? He estado pensando en hablar con mi madre mañana mismo.



Me gustaría que tomásemos un departamento para nosotros solos. Le dejaríamos éste que tenemos ahora a mi madre y a tu tía. Quiero que vivamos separados de ellas cuando nos casemos.



Clara, yo no sé decir muchas cosas, pero yo te quiero. No soy uno de esos tipos buenos mozos que hay por ahí; no soy un tipo talentoso ni tampoco te he comprendido mucho, pero te quiero; te he querido siempre.



¿Sabés? Mi abuelo solía decir una palabra que he recordado hoy. Sabía decir "eulenspiegel" que significa en alemán: "espejo del buho".



Dicen que esa palabra viene de un viejo proverbio que dice que: "el hombre no puede ver sus propias faltas, así como el buho no puede saber cuán feo es mirándose al espejo".



Mi buho se miró al espejo y se dio cuenta de su fealdad. Reconozco mis defectos. Siempre tuve esperanzas de que mamá cambiase, se diese cuenta de sus errores, como yo me di cuenta de los míos.



Clara tendió sus manos y tomó las de Teodoro. De repente tenía una esperanza; vivía una esperanza.

Clara, la vida reconienza. Hoy al verte junto a ese otro hombre, me di cuenta del peligro que corría al perderte.



Todo será distinto. Nos casaremos. Viviremos nuestra propia vida. Sabré ser valiente. Tengo que serlo para tenerte y salvar nuestro cariño; este cansado cariño que nos une.



Abajo, lejos, continuaba el concierto. Teodoro abrazó cálidamente a Clara. La sentía suya. Pero Teodoro ¿qué era realmente para ella? ¿Era el amor o la costumbre?



A la mañana siguiente Clara fue a la estación de micros. En tres coches adornados con flores y cintas de colores se iban los componentes del campamento musical.



El espejo y el buho... A veces el buho es ciego por vivir tanto tiempo entre las sombras de la noche y sólo cree verse al asomarse a un espejo, cuando realmente no se vio nunca; cuando jamás pudo reconocer su fealdad...

Sabía que iba a venir...

Usted siempre lo sabe todo. ¿Qué más sabe ahora, por ejemplo?



Se porqué no vino anoche. El prometió ser distinto y usted le creyó, porqué tiene miedo a renovar sus sentimientos que han envejecido.



Clara, usted no quiere darse cuenta que la vida le da una oportunidad; la última oportunidad para cambiar. Tiene miedo a lo nuevo...



¿Por qué siempre se siente tan seguro de todo, Ramiro?



He sufrido mucho. Me casé muy enamorado con una mujer que nunca me comprendió del todo. Murí muy joven, pobrecita, y me dejó dos hijos, a los que adoro.

Siempre supe demasiado pronto lo que era el dolor, y lo que es estar solo, siempre solo. Por eso la comprendo, por eso... "te comprendo, Clara"...



Ramiro Llanos la había tuteado. Clara volvió a sentirse desarmada. No podía creer que de pronto su corazón hubiese cambiado. No podía entender esa lucha que sentía desatada dentro suyo.

Teodoro prometió cambiar. Hoy mismo iba a hablar con su madre; ahora lo debe estar haciendo. Me lo prometió firmemente. Vamos a casarnos. ¿Usted sabe lo que quiere decir "eulenspiegel"?



Es una palabra alemana. Hay una obra de Richard Strauss llamada "Las travesuras de Till Eulenspiegel". Es algo así como un buho que se mira a un espejo. No te olvides Clara, que muchas veces los buhos son ciegos, que actúan instintivamente...



Clara calló. Tenía miedo que Teodoro no fuera capaz de cumplir con su palabra. Ramiro se le aproximó. Lo tomó por los hombros.

Tiembas...

Por favor, basta...



Tú también eres un buho que puede estar ciego. Yo soy el amor; siento que tú también eres para mí el amor. No nos separemos, Clara. La vida nos da esta oportunidad de encontrarnos, de recomenzar a vivir...



Todo esto no es nada más que una aventura descabellada. No sabemos nada el uno del otro.

No necesitamos saber. Sentimos que nos amamos, y eso es lo único que importa.



Hoy viniste aquí, segura de las promesas de Teodoro; viniste a despedirte segura de ti misma, dispuesta a demostrarme que el amor que había nacido entre los dos era un espejismo, pero te vas dando cuenta que te equivocaste; vas comprendiendo que no estás segura de nada.



¿Cómo puede haber amor entre nosotros si no hubo ni una palabra de amor, ni un beso de amor, ni una caricia de amor?



En columberos.blogspot.com.ar
Lea la miniserie «Con los nervios de punta»

El amor está siempre antes que las palabras, que los besos, que la caricia, que la mirada que lo define o lo delata.



Nosotros tenemos el amor. Nos falta decir las palabras y darnos los besos y aprender a mirarnos con amor.



Sonaron las bocinas de los micros. La partida era inminente.



Tiene que irse. Adiós, Ramiro...

Toma. Quiero que guardes esto como recuerdo. Es la carpeta con la partitura de la Sinfonía número 3 de Brahms. Ella nos unió; esa música me trajo esta esperanza de amor...



Ramiro Llanos se fue. Clara se quedó en el camino hasta ver desaparecer los micros. Estaba confundida. Arriba, en el cielo, las nubes volvían a reunirse ocultando el Sol. Iba a llover otra vez.

Tiene que ubicarlo, esté donde esté. ¡Es urgente!



¿Qué ocurre, Teodoro?

Mamá ha vuelto a descomponerse. Estoy tratando de localizar a su médico de Buenos Aires...



¿Le hablaste de lo nuestro? ¿Le explicaste tus planes de anoche?

Estaba haciéndolo y se desvaneció...



Pero, terminaste de decirlo, ¿sí o no?

No pude. Tenés que tener un poco de paciencia. No me acorralés vos también.



Nada ha cambiado, entonces...

¿Qué estás diciéndolo?



Hoy era el comienzo de una vida nueva.

Tratá de entenderme...



¿Vos me entendés a mí? ¿Tenés derecho a pedirme que siga esperando?

Sos lo único que tengo. No me dejes solo.



No, no soy lo único que tenés. También tenés tu miedo, tu cobardía. No sabés dividir al hombre y al hijo que hay en vos. Te has detenido y yo no quiero detenerte. ¡Yo quiero vivir!



El buho estaba ciego...

¿Qué querés decir con eso?



Clara no respondió. Lentamente se dirigió hacia su cuarto. Afuera llovía. Ella sentía frío, un inmenso frío que le mordía los huesos. Apretaba contra su pecho la carpeta que le diera Ramiro.

Clara, Clara, contestame...



¡Clara! ¡No me dejés solo, Clara!



Cerró la puerta de su cuarto sin volverse. Atrás quedaba el grito inútilmente angustioso de Teodoro y más lejos todavía, estaba el amor de Ramiro, ese amor que se iba.



¡Ramiro! ¡Amor! ¡Amor nuevo! ¡Te he perdido!



Ya todo se terminaba. Era el fin. Quería llorar, desgarrarse en un tremendo llanto que la pulverizase. No quería ser ni existir. El aire que respiraba se le hacía insupportable.

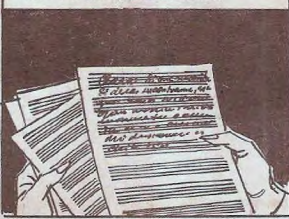
Desesperada, Clara se arrodilló a recoger las hojas dispersas. Entonces algo la sorprendió. Todas estaban en blanco. No era la partitura de Brahms. Ramiro la había engañado. ¿Por qué?



¿Y esto? ¿Qué es?



Clara había encontrado una hoja escrita, sólo una. Ramiro Llanos le había dejado un mensaje trazado con puño fuerte y energético sobre el pentagrama en blanco.



"Clara -decía- si me necesitas, si deseas encontrarme, quiero que sepas que vivo con mis dos hijos, un niño y una niña, en una vieja casa del barrio de San Telmo. Te amo, Clara. Te amo. Mi dirección es Chile 1000". No leyó más. Clara no leyó más.



¡Tía! ¡tía, prepárese! Volvemos ya mismo a Buenos Aires.

¿Qué te ocurre, muchacha?



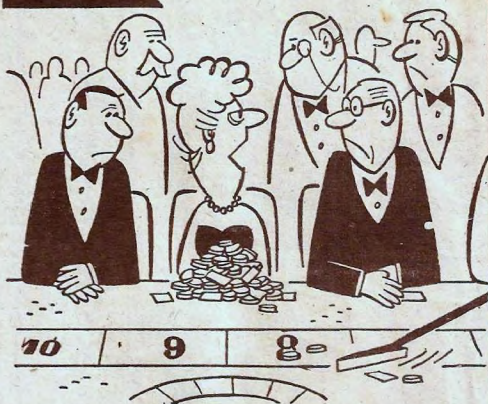
¡Tengo una cita! Me espera la vida distinta que voy a comenzar a vivir. Yo también soy un buho y acabo de mirarme al espejo, pero no estoy ciego. Dios me da una oportunidad para ser feliz y acabo de aceptarla...



VAMOS A REIR



-Así que lavando las sábanas, ¿eh?



-Ya estoy cansada de esta tonte-
ría. ¿Quieren decirme si hay
cestos aquí para tirar todas es-
tas fichas que uno gana?



-Tengo que contarte un secre-
to estupendo, Luisa.



-Bueno, volveré a hacerle o-
tra pregunta, señorita. ¡Oja-
lá sea la correcta!

Pasión Italiana

POR

Stendhal

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE ALBERTO SALINAS

Stendhal es el nombre literario de uno de los más grandes escritores de Francia. Conocedor profundo de casi todas las artes, gran viajero, admiró a Napoleón, a quien acompañó en algunas de sus conquistas. Amaba a Italia tanto como a su patria, según propia confesión, y la mayor parte de sus novelas tiene por escenario aquella tierra, de la que habló con sincera verdad. Se considera a Stendhal el creador de la novela psicológica en Francia.

Tanto se ha escrito de los bandidos italianos del siglo XVI sin conocerlos, que tenemos de ellos las ideas más falsas. Podría decirse con justicia que tales "bandidos" constituyeron la "oposición" contra los crueles tiranos que se sucedían en las Repúblicas italianas de fines de la Edad Media y principios del Renacimiento.



El tirano triunfante era, por lo general, el patricio más rico de su partido, y para granjearse la simpatía popular hacía construir iglesias y se mostraba protector de las bellas artes y de los artistas famosos.



Los historiadores de estos pequeños Estados estaban asalariados, por lo que sólo contaban lo que favorecía a los gobernantes. Cuando alguno de ellos, más sincero, se salió de la norma y consignó en sus escritos los envenenamientos, asesinatos e intrigas de que fué testigo, pagó con la vida la osadía de decir la verdad. Pero el pueblo conocía...

...esa verdad, y por eso amó, en el secreto de su corazón, a muchos bandidos. Los amó porque sabía que, para mal de la felicidad pública, cuando los malos gobernantes comenzaron a suprimir las libertades de la República en beneficio propio, los ciudadanos más enérgicos, más democráticos y justos, fueron perseguidos y debieron buscar refugio en los bosques.



Esos proscritos políticos vivían soñando con la liberación de su patria, y se unieron y organizaron en bandas armadas, al modo de los bandidos, para luchar con mayor chance contra los tiranos.

Jefes famosos de esos ejércitos exilados fueron, hacia la segunda mitad del siglo XVI, Alfonso Piccolomini, Duque de Monte Mariano, y Marco Sciarra. La selva de Faggiola, emplazada a cinco leguas de Roma, en el camino de Nápoles, era el cuartel general del último de los nombrados, quien llegó a mandar varios millares de soldados.

Voy a narrar...



...de traición a la patria y condenado a muerte, tras el simulacro de un proceso.



...ahora el idilio desdichado de un oficial del célebre Sciarra: el capitán Aníbal Salvaterra. Aníbal era hijo del senador Tulio Salvaterra, quien cayó junto con la pequeña República de Albano, al usurpar el poder el tirano Bandi. Tulio fué acusado...



Este es el veredicto del alto tribunal: Tulio Salvaterra debe perecer decapitado en la plaza pública, para que sirva de escarmiento a los traidores.



Oculto entre los que asistían al cruel espectáculo de la ejecución, se hallaba un joven de diecinueve años, quien se esforzaba por contener su dolor: era Aníbal, hijo del infortunado senador.

"Concerté un pacto con el Duque de Gadara, según el cual él se comprometería a salvar la vida de mi padre, y lo deja decapitar ignominiosamente... ¡Ah, falso amigo, me vengaré de ti!", se dijo Aníbal.



Estos pensamientos del joven Salvaterra tienen su explicación. Una fraterna amistad unió por muchos años a las familias de Salvaterra y Gadara. Los jefes de una y otra, el senador Tulio y el Duque Carlos, se querían desde niños. En los años de juventud fueron excelentes camaradas, al punto que se casaron con dos señoritas, hijas de excelentes familias del patriciado romano, que eran íntimas amigas.



Los Duques de Gadara tuvieron una hija, Virginia, quien, por ser única, fué cuidada por sus padres con ese celo superlativo con que se vela por la más hermosa de las creaciones con que la naturaleza nos ata a la vida y al mundo.



Los Salvaterra tuvieron dos varones. El mayor murió a los quince años, víctima de una fiebre maligna. Aníbal, dos años menor, y de la misma edad que Virginia de Gadara, al cumplir los quince años, hacía vaticinar que estaba predestinado a grandes cosas.



El padre, senador de la República, hombre probo y sincero, querido por el pueblo y respetado hasta por sus adversarios, veía en su hijo un digno sucesor.

Aníbal será más sabio que yo y, por tanto, más justo.



Las familias de Gadara y Salvaterra se visitaban con frecuencia. Aníbal y Virginia, que compartieron alegremente, durante muchos años, los juegos infantiles, llegaron...



...a compartir con el tiempo las más nobles inquietudes del espíritu. Les gustaba la música, y la hija de los Duques solía deleitar a su compañero ejecutando en el laúd hermosas canciones.

Tocas maravillosamente, Virginia. ¿Puedes hacerme escuchar ahora esa dulce melodía que habla de la Luna... y del amor?



¿Qué deseas conquistar, Anibal Salvaterra? ¿El mundo?

No, Virginia. Se trata de algo más pequeño, pero que para mí significará tanto como el mundo; quiero conquistar tu corazón.



De pronto, fingió ponerse muy seria, hizo un gracioso gesto y dijo: — ¡Cuidado, Anibal! ¿No sabes que el guerrero cuyo nombre llevas no alcanzó a conquistar definitivamente a Italia? Cuando nadie dudaba ya de que el triunfo era suyo, cayó derrotado en la forma más inesperada...



También les gustaba leer, sobre todo aquellos libros que narraban el glorioso pasado de Italia y de Albano, junto a la cual se contemplaban todavía las ruinas de Alba, la legendaria madre de Roma. Se deleitaban con las bellas descripciones de Tito Livio, o se dejaban mecer por la cadencia del "divino Virgilio", cuyos versos cantan los amores del héroe troyano Eneas con Dido.

Recordando a la hermosa y apasionada Reina de Cartago, Virginia dijo un día a Anibal: — Tú tienes un nombre cartaginés. ¿Por qué?

Porque, según afirma mi padre, descendemos del famoso Anibal Barca, el más bravo de los guerreros de Cartago. Yo sabré hacer honor a la sangre y al nombre del conquistador que ostento.



La hija del Duque no se sorprendió, pero, ruborizada y confusa, sólo atinó a reír nerviosamente.

¡Oh! ¿Quieres conquistar mi corazón?... ¡Qué cosas se te ocurren!



En los hermosos instantes que prolongaban aquel amor naciente, ambos jóvenes estaban lejos de sospechar que las palabras de Virginia, nacidas de su coquetería de muchacha inocente que se resiste a ceder inmediatamente al vanidoso galanteo masculino, iban a resultar casi proféticas para Anibal Salvaterra.



Ocurrió que cuando, algún tiempo más tarde, tuvo la certeza de que el corazón de Virginia estaba totalmente conquistado, surgió un enemigo inesperado, poderoso: el padre de ella. Este llegó una noche al hogar completamente nervioso contrariado.

Hija, deseo advertirte que, de hoy en adelante, los Salvaterra no serán recibidos en esta casa.

¡Papá! ¿Qué dices?



Ya lo has oído. Tulio Salvaterra ha cesado de ser mi mejor amigo para convertirse en mi peor enemigo.



Como la señora de Gadara pidió una explicación, el Duque dijo, indignado, que el senador Salvaterra había cometido una traición contra su clase y contra la amistad que los unía, al votar una ley que disminuía los privilegios de los patricios y los obligaba a pagar impuestos como a los ciudadanos burgueses.
-¡Es una canallada imperdonable!

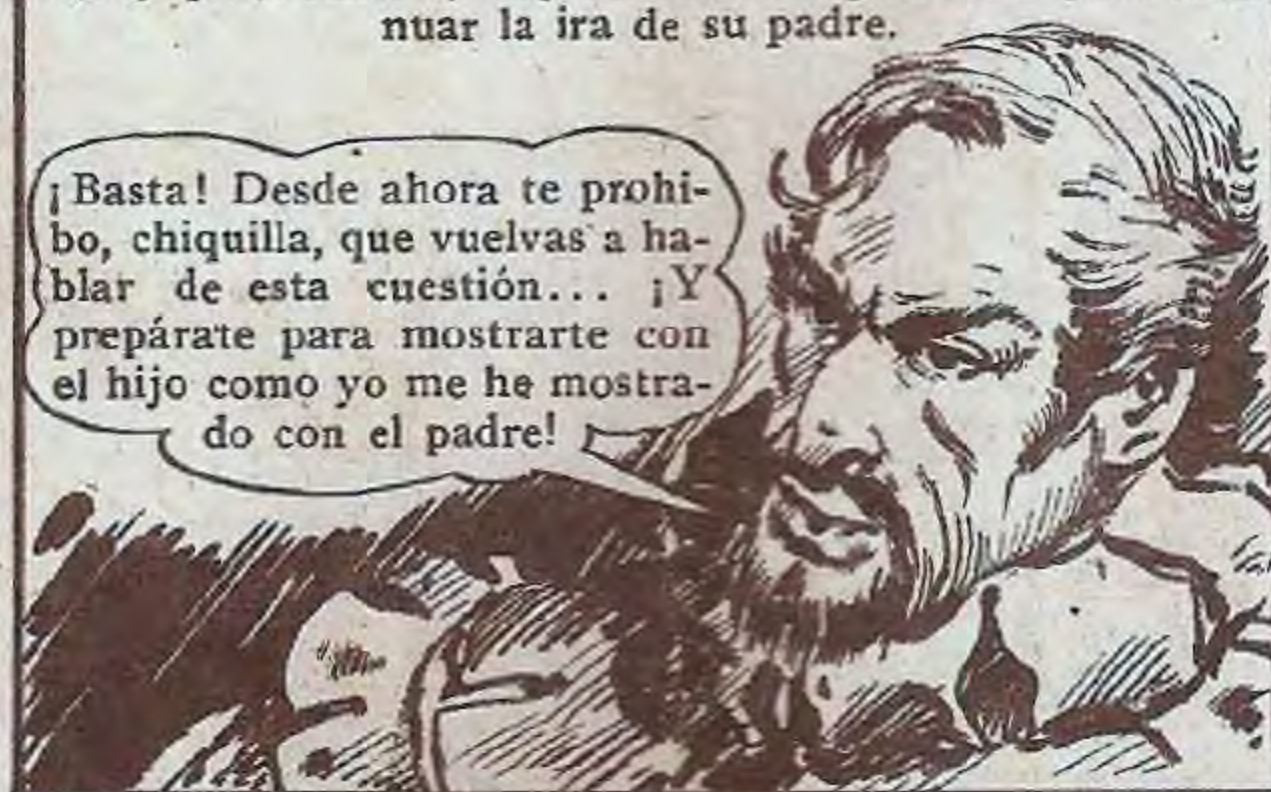
Considera, papá, que Salvaterra debe de haber votado siguiendo las imposiciones de su partido.

Eso creí yo al principio, y hubiese comprendido su actitud; pero me enteré de algo insólito: fué el propio Salvaterra quien redactó y presentó el proyecto de ley, y quien más influyó para que se sancionara... ¡Ah, pero me vengué negándole el saludo y llamándolo traidor del patriciado en plena Cámara!



Virginia, intuyendo lo que tal ruptura significará para ella y para Aníbal, emplea varios argumentos para atenuar la ira de su padre.

¡Basta! Desde ahora te prohíbo, chiquilla, que vuelvas a hablar de esta cuestión... ¡Y prepárate para mostrarte con el hijo como yo me he mostrado con el padre!



Virginia, perdiendo la entereza, tiene palabras de rebelión: — ¡Eso no, papá!... ¡Eres muy injusto! ¿Por qué ha de pagar Aníbal por la deslealtad de su padre hacia ti?

¡Cállate, hija insolente! ¡Vete a tu cuarto! Yo me encargaré personalmente de arrojar de aquí a ese hijo de traidor...



Desde ese día, Virginia y Aníbal no pudieron volver a consolarse tomados de la mano y devorándose con los ojos, mientras se contaban sus desdichas, bajo las sagradas naves que daban solemnidad a su pobre amor clandestino. Se comunicaban por correspondencia, que llevaba y traía la fiel doncella María.



El Duque se mantenía alerta. La discreción y el silencio de su hija le hacían adivinar que ésta le ocultaba algo; por otra parte, día y noche sorprendía al joven Salvaterra merodeando en las cercanías del palacio.



Y nada podía hacer para impedirlo, puesto que el mozo era hijo de un senador de la República, más poderoso en aquellos momentos que toda su riqueza y títulos patricios. De más está decir que el Duque militaba en el partido opositor al gobierno.

Tuvo lugar en aquellos días un acontecimiento que favoreció los designios de Gadara: el gobierno fué depuesto por una conspiración encabezada por el tirano Bandi, y el senador Salvaterra fué acusado de traición a la patria y condenado a muerte, según vimos al comienzo de este relato.



Apenas conocido el veredicto del tribunal, Aníbal tomó una arriesgada decisión: se presentó en el palacio del Duque de Gadara y no cejó hasta ser recibido por éste. Con valentía y mesura hizo una digna defensa de su padre. El dueño de casa se mostró implacable.

Una palabra, una orden vuestra, señor Duque, pueden hacer que se considere el fallo del tribunal, que el gobierno otorgue el indulto.



Hace un instante te dije que nada podía hacer; me rectifico para responderte: puedo, pero no quiero hacer nada en favor de tu padre, salvo que...



Yo nada puedo hacer.



Os escucho.



Salvo que te avengas a concertar un pacto conmigo: salvaré a tu padre de morir en el patíbulo con la condición de que tú renuncies para siempre al amor de mi hija y partas para el extranjero.



Desde ese día, Virginia y Aníbal no pudieron volver a consolarse tomados de la mano y devorándose con los ojos, mientras se contaban sus desdichas, bajo las sagradas naves que daban solemnidad a su pobre amor clandestino. Se comunicaban por correspondencia, que llevaba y traía la fiel doncella María.



El Duque se mantenía alerta. La discreción y el silencio de su hija le hacían adivinar que ésta le ocultaba algo; por otra parte, día y noche sorprendía al joven Salvaterra merodeando en las cercanías del palacio.



Y nada podía hacer para impedirlo, puesto que el mozo era hijo de un senador de la República, más poderoso en aquellos momentos que toda su riqueza y títulos patricios. De más está decir que el Duque militaba en el partido opositor al gobierno.

Tuvo lugar en aquellos días un acontecimiento que favoreció los designios de Gadara: el gobierno fue depuesto por una conspiración encabezada por el tirano Bandí, y el senador Salvaterra fue acusado de traición a la patria y condenado a muerte, según vimos al comienzo de este relato.



Apenas conocido el veredicto del tribunal, Aníbal tomó una arriesgada decisión: se presentó en el palacio del Duque de Gadara y no cejó hasta ser recibido por éste. Con valentía y mesura hizo una digna defensa de su padre. El dueño de casa se mostró implacable.

Una palabra, una orden vuestra, señor Duque, pueden hacer que se considere el fallo del tribunal, que el gobierno otorgue el indulto.



Hace un instante te dije que nada podía hacer; me rectifico para responderte: puedo, pero no quiero hacer nada en favor de tu padre, salvo que...

Yo nada puedo hacer.



Os escucho.



Salvo que te avengas a concertar un pacto conmigo: salvaré a tu padre de morir en el patíbulo con la condición de que tú renuncies para siempre al amor de mi hija y pases para el extranjero.

Jamás pensé que podría presentarse en la vida de un hombre un dilema tan cruel y doloroso como éste. El renunciamiento que me pedís es un sacrificio superior a mi vida misma, pero lo acepto. Sabré pagar como hijo abnegado la gratitud que debo a mi padre.



Los días que siguieron fueron terriblemente desgraciados para el joven, quien sólo aguardaba la libertad de su padre a fin de embarcarse para el extranjero. Pero tal libertad no se produjo, y una tarde, con gran asombro de Aníbal, un heraldo anunció por las calles que a la mañana siguiente iba a ser ejecutado en la plaza el traidor Tulio Salvaterra.



Aníbal leyó: "Huye en el acto. Los esbirros del tirano te buscan para darte peor muerte que a tu padre."



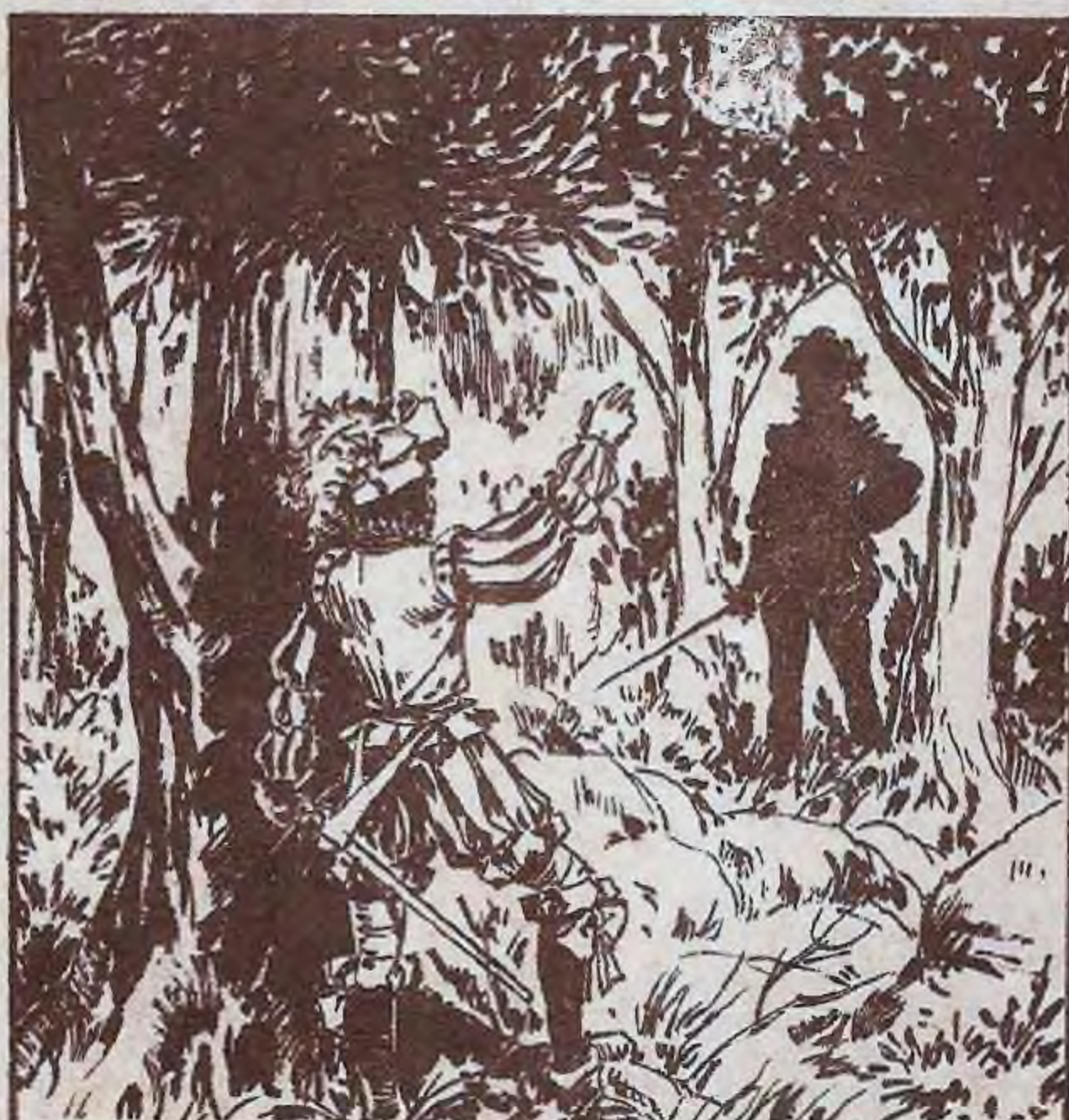
Aníbal salió de allí abrumado por el compromiso que acababa de establecer. La idea de que perdía para siempre a su amada Virginia le hacía desear la muerte.

(Si al menos viviera mi madre, podría encontrar consuelo en su regazo...)



La sentencia se cumplió, como vimos en las primeras escenas de esta historia. Comprendemos ahora el significado de las palabras que pronunció el hijo cuando, mezclado entre el público que presenciaba el cruel espectáculo, juró vengarse del Duque... Y parte de esa venganza se había consumado ya: Gadara, al no cumplir su pacto con Aníbal, impulsaba de nuevo a éste hacia Virginia, ahora con un ímpetu que ya ningún escrúpulo podría detener. Cuando el joven abandonaba la plaza, notó que alguien le tiraba de la manga: era María, la doncella de Virginia.

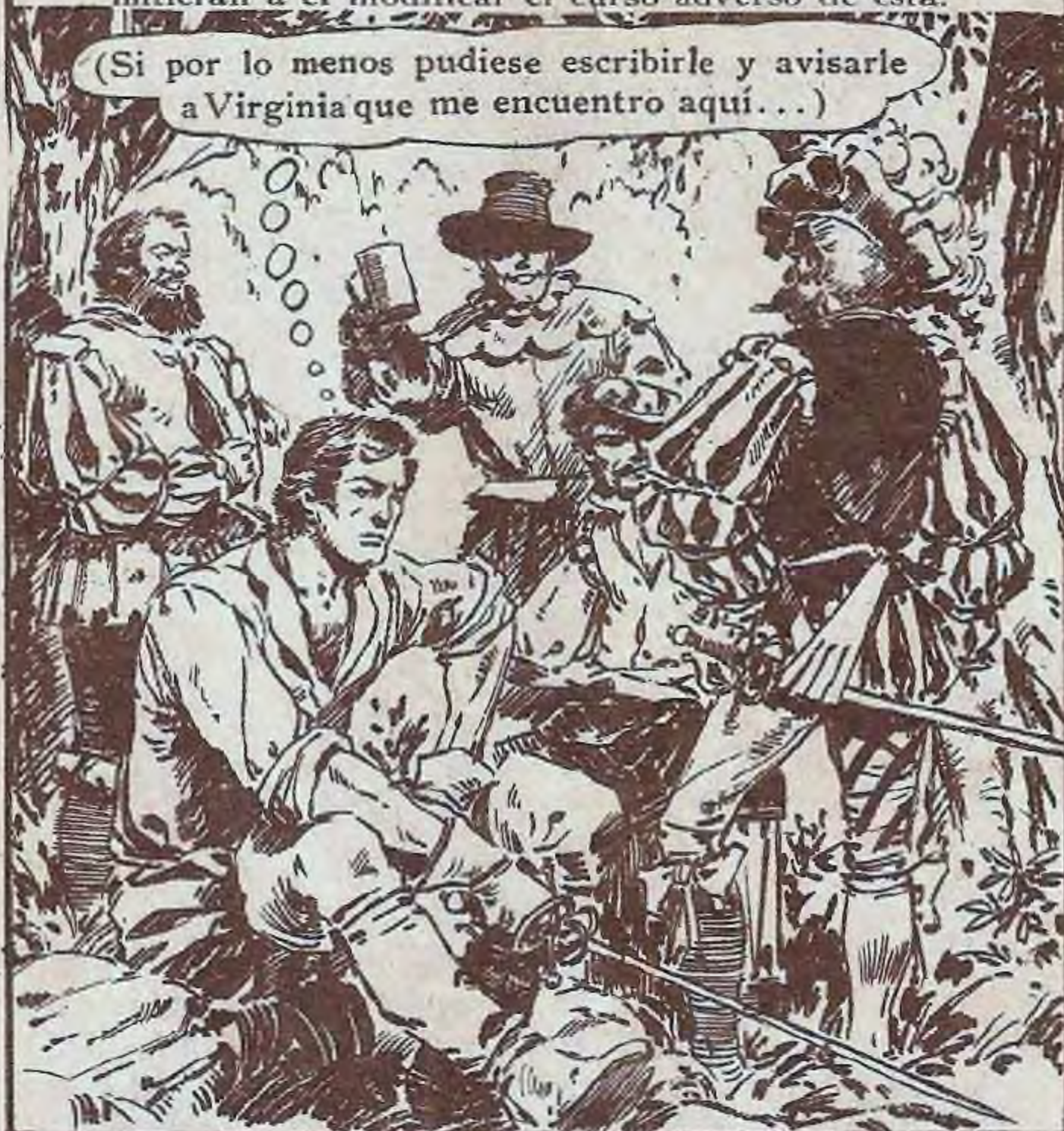
Mi señorita os manda este mensaje. ¡Adiós, señor!



Esa misma noche, el hijo del ex senador Tulio Salvaterra entraba en la selva de Faggiola, y...

...una semana más tarde formaba parte de la banda armada de Marco Sciarra, en la que militaban ya algunos de los caídos en desgracia junto con su padre. Por largo tiempo, Aníbal vivió aquella existencia semisalvaje, alentado únicamente por la esperanza de que algún día cambiara su suerte o de que circunstancias favorables le permitieran a él modificar el curso adverso de ésta.

(Si por lo menos pudiese escribirle y avisarle a Virginia que me encuentro aquí...)



Pronto, Aníbal Salvaterra se destacó entre los hombres de Sciarra. Inteligente, recto y camarada cordial, se ganó la simpatía de todos y los favores del jefe. Sciarra conocía los desgraciados amores del oficial, y más de una vez se ofreció para ayudarlo.

¿No ha pensado en raptar a su novia?



—Sí, mil veces me ha pasado esa idea por la cabeza; pero la he desechado por prematura. Deseo hacer las cosas bien, porque un mal paso podría echarlo a perder todo para siempre. —¿Qué espera? ¿Que se case con otro?

No hará eso, porque me ama.

Usted no conoce a las mujeres, mi amigo.



La política italiana se complicaba cada vez más, y la situación de Sciarra se tornaba difícil. Por más que justificase que su ejército no tenía otro fin que conspirar contra los tiranos, las tropas cometían a diario desmanes y saqueos que las desprestigiaban.

Aníbal no tomó parte nunca en esos actos de censurable bandolerismo. Por el contrario, se lo vió siempre a la vanguardia en las circunstancias en que era necesario defender la libertad injustamente arrebatada de un pueblo o de una persona.



Un día, Sciarra reunió a sus jefes y les informó que había concertado un convenio con Venecia, y que él, con todo su ejército, pasaría al servicio de esa República.



Casi todos los oficiales respondieron afirmativamente, pues veían sus aspiraciones políticas respaldadas ya por la gran potencia del Adriático. Los proscriptos de Roma y Albano creyeron que en breve tiempo iban a ser derribados los gobiernos adversarios y que reconquistarían ellos el poder. Aníbal Salvaterra se apresuró a ganar laureles, con la imaginación volando...

...siempre hacia aquel palacio de su ciudad, donde estaba seguro de que su amada Virginia lo esperaba.



Luchando con las tropas regulares de Venecia, sus hechos le valieron los galones de capitán y una felicitación del gobierno.



Esto último era muy importante para ciertos planes que trazaba el capitán Salvaterra. Viajaría a Albano, con un salvoconducto oficial, y tentaría vencer la resistencia del Duque de Gadara. Lo solicitó, y se lo concedieron inmediatamente, por haberse concertado una tregua entre romanos y venecianos, a fin de establecer un tratado que asegurase una paz definitiva. Como por una ironía que le reservase el destino, en la misma repartición donde le entregaron el documento que le permitiría viajar libremente, le fué dada la noticia más triste que podía esperar. Un militar romano...



...que había ido a Venecia en comisión oficial, y que conocía a Aníbal por haber sido amigo del padre, le anunció que Virginia de Gadara iba a casarse con Tito Orsini, hijo de una influyente familia romana.

Un despacho atroz se apoderó de Salvaterra. Eligió veinte entre sus mejores hombres y confió a Sciarra un proyecto.



Dos días más tarde, un monje franciscano, con el manso aspecto de aquel santo que amaba a los pájaros y las palomas y que llamaba "hermanos" a los lobos, avanzaba por la campiña italiana rumbo a la Ciudad Eterna. Lo seguían veinte campesinos de ruda apariencia. El monje era Aníbal Salvaterra; los campesinos, los veinte hombres elegidos por él. En un bolsillo de su hábito llevaba el salvoconducto. Sólo haría uso de éste en caso necesario.



Al llegar a Roma, se hospedaron en una posada. Lo primero que hizo Aníbal fue visitar a Albano y tratar de comunicarse con Virginia. Rondando el palacio, se topó con la doncella Maria, quien no lo reconoció.



No, padre..., digo, hermano... El señor vive ahora en Roma con su hija

¿Podrías darme la dirección?



La muchacha no lo conocía. Tampoco Aníbal consiguió averiguarla por otros procedimientos más o menos disimulados. Volvió a Roma, y allí tentó suerte por otro lado: sonsacar a algún criado de tal Tito Orsini. El único informe que obtuvo, después de muchas andanzas, fue que el casamiento de éste y Virginia iba a realizarse, en efecto, en la iglesia de Santa María, tres días más tarde. El lapso que faltaba, lo empleó el presunto monje en preparar la ejecución de su proyecto.

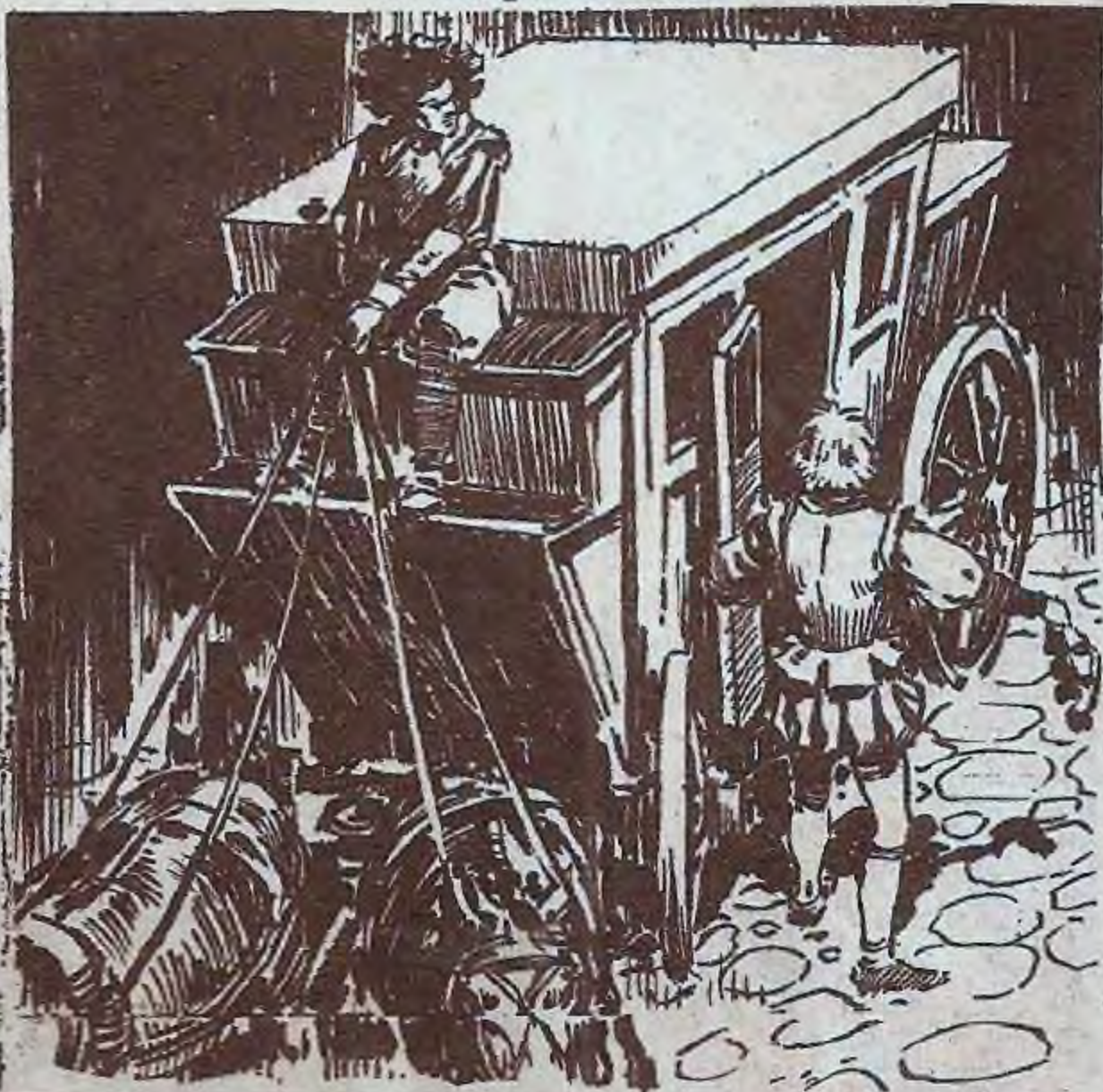


Llegado el día de la boda, la iglesia se vio desde temprano, cercada de curiosos. Aquel casamiento estaba aureolado, diremos, por una romántica leyenda. Se comentaba en la calle, entre otras cosas, que la joven había intentado suicidarse el día antes, que había ido a encerrarse en un convento, del que su padre la había sacado por la fuerza, etcétera.

El novio llegó primero y, vestido con la elegancia de un príncipe, entró en el templo. El presuntuo monje franciscano estuvo a punto de saltar sobre él y clavarle en el pecho la daga que escondía bajo la mansedumbre del hábito.



Pero se contuvo. Llegó por fin la novia. Y entonces el monje vió algo que le llenó el corazón de loca alegría: Virginia no quería descender del coche. Sin hablar, por temor al escándalo, se aferraba a los hierros del asiento y desoía la orden cada vez más imperiosa, de su padre, el Duque de Gádara.



El monje se adelantó.



- Señor, mi investidura me impide tolerar lo que veo: esta señorita ha sido traída aquí por la fuerza, y por la fuerza se pretende unirla a un hombre al que seguramente no ama... Es un proceder que no está de acuerdo ni con la ley ni con Dios.



¡Hija! ¡Harás el favor de bajar!



¡Apártate, fraillón! ¿Quién eres tú para inmiscuirte en los asuntos del Duque de Gádara?... Te haré prender.

No alcanzó el adusto señor a pronunciar más palabras. Los compañeros de Salvaterra se lanzaron al ataque. Uno de ellos derribó al Duque, mientras otros dos saltaban al pescante del coche, donde aún estaba Virginia, que no se movió de su sitio ni siquiera al ver que el extraño monje había subido al vehículo y...



...se sentaba a su lado. Tan desesperada se sentía, que el ser robada por los que ella creía bandidos le parecía mejor destino que unirse al marido que le imponía el padre.

¿Adónde me lleváis?

A la selva de Faggiola.



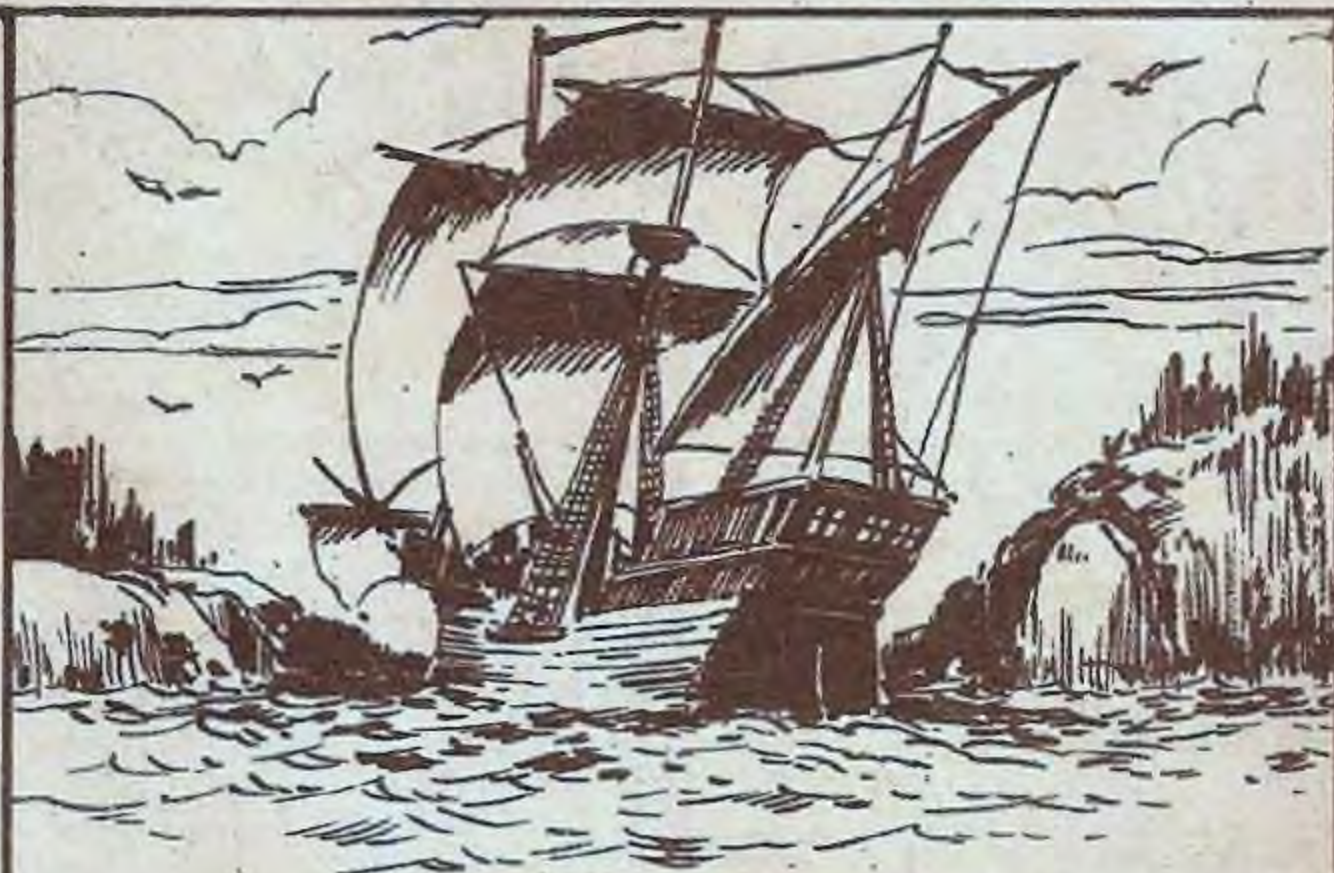
Y fué al oír esta voz, ahora junto a ella, cuando la reconoció. Llena de estupor, creyó soñar.

¡Tú, Aníbal!

Sí, amor mío. Vendrás conmigo a Venecia, donde nos casaremos.



Utilizando el salvoconducto, y mediante una buena cantidad de oro, Salvaterra consiguió que una embarcación los condujese hasta la "perla del Adriático". Allí, descendieron en una hermosa isla, donde se levanta un convento de religiosas.



Amanecía cuando Aníbal hizo sonar el pesado aldabón de la puerta. El presunto monje dió a la madre superiora veladas explicaciones, y se disculpó de ello prometiendo que en próxima ocasión sería más claro.

Os dejo en custodia a esta señorita, que está prometida, por juramento ante Dios, al capitán Aníbal Salvaterra.



Dijo en secreto ciertas palabras a la superiora, quien escribió en seguida en un papel:

"Me hago cargo de la señorita Virginia de Gádara, quien sólo será autorizada a salir de aquí en compañía del que-muestre este documento." Y, a continuación, estaba la firma. Aníbal tomaba estas precauciones por una razón muy especial: al acercarse a Venecia en la embarcación que los traía, se había enterado, por unos pescadores, de que se hablaba de una revolución encabezada por Marco Sciarra.

Al presentarse en el cuartel, una sorpresa esperaba a Salvaterra. Romanos y venecianos habían firmado un tratado de paz, y los primeros exigían, que Marco Sciarra fuese encarcelado y juzgado. Como el jefe de los prescriptos había firmado un convenio con Venecia, al sentir peligrar su cabeza, organizó una conspiración, que fracasó, y en el transcurso de la cual Sciarra fué asesinado.



Como medida de seguridad, los valientes soldados y oficiales de Sciarra fueron enviados a la isla de Candia, a pelear contra los turcos. Pero la astucia veneciana sabía muy bien que...

...en Candia reinaba una peste mortífera, y, en pocos días, el ejército de Sciarra quedó reducido a sesenta y siete hombres. Entre estos figuraba el capitán Salvaterra.



Atacado por la peste, logró salvarse milagrosamente. Cuando se sintió con fuerzas, se apoderó de una barca y remó hasta la costa.



Con el dinero que había logrado ahorrar, compró una embarcación mejor, y la equipó como para un largo y peligroso viaje. Algún tiempo después, disfrazado de mercader, llegaba al convento de las Hijas de María. La madre superiora, tan poco perspicaz con relación a las trampas del mundo, no lo reconoció.



Anibal estuvo tentado de declarar a la buena religiosa su verdadero nombre y explicar por qué se había valido de disfraces en las dos ocasiones, pero cambió de opinión. "Para qué crearle inútiles problemas de conciencia a esta santa mujer", se dijo.



Virginia había reconocido a su novio. Temblorosa de emoción, se despidió de las cariñosas e inocentes hermanitas, y...



...subió a la barca, amarrada al pie mismo de la escalinata. Cuando estuvieron solos, el "mercader africano" la estrechó en sus brazos y la besó tiernamente.

¡Virginia de mi alma! ¿Te parece mucho el tiempo que hemos estado separados por lo desdicha?



Sí, mucho, mucho; pero está compensado por esta felicidad de ahora.



El sacerdote de la iglesia próxima se avino a casarlos prescindiendo de ciertos requisitos formales, pensando que con aquella ceremonia ganaba para Dios a aquel mercader que se casaba con una cristiana, y al que juzgaba musulmán por el traje.



Cuando la embarcación ya dejaba atrás a Venecia y avanzaba mar adentro, Virginia preguntó: ¿Adónde me llevas? Y él respondió:

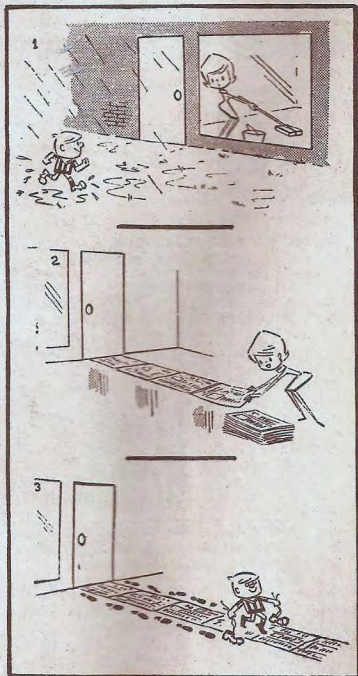
Aníbal te ha conquistado definitivamente y te conduce a Cartago.



Decir "a Cartago", la patria legendaria de Dido y Aníbal Barca, era como decir: hacia cualquier parte. La incertidumbre se abrió frente a la proa de aquella embarcación, pero esta incertidumbre apenas tenía importancia ante la seguridad de que eran para siempre el uno del otro y vivían una dicha verdadera.

FIN

SIN PALABRAS



GRATIS!

¡Recibirá las primeras lecciones! Señale el curso que le interesa.

Enseñamos por correo desde 1915:

- **CONTABILIDAD MODERNA** (con Balance mensual, Réditos e Inventario al día) para ser: Tenedor de Libros, Jefe de Contabilidad, Secretario, Empleado de Comercio o de Banco, Administrador, Gerente, Jefe de Ventas, Rematador o abrir una oficina para llevar contabilidades.

- **IMPUESTO A LOS REDITOS**, etc.
- **DIBUJANTE**
- **MECANICO ELECTRICISTA DE AUTOS**
- **CONSTRUCTOR**
- **CORTADOR SASTRE**
- **CORTE Y CONFECCION Y ALTA COSTURA**

Festejando nuestras **BODAS DE ORO**, con cada curso valiosos y prácticos obsequios.

Envíe su nombre y dirección a:

ESCUELAS AMERICANAS

Av. Montes de Oca 636 - Buenos Aires

Fundador **PATRICIO** Escobar
Contador Público Nacional

Nombre.....

Calle y Nº.....

Localidad..... Prov.....

Curso que le interesa.....

muerte en las alturas

Harry Holden recibió en el rostro la caricia de los rayos solares. De esos rayos que, durante seis largos años, solo vio a través del estrecho ventanuco de la celda, sin que jamás llegasen a tocar su epidermis: ahora pálida y deslucida.

Por GONZALO HERNÁNDEZ

DIBUJOS DE D. HAUPT

Sabía cuán difícil le sería rehacer su vida, maculada por un delito que no había cometido. Se encaminó hacia la parada del ómnibus.



Harry, piloto de aviones taxi, había sido víctima de una banda de traficantes de alcaloides. Rememoró el episodio mientras esperaba.

(Otro viaje como éste, y habré reunido lo suficiente como para comprar mi propio aparato.)



Al dirigirse a la oficina de control de vuelo, dos agentes del Departamento de Narcóticos le salieron al paso.

Harry Holden, tenemos orden de revisar su avión.

No hay inconveniente. Entrego la hoja de vuelo y estoy con ustedes.



Tendrá que dejar eso para después, Holden. Acompáñenos.

Bien, ustedes mandan.



Convenientemente ocultos en el interior del aparato, los agentes hallaron dos paquetes llenos de estupefacientes, cuya procedencia no supo explicar. Fue condenado a ocho años de reclusión y liberado a los seis por buena conducta. Tuvo la suerte de no perder su licencia de piloto.

Ahora estaba decidido a investigar quiénes pusieron esos paquetes en su aparato y poder así dar pruebas de su honestidad. Sin embargo...

(Parecía muy sencillo, pero, ¿cómo empezar las investigaciones sin hallar trabajo antes?)



Pensaba en resolver el problema, cuando el automóvil se detuvo frente a él. Un hombre asomó la cabeza por la ventanilla.

¿Harry Holden?



En efecto. ¿En qué puedo serle útil?

El conductor del coche le invitó a subir. Necesitaba hablar con Harry para ofrecerle trabajo. El ex-presó accedió.

Su esposa me informó sobre su salida, Holden, y me ofreció para acudir en su busca.

¿Por qué no vino ella?



Emery Robinson; así se llamaba el conductor, le informó que Ricky estaba enferma; y Harry no tenía por qué dudar de su palabra.

Su esposa trabaja en mis oficinas desde que usted fue encarcelado. Sus nervios no están del todo bien y...



"... la noticia de su exarcelación le ha producido tal excitación, que la obligó a ponerse en manos de un médico. Este recomendó reposo. Pero no se alarme, Holden. No es nada grave. Ella -prosiguió Emery-, me habló mucho de usted y me ha..."

"... convencido de su inocencia. Voy a darle una oportunidad de rehacer su vida. Mis negocios me obligan a utilizar el avión como medio..."

"... de movilidad. Generalmente piloto yo, pues tengo brevet habilitante. He pensado muchas veces..."

"... en tomar un piloto, pero la índole de mis negocios, me hizo dudar. Necesito un hombre de absoluta confianza."

Puede usted confiar en mí, señor Robinson.

Confío, Holden. Prueba de ello es que le haya hablado como lo hice.

El reencuentro entre los esposos fue emotivo en grado sumo. Luego, ya atemperados los ánimos, Emery terció:

Tómese unos días de reposo, Holden, y usted también, señora. Cuando se tranquilicen..."

Una semana después, el matrimonio Holden se entrevistaba con el financiero, quien los recibió con evidente satisfacción.

¿Qué es eso tan complicado que quiere decirme, Holden?

He pensado, señor Robinson, que considerando empleado ya por usted, Ricky, dado su estado de salud...

"... no debería seguir trabajando. Ella ha conservado algunos de mis ahorros y creo que podemos solventar la situación sin..."

... apremios económicos. ¿Le molestaría que ella deje el puesto que ocupa en su oficina?

¡Por favor, Holden! ¿Qué va a molestarme? Hagan ustedes lo que estimen conveniente.

Así comenzó su actuación al servicio de Emery Robinson. Este confió en Harry desde el principio, encomendándole misiones sumamente delicadas. Una tarde, Robinson le invitó a cenar esa noche en su residencia, conjuntamente con su esposa, pero Ricky no estaba bien de salud...

"... y el pilto trató de excusarse. -Lo siento, Holden- dijo Emery, pero es preciso que venga usted a mi casa. El objeto de..."

... esa cena, es el de mantener una conversación privada con usted.

Siendo así, cuente usted con mi presencia, señor.

Vera, la hija de Emery que era viuda, hizo los honores correspondientes al invitado de su padre. Harry creyó estar soñando, cuando luego de cenar...

Vera, conduce al señor Holden a la biblioteca y ordene que sirvan café y coñac. En seguida estaré con ustedes.

Con mucho gusto, papá.

La joven guió al piloto hasta la dependencia indicada y mientras aguardaban al padre de ella...

Papá me habló mucho de usted, señor Holden. Pero lo hizo como si fuese usted un hombre mayor, y no...

"... el joven apostó que ahora descubro". Tampoco me dijo nunca que tuviese una hija tan encantadora como usted, señorita.

Mi padre es terriblemente celoso en lo que a mí respecta. No permite que joven alguno se me acerque.

El propio Harry se extrañó de la audacia que puso de manifiesto. ¿Quizá la abundante cena, rociada generosamente con vinos finos, le desataban la lengua?

El señor Robinson hace muy mal en proceder así. No debe esconderse tanta belleza.

¡Advierto que, además de apuesto, es usted sumamente elocuente para halagar la vanidad femenina!

Cuando Emery entró en la biblioteca, ambos desarrollaban un verdadero duelo de gentilezas, que truncóse con su llegada.

¿Demoré demasiado?

No, papá. El señor Holden conoce la fórmula para hacer gratas las esperas.

Se volvió hacia Harry y le tendió su bien cuidada mano.

Señor Holden, he tenido sumo placer en conocerle. Perdonéme por retirarme antes de su partida, pero...

"...estimo que usted y mi padre deben hablar de su trabajo. No deje pasar mucho tiempo sin volver a visitarnos". Se saludaron y la joven se retiró.

Bien, Harry. Vamos a lo nuestro. Esto que voy a decirle debe quedar entre nosotros. Ni su esposa debe saberlo.

Cuente con mi absoluta discreción, señor.

-Gracias, -expresó Emery antes de entrar en materia, cosa que hizo de inmediato. -Usted sabe algo sobre cómo se desarrolla...

"...aprovechados orígenes pérdidas fabulosas. Últimamente se han producido filtraciones en la oficina, y si bien es cierto que..."

... los perjuicios no han sido grandes, es necesario que descubra la identidad del infidente.

Ya sabe, señor Robinson, que me tiene a sus enteras órdenes.

Emery agradeció y siguió exponiendo sus planes.

Estoy seguro de que esas filtraciones se producen durante mis ausencias. Por ello es que voy a simular...

... el comercio de acciones. Muchas veces es preciso recurrir a la astucia para evitar que corredores...

"... un viaje, que usted realizará en mi lugar. Tenemos un físico muy parecido y no será difícil, sobre todo en horas de la noche, producir la impresión de quien parte en el avión soy yo y no usted. Claro que, previamente, es necesario..."

"... que usted y su esposa, cosa que no llamará la atención, dado el estado de salud de ella, partan hacia mi cabaña de Plain..."

... Dam, cerca de Bodar Country, en viaje de reposo. Usted instalará a Ricky y luego retornará en forma...

"... subrepticia para ocupar mi lugar en el avión. De tal manera, mientras el infidente me cree volando rumbo a Las Vegas, yo..."

... podré identificarlo y controlar sus maniobras. ¿Ha comprendido, Harry?

Perfectamente, señor.

Harry, muy satisfecho por la confianza que su empleador le dispensaba, retornó a su hogar en el coche que Emery puso a su disposición. Halló levantada a Ricky.

¡Ricky! ¿Por qué no estás acostada?

¡No creo que te interese mucho, Harry! ¡Si así fuese no me habrías dejado sola mientras...!

Bien, yo le diré cuándo pondremos en ejecución la maniobra, pero no olvide de guardar riguroso secreto.



Harry miró estristecido a su esposa. Escenas como aquella eran frecuentes desde su regreso de la cárcel. No había disfrutado ni un sólo instante de la dicha que tanto añorara en sus largas horas de encierro. Ricky no volvió a ser la amante esposa de los años previos a su detención.



La noticia no le alegró demasiado. La noche anterior había reflexionado sobre su conducta para con Ricky, arribando a la conclusión de que la hija de su empleador no era totalmente ajena a su estado de ánimo. No obstante se mostró complacido...



Era una excusa como otra cualquiera, pero Harry no sabía mentir y el tono de su voz careció de convicción.

Creí que podía considerarme su amiga, Harry. En cambio descubro que me engaña usted.

Créame que...



La joven le interrumpió.

¿Es que no merezco su confianza, Harry? Si es así, prefiero que no hablemos más durante el vuelo.



Notó tanta mortificación en su voz, que terminó por decirle lo ocurrido con su esposa. Ella comentó:

Usted tiene derecho a la felicidad.

Ricky también, Vera. Y sin embargo, ya ve lo que debe soportar. Pero si Dios lo quiere así...



"... me someteré a su voluntad. Quizá todo se solucione pronto". Y ya no hablaron hasta llegar a destino, sino de cosas sin importancia.

Mañana a las ocho, partiré de regreso. La esperaré en este mismo lugar.

Confiaba en que me acompañaría usted a cenar, Harry. Mi padre se lo agradecería.



No podía negarse a dar una satisfacción a quien tanto hiciera por él y su esposa, y aceptó. Hizo las diligencias que Emery le ordenara, y esa noche...

¿No le parece que estamos bebiendo en demasía, Vera?

¡Qué esperanza! Es la primera vez en mucho tiempo que puedo estar libre de la vigilancia de papá y...



"... quiero celebrar dignamente mis horas de libertad".

No es esa la mejor forma de celebrar, Vera.

¡Está bien, señor moralista! ¡No beberé más!



Era evidente, según pudo observar Harry, que Vera estaba soportando el peso de algo nada fácil de sobrellevar. Esta certidumbre tomó aún más cuerpo cuando, inesperadamente, la joven se levantó de la mesa, y conteniendo los sollozos escapó hacia la calle.



El aviador arrojó unos billetes sobre el mantel y salió en pos de la muchacha. La alcanzó cuando...

¿Qué le ocurre, Vera? ¿Qué trata de hacer?

¡Déjeme, Harry! ¡Déjeme!



Viendo que ella intentaba, a pesar de todo, poner en marcha el motor, Harry se introdujo en el coche, en el preciso instante en que comenzaba a funcionar.

¡No haga locuras, Vera! ¡Detenga ese motor y explíqueme qué le ocurre!



Como ella no obedeciera, Harry llevó su mano a la llave de contacto y cortó el encendido.

Vamos a ver. ¿De qué trata de huir?

¡No tengo por qué darle explicaciones!



Tras ese estallido, rompió a llorar espasmodicamente.

¡Por favor, Harry! ¡Lléveme al hotel!



Dócilmente ahora, Vera se corrió en el asiento, mientras Harry, con la llave de contacto en la mano, daba vuelta en torno al coche.

Estimo que haría bien en quitarse esa carga que lleva sobre sí. Le hará mucho bien.



Apenas llegados al hotel, Vera, sin despedirse, corrió hacia su habitación. Al día siguiente...

¡Hola, Harry! ¿Descansó bien?



Perfectamente. Y usted parece totalmente repuesta del choque nervioso de anoche.

El recuerdo de lo acontecido la noche anterior, tornó a sumir a Vera en un silencio, que no rompió en todo el trayecto. Ya en Los Angeles...

Se lo ruego, Harry. ¡Pase lo que pase, no me culpe a mí!



El coche partió levantando una nube de polvo. Harry lo vio desaparecer y aún atónito fue en busca del suyo.



¡No entiendo! ¿Qué es lo que puede ocurrir para que Vera se ponga a la defensiva?

No tardaría en saberlo, para su mal. Luego de informar a Emery sobre sus gestiones en Pasadena, viajó hacia su hogar.



¡(Es raro que Ricky no salga a recibirme!)

Intrigado, se encaminó al dormitorio. No pudo reprimir un temblor de espanto.

¡(Ricky! ¡Dios mío! ¿Se referiría a esto, Vera?)



Se precipitó hacia el teléfono tras comprobar que el corazón de su esposa latía débilmente. Llamó al médico. No estaba en casa.



¡Si puede ubicarlo, dígame que es cuestión de vida o muerte, señora!

El facultativo que atendía habitualmente a Ricky, había acudido a visitar otro paciente. Harry intentó por todos los medios por él conocidos, hacer reaccionar a su esposa, aunque sus esfuerzos resultaron infructuosos. El tiempo transcurría y el médico no llegaba.

Sólo después de una larga espera, el galeno se hizo presente. Luego de atender a la paciente...

Debemos llevarla de inmediato a un hospital. Su esposa padece de una fuerte intoxicación.



En el hospital, lograron hacerla reaccionar transitoriamente. El médico permitió a Harry una breve visita.

¿Qué hiciste, Ricky? ¿Por qué?



¡No, Harry! ¡Yo... no... quería... tomarlas... pero... él me... obligó... El

Harry intentó incitar a su esposa para que siguiera hablando y dijera quién era él. Pero ella cayó en profundo sopor.



Pero la joven no reaccionó y horas después fallecía. Harry informó a la policía sobre las últimas palabras de Ricky.

En la casa no hay otras huellas que las suyas y las de su esposa. ¿No cree usted que ella deliraba?



Estaba seguro de que Ricky estaba lúcida, pero no insistió. Su condición de ex-presos, tornaba indiferente al teniente. Una semana más tarde...



"... habíamos planeado. ¿Tiene ánimos como para ayudarme?"



Quizá ese viaje sea lo que me hace falta para tranquilizarme. Esta soledad sólo contribuye a exacerbar...

"... mi dolor. Usted dirá cuándo debo partir". Emery le pidió que se preparara para el viaje.



Cuando esté listo, pase por mi casa, Harry.

Bien, señor.

La casa le pareció desconocida sin la presencia física de Ricky, ya que su recuerdo persistía en cada objeto. Entró en el dormitorio.



Su mano rozó uno de los vestidos de Ricky y un ramalazo de dolor laceró su pecho. Un sollozo se estranguló en su garganta y experimentó un vahído, que le obligó a aferrarse al tapado de pieles que usara su esposa. Su peso hizo que la prenda se descolgara y...

...cayera al suelo. El estuvo a punto de caer también, pero logró repenirse a tiempo. Se inclinó para recoger la prenda. Fue entonces cuando vio aquello.



(¿Y esto? ¿Dónde lo he visto antes?)

Pensó que quizá lo hubiese comprado Ricky sin mencionárselo; lo puso sobre el lecho junto con todo lo que sacara de sus bolsillos y cambiase de ropas.



De inmediato reintegró todo a los bolsillos, incluso la insignia hallada bajo el ropero y salió rumbo a la casa de Emery.



Adelante, Harry. Hoy no estaremos muy bien atendidos. Vera viajó a la costa.

Luego del almuerzo, pasaron a la biblioteca donde se encerraron a conversar.



Creo tener localizado al infidente, Harry. Sólo necesito probarlo definitivamente. Para ello...

"... éste debe suponer que llevo en mi poder unas valiosas acciones, cuyo valor sería de tres millones y medio de dólares. Esta noche, usted, vistiéndose uno de mis trajes de vuelo, y tocado con mi casco, ascenderá al avión, levantando vuelo de inmediato"

-Sólo Vera, usted y yo, sabemos de su retorno a la ciudad, -prosiguió Emery-, de modo que nadie sospechará que me reemplaza ...



... en el pilotaje del avión. Llevará usted un portafolios similar al mío, que contendrá papeles...

"... sin valor. Volará usted hacia Las Vegas y esperará allí a que yo acuda a buscarlo. Eso es lo único que debe hacer, pero..."



...tratando de no hacerse ver por las calles durante el día. ¿Alguna otra explicación, Harry?

No, señor. He comprendido perfectamente.

Harry se alojó en el cuarto de huéspedes hasta la hora indicada para la partida. Entonces salió y ascendió al coche de Emery. Algo acudió a su mente mientras guiaba.



(¡Otra vez pensando en esa insignia! ¿Por qué no puedo olvidarme de ella?)

Llegado que hubo al campo de aviación, se encaminó rectamente al hangar donde se guardaba el avión y lo sacó al exterior. Poco después...



Súbitamente, se dio cuenta que no estaba solo en el aparato. Miró hacia atrás.

¡Dios mío! ¿Cómo no me desperté antes de que levantara vuelo?

¡Vera! ¿Qué hace usted aquí?



En lugar de responderle, la joven le apremió.

¡Pronto, Harry! ¡No hay tiempo que perder! ¡Vuele hacia la costa y trate de aterrizar en la playa! ¡Pronto!



Momentáneamente, impulsado por el terror que evidenciaban las palabras de la joven, Harry obedeció. Llegaron a la costa.

¡Aterrice allí! ¡Pronto! ¡Nos quedan pocos segundos!

Sí, ¿pero qué sucede?



Ella no respondió. Respiraba agitadamente. Harry inclinó el morro del avión, observando que Vera miraba angustiada su reloj. Finalmente, exclamó:

¡Saltemos, Harry! ¡No tenemos tiempo!



Entonces reparó Harry en que ella también llevaba puesto un paracaídas. Saltaron mientras el avión seguía volando hacia el mar.



En el preciso instante en que ambos estaban por llegar a tierra...



Harry, más pesado, fue el primero en pisar la arena de la playa. Se despojó del arnés del paracaídas y corrió hacia Vera, ayudándole a hacer lo propio.



Una vez liberada de esa impedimenta, la joven, impulsivamente, se abrazó a él.

¡Oh, Harry! ¡No sé qué pudo ocurrirme para quedarme dormida mientras esperaba su llegada!

Cálmese, Vera y traté de explicarme lo que ha ocurrido.



Con voz entrecortada por los sollozos, la joven le hizo un relato, que de no mediar el estallido del avión, Harry habría tildado de inverosímil.

¿Está usted segura de lo que afirma?

No puedo probarlo, si eso es lo que usted quiere, pero en cuanto a si estoy segura...



"...eso sí puedo afirmarlo sin temor a equivocarme en lo más mínimo. ¿Cree usted que habría corrido el riesgo de morir junto..."

...con usted de no tener la certeza más absoluta?

No dudo de sus afirmaciones, Vera. ¡Pero esto me parece tan increíble! ¡Dios Santo! ¡Ahora comprendo!



Buscó en su traje de vuelo la insignia hallada en el piso de su dormitorio y se la mostró a la joven.

¿Conoce usted esta insignia?

¡Harry! ¿Dónde halló usted eso?



Luego de explicárselo, el piloto intercambió ideas con la muchacha. No tardaron en ponerse de acuerdo.

Sí, estimo que es lo mejor. Vamos a esconder los paracaídas y hallar el modo de retornar a la ciudad...



"...sin llamar la atención sobre nosotros y sobre todo sobre mi persona." Eran las seis de la mañana cuando Harry llegó a su casa.

Me quitaré el traje de vuelo y lo guardaré en el desván. Usted regrese a su casa.

¡Cuidese, Harry! ¡No cometa ninguna imprudencia!



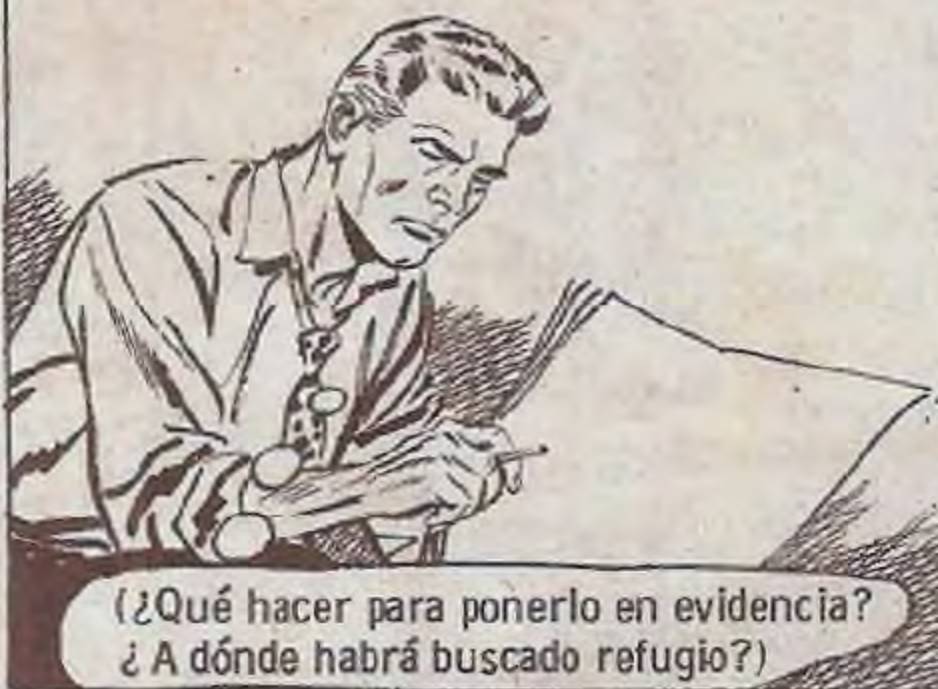
Así se lo prometió. Una vez a solas y luego de cambiar sus ropas, Harry se trasladó a un hotel donde se inscribió con nombre supuesto. Más tarde pidió los diarios.



"Por causas que se desconocen, el prestigioso financista Emery Robinson, perdió el rumbo mientras volaba con su avión, el que estalló en el aire".



Y proseguía diciendo el cronista: "El accidente ocurrió sobre el mar, muy cerca de la costa de California. Buscan los restos del aparato".



(¿Qué hacer para ponerlo en evidencia?
¿A dónde habrá buscado refugio?)

Súbitamente se sintió inspirado. No podía correr el riesgo de llamar a Vera por teléfono, de modo que tendría que actuar solo y reunir las pruebas necesarias, para evitar un fracaso absoluto. Recordó a un teniente de la policía que se mostrara ...

... muy amable con él en ocasión de su proceso y fue a verlo, explicándole detalladamente el caso.

Estimo que está usted en lo cierto, Holden. Ponga en práctica su plan y cuente conmigo.

Antes es necesario saber si lo que sospeché ocurrirá.



Transcurrió una semana antes de que el teniente fuera a verlo a su discreto alojamiento.

Sus sospechas se confirman, Holden. La compañía de seguros va a pagarle a Vera Robinson una buena...



"... millonada por el seguro de vida del padre y por los valores perdidos en el accidente aéreo. Creo llegado el momento de..."

... adoptar las providencias del caso. Comience a moverse y téngame informado.



De acuerdo, teniente. Aguarde mi llamado telefónico.

Daban las veinticuatro horas cuando Harry se introducía subrepticamente en la mansión de los Robinson. Se ocultó en el cuarto de huéspedes y esperó.



(Sin mis sospechas se confirman, no tardará en aparecer. Vera cobró ya el seguro y hasta mañana...)

"...no podrá depositarlo en el banco." Una hora más tarde...

(¡Alguien anda en la biblioteca! Si mal no recuerdo, allí está la caja fuerte empotrada.)



Empuñó la pistola que le facilitara el teniente y descendió cautelosamente hasta la planta baja. Se ocultó detrás de un cortinado y vigiló. Poco después...



Sigilosamente, Harry abandonó su escondite y fue a asomarse a una ventana.

(¡Este es el momento!)



Corrió hacia la calle y subió rápidamente al coche con el que el teniente lo esperaba. Todavía advertíanse las luces rojas de cola del otro automóvil.

¡Sígalo, teniente!



El coche perseguido se detuvo ante la cabaña de los Robinson. Su ocupante entró un instante y luego salió con una valija en la mano.

¡Fíjese, teniente! ¡Tiene un avión en el campo lindante con la cabaña!



El teniente hizo arrancar su automóvil y a toda velocidad logró interponerse entre el fugitivo y el aeroplano que lo aguardaba. De inmediato otros dos coches policiales se hicieron presentes, iluminando la escena con sus faros.



¡Deténganse, Emery Robinson! ¡Dese preso!

¡Lo quiero con vida, teniente!

Emery intentó sacar un arma. Una ametralladora tableteó, levantando el polvo a sus pies. Se rindió y fue llevado a la ciudad.

Diga lo que tiene que decir, señor Holden.

Acuso a Emery Robinson de intentar matarme con una bomba colocada en un portafolios que me entregó...



"...con el pretexto de suplantarle en un viaje a Las Vegas. Estos pretextos ya los conoce, teniente. Además lo acuso de eliminar..."

...a mi esposa obligándola a ingerir una dosis mortal de barbitúricos. Ella resistió y en esas circunstancias, él..."



"...perdió esta insignia de un club aéreo al que pertenece. ¿Por qué hizo todo esto? Creo conocer perfectamente las causas, pero estimo ahorrar tiempo si se me permite interrogarlo." El teniente hizo una señal de asentimiento y...

...Harry, luego de fijar la vista intensamente y por breve lapso en el criminal, comenzó así:

Ricky trabajaba con usted antes de casarse conmigo, Robinson. Usted sentía atraído por su belleza...



"...y no pudo soportar el saberla casada con otro. Por ello hizo poner estupefacientes en mi avión. Para sacarme del medio..."

...y tratar de predisponerla contra mí, mientras durase mi cautiverio, ¿es verdad?



¡Sí, es verdad! ¡Yo amaba con locura a Ricky y usted me impidió hacerla mi esposa!

«Bien, -prosiguió Harry-. Casi logró sus fines y quizá habría triunfado si yo no obtenía la libertad por buena conducta. Pero..."

...la lucha que la obligó a sostener entre sus deberes de esposa y la tentación de una vida regalada...



"...hizo que ella, pobre y débil mujer, enfermase de los nervios. A mi regreso, busqué la ocasión de hacerme odiar por ella, invitándome a su casa, cuando Ricky no estaba en condiciones de acompañarme. ¿Qué fines perseguía con ello?"

Robinson vaciló un instante antes de responder. Las preguntas de Harry eran concretas y sus argumentos contundentes.

Yo no ignoraba que mi hija había se enamorado de usted, y traté de explotar esa simpatía en beneficio propio...



"...diciéndole a Ricky que usted correspondía a los sentimientos de Vera. Para acrecentar esa convicción es que hice viajar a..."

"...Vera en su compañía. Ricky estaba conmigo observando la partida. Esto lo enfureció aún más. Sin embargo..."



"...durante el viaje de regreso debí dudar de mis intenciones y me amenazó con dejarme todo a usted. Me enfurecí a mi vez y perdí el control, obligándola a ingerir el barbitúrico. Cuando descubrí la pérdida de la insignia, pensé que usted ataría cabos y terminaría por acusarme."



"Por ello llevé a la práctica mi plan para eliminarlo. Vera me sorprendió preparando el explosivo y yo, temiendo que fuera a..."

"...prevenirlo, le hice beber un sedante mezclado con un poco de vino, durante la comida."



Pero fracasó, porque ella logró, a pesar de todo, ponerme sobre aviso. El criminal es suyo, teniente."

Harry realizó un largo viaje. Cinco años estuvo lejos de su hogar desquiciado por aquella mente enfermiza. Nunca supo cómo, pero sí por qué, al descender del avión, ella lo estaba esperando.

Harry, supe que volvías y acudí a esperarte. Necesito un buen piloto."

¿Para tu avión?



Ella puso mucho de su sana picardía en las palabras con que le respondió y él sintió renacer la esperanza en su corazón."

¡Y para mi vida, Harry! ¡Desde que tú te alejaste, no puedo hallar el rumbo hacia la felicidad!



FIN

esto merece recordarse...

las primeras torpederas que cruzaron el atlántico fueron ARGENTINAS

Desde que el Presidente Sarmiento, con su visión de estadista, creara la Escuela Naval, nuestra Armada se desarrolló adquiriendo nuevas unidades con ritmo a veces de avanzada. En el año 1880, el ingeniero Whitehead perfeccionaba un arma que luego fue de gran importancia, hasta la actualidad: el "torpedo automóvil". Antes, los torpedos carecían de movimiento propio: debían ser llevados hasta muy cerca del blanco, con grave peligro para la nave atacante, que si no retrocedía a tiempo, podía ser alcanzada por la explosión. Ese año el gobierno argentino encargó en Inglaterra la construcción de tres naves, en las que se instalaría la nueva arma que el ingeniero inglés experimentaba en Fiume: eran el ariete-torpedero Maipú y las torpederas Enrique Py y Ferré.

La comisión encargada de traerlas al país estaba encabezada por el Coronel de Marina D. Ceferino Ramírez, acompañándolo los Tenientes Emilio Barilari como Segundo Comandante y Manuel García Mansilla como Ingeniero Torpedista. Concluidos los tres buques, zarparon del puerto de Gravesend el 5 de junio de 1881. El "Maipú" era un vapor de ruedas con aparejo de pailebot (dos palos para sen-

dio de 9 pies. Su velocidad máxima: 14 nudos. Esta era la nave capitana. Las otras dos embarcaciones medían 100' x 12' cada una y podían desarrollar una velocidad de 19 nudos.

Iniciando un viaje peligroso, con mal tiempo, en que la nave insignia llevó a remolque a las otras dos, cruzaron el Canal de la Mancha tomando rumbo a Fiume. A los 47°52' de latitud Norte, la "Ferré" tomó rumbo a Buenos Aires. Las otras dos naves prosiguieron hacia el lugar donde se instalarían los nuevos armamentos y se realizarían las pruebas de los mismos.

Llegados felizmente el 23 de junio al puerto de Fiume, y el 20 de julio, en presencia de representantes de las más importantes marinas del mundo —Inglaterra, Austria, Francia, Italia, Dinamarca, Rusia y Grecia— el nuevo sistema de lanzamiento de torpedos se probó en naves argentinas por primera vez.

El 1º de agosto tuvieron lugar las pruebas oficiales. A 14 nudos, se lanzaron nueve torpedos: tres por proa y tres con los tubos de cada costado contra un blanco de 20 m de eslora y a una distancia de 400 m. Tres de estos nueve lanzamientos dieron en el blanco. Fue el "Maipú" la nave que efectuó los disparos.

Al día siguiente, la "Enrique Py", a más velocidad —17 nudos— lanzó ocho torpedos y los resultados fueron mejores: los desvíos observados no alcanzaron sino a tres metros. El Coronel Ramírez escribió, en su parte oficial: "Como argentino, no puedo menos de expresar la satisfacción que sentía al recibir a todos los representantes del mundo militar europeo a bordo de un buque en cuyo tope flameaba el pabellón de mi patria".

Partieron para Buenos Aires el 28 de agosto, yendo la "Enrique Py" siempre a remolque del "Maipú" y el 20 de octubre de 1881 fondearon en la rada exterior, llevando a feliz término una peligrosa



das velas cangrejas y una trinquetilla). Su desplazamiento era de 1073 toneladas, con 82 m de eslora, 9 m de manga y 4,5 m de puntal, con un calado me-

navegación de 53 días. Fue una proeza naval que colocaba, en esa época, a nuestra Marina de Guerra entre las más avanzadas del mundo.

TRANQUERA EN SAUCE CHICO

Por AGUSTIN FONTANELLA

Un clásico del teatro gauchesco de fin de siglo (1899, exactamente) estrenada en el Teatro Doria (hoy Marconi) por la compañía Podestá-Scotti, con el título de "Tranquera".



ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE SPADARI

Mientras Prudencio Vidal aperaba su zaino, silenciosamente, recordaba a Saulo, su buen hermano mayor muerto al lado de su estandarte Federal unos meses antes.

(¡Tan poco tiempo y otra vez estamos en guerra!)



Iba a unirse al contingente que desde Dolores iba hacia la Capital, agregándose al general Madariaga en su lucha contra Urquiza. No hubiera ido. Se dejaba dominar por ciertas nostalgias: Pedrito y Juana, en primer término.

(¡Deben comprender que no puedo quedarme aquí!)



Pedrito era el huérfano de Saulo. Y Juana era la vecina que se había adueñado del corazón del criollo.

(Ella sabrá cuidarlo mejor que yo.)



No era poca la tarea que ya tenía Juana Zubizarry. El campito, su tata enfermo, y ahora el pequeño que Prudencio le dejaba a cargo, mientras él se lanzaba al ataque con la misma lanza que viera morir a Saulo Vidal, el último febrero.

(¡Yo le pedí que no se fuera, Virgencita mía!)



"Es preciso acudir al llamau del general. ¡No van a considerarte flojón, lo mismo que chala, Prudencio Vidal! Le dirás 'hasta prontito' a tu tranquera de Sauce Chico, y nada más", se dijo para calmar la ansiedad que empezaba a devorarlo.

A lo lejos, una polvareda fue agrandándose. Poco después...

¿Cómo le va yendo, Vidal?

Aprontándome pal'malambo, amigo López. ¿Y usted?



No puedo dir al baile ande va usted, Prudencio Vidal. Dende ayer soy segundo del comisario.

¿Ajá? Se salvó justito el hombre. ¿Y cómo ha sido?



Ramiro López dio una explicación a su gusto; algo borrosa. -Un pariente en Buenos Aires, cerca del gobierno, y su designación como ayudante del comisario Hermida, de Sauce Chico.

Es como decir que dende áura somos enemigos, López.

El de a caballo sonrió, mientras hacía un gesto pacífico.

No, amigo. ¡Si por una de esas cae el gobierno, yo me uno a su contingente, amigo Vidal!

¡Comodón el pai sano! Muy heroico de su parte, López.



No muy lejos de allí se veía al sol del atardecer, la linda estampa de Juana Zubia-rry. -¿Y la Juana lo deja ir, Vidal?-, preguntó Ramiro López. El gaucho sonrió tristemente.

Es una de mis pocas preocupaciones al dirme. Ella, y mi sobrino.



Gracias, y hasta la guelta, López.

Casi en seguida, mientras se alejaba, Ramiro López dijo en voz alta: -En lo que pueda favorecerlo, estoy a sus órdenes, Vidal. Nos conocemos dende años, ¿no?



Prudencio ya no dejó de mirar a Juana, atareada con unas ropas que había colgado al viento frío de esa tarde de septiembre.

(Terminá tu apero, gaucho. ¡Y hasta más ver!)



Se sentía algo desmoralizado, aunque la causa del doctor Valentín Alsina calaba muy hondo en su alma criolla. Prometían voltear a Urquiza, y eso no disgustaba a Prudencio Vidal.

(Pero la Juana, y el cachorro... ¡en fin!)



De pronto la tuvo a sus espaldas. Joven, fuerte, y hermosa criolla dueña de sus sueños mejores.



Le costó hablarle mirándola a los ojos. Esos ojos grandes femeninos y extrañamente pigmentados de verde y oro. ¡Cuánto la quería! -No nos hagamos más daño, mi prienda. Me voy. Y que el Cielo diga la última palabra.

De locos como vos, Prudencio, está llena la pampa.



Era un reproche que ya había sido formulado antes, pero volvía a dolerle al hombre que iba a una revolución. Sin perder su dulzura, le habló de su deber como hombre y corregilionario...

... ¡pero era al fin! ¿Qué entendía una mujer de esas cosas sagradas para un paisano? Juana Zubiarri no comprendía que cuando un hombre honrado como Prudencio Vidal dejaba muchas cosas queridas para irse, empujando una lanza, era porque la causa era mayor que sus mismos sentimientos.

Trató de no ofuscarse. Hasta se atrevió a decirle que en la historia criolla había muchas mujeres heroicas.

No soy de esas. Lo siento si te disillusiono, Prudencio.



Viendo al hombre que se disponía a examinar el armamento que llevaría hacia Dolores, Juana se dio media vuelta y escapó corriendo. Prudencio meneó la cabeza, resignado.

Pasaron algunos minutos y una voz del tono de la bordona, llegó hasta los oídos de Vidal.

¿Nutria por aquí? ¡Es raro!



Lo llamaban "Nutria" pero su tía lo había anidado en Las Juntas con el nombre de Juan Rial, hacia el 1796. Llegó al rancho de su amigo Vidal, jubiloso, con poncho, lanza, y dos pistolas cargadas.

¿Usted también, compadre? ¡Ah, gaucho de ley!



Media pampa se alzaba en armas al llamado del general Madariaga. -¿Yo en las pasivas? ¡Ya verán quién es "Nutria" Rial, el capataz de Las Juntas!

¡Y vaya temblando ya el Justo José de Entre Ríos!



Conversaron durante algunos minutos, hasta que llegaron Juana y Pedrito. Aquella lloraba, y don Nutria murmuró: -Me adelanto pa'lo del pulpero. Me hace mal efecto matear bajo el saucal llorón. Montó, saludó a la Juana, y se alejó hacia el lado de la noche, por donde estaba la pulpería.

¡Viejo lindo! Lo aprecoé como a mi mismo padre.



Se volvió hacia el sobrino y lo abrazó en silencio.

No viallorar, tío Prudencio. Usted es un valiente. Ansina me lo estaba diciendo...



...don Cosme, el tata e la Juana, que también peleó contra los gringos ingleses.

¡Mijito! Lo hago en memoria e'su tata, ¿sabe, mijo?



Besó al sobrino y después buscó abrazar a Juana, pero ella eludió al hombre, murmurando con fiereza: -¡Hasta más ver, Prudencio Vidal! ¡Vamos, Pedrito!

¡Ta gueno! Si ansina lo querís, Juana...



Montó en su zaino, y poco después había sido devorado por la noche sin Luna y sin estrellas.

(¡Que Dios te ampare, Prudencio Vidal!)



En la pulpería "La Tradición Argentina", un mozo de rostro enfermizo a quien le faltaba un brazo, dirigía otro aspecto importante de la revolución en marcha, distribuyendo gallardetes con leyendas alusivas al golpe que intentaba Valentín Alsina.

Cuidado, Pastor. Mire que uno de esos que juega a los naipes...



...es hombre de las autoridades. Era sargento, lo destituyeron, y ahora volvió a serlo.

Lo conozco. Se llama Suñez.



Al lado del sargento Suñez había un individuo achinado.

Le aseguro, mi sargento, que esto es un garito revolucionario.

Seguí jugando, Peralta, Ya los conozco bien.



Barajaron, siguiendo la jugada. Suñez estaba en ese lugar "por otro mandato". Y esperaba confiado sin importarle nada de lo que hicieran a sus espaldas hombres como Pastor Leiva, por ejemplo.

Poco después, la estampa criolla de Prudencio Vidal se hizo ver en la pulpería, y hubo un movimiento de reptiles en la mesa ocupada por Suñez y Peralta.

El que nos indicó don...

¡Callate la boca!



Tocó con el codo a otro que estaba a su lado, murmurando: -Podés empezar la junción. Y en seguida, el achinado alzó la voz: -¡Por la revolución, y contra el bogierno matrero que tanto daño causa con sus bellaquerías!

Sus compañeros en el juego, gritaron: -¡Viva la revolución!-, vaciando sus limetas de vino. Prudencio no los conocía, pero simpatizó rápidamente con ellos, ordenando otra vuelta de "sangría", a la salud del general Madariaga.



¡Y cuando triunfemos, vengan por mi rancho, amigos!

Pastor Leiva y su joven ayudante habían cesado de trabajar en los gallardetes. La inquietud los tenía paralizados.

(¡Cómo prevenirle a Vidal! ¡Esto es una trampa!)



La engañosa actitud asumida por el sargento Suñez y sus compinches, tenía por fuerza que ocultar algo desagradable. Leiva salió de la pulpería por la parte trasera, y a poco un chico se acercaba a Prudencio Vidal con un mensaje.



De un hombre algo viejo, para usted, señor Vidal.

Prudencio, a quien le extrañaba la ausencia de Juan Rial, tomó el papel que le alcanzara el muchachito.

(¿Un hombre algo viejo? No entiendo.)



El tal Peralta tocó con la punta de su bota en la del sargento, y éste entendió. O sacaban del medio a Prudencio Vidal en ese mismo momento, o la misión fracasaba. Por su parte, Vidal acababa de leer: "Esos que fingen ser sus amigos, son enemigos mortales. ¡Cuidado!"



Prudencio guardó el mensaje con pasmosa tranquilidad, mientras con el rabo del ojo seguía los movimientos de sus ocasionales "correligionarios". Y en seguida...

Via pasar la noche en esta pulpería. ¿Hay lugar, amigos?

Dirigió sus pasos hacia la entrada del local, mientras varias voces aseguraban que había lugar de sobra para dormir.



(¡En el campo-santo, amigazo!)
¡Ja, ja, ja!
¡Aura!

Bajo los ponchos surgieron los facones, y cuatro asesinos se dispusieron a ultimar a un hombre solo. Era la orden de alguien que se llamaba Ramiro López, allá en Sauce Chico.



¡Ande van ustedes, mandrias!
¡Alto, bellacos!

Pastor Leiva, un lisiado, con la compañía de un muchachito armado de una barreta de hierro, se lanzaron sin vacilar contra el siniestro puñado de criminales.

¿Eh? ¡Te voy a dar, imbécil!



La primera víctima iba a ser Pastor Leiva, pero su sangre fertilizó la de Prudencio Vidal, quien convertido en una furiosa máquina de matar, abatió dos rivales en contados segundos...

... ahuyentando al resto.

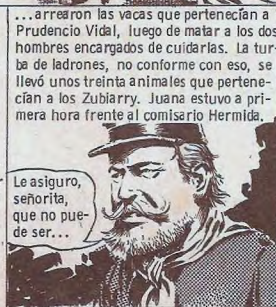
¿Quién los mandó? ¿A quién respondés, canalla? ¡Habla!



Se quedó con un muerto entre los dedos crispados, pero nada pudo saber. Esa misma noche enterraron al heroico Pastor Leiva y la historia de su sacrificio empezó a correr por los campos como clarinada de guerra. Mientras tanto, allá en Sauce Chico, misteriosos encapuchados...

...arrearon las vacas que pertenecían a Prudencio Vidal, luego de matar a los dos hombres encargados de cuidarlas. La turba de ladrones, no conforme con eso, se llevó unos treinta animales que pertenecían a los Zubiarri. Juana estuvo a primera hora frente al comisario Hermida.

Le aseguro, señorita, que no puede ser...



El viejo don Cosme había podido descubrir entre los salteadores a Peralta, y no estaba equivocado. Peralta trabajaba para el sargento Suñez, como éste lo hacía para Ramiro López. El comisario, que parecía hombre de bien, indagó hasta el cansancio, y obtuvo sus resultados. Un milico...

... le contó la historia que empezaba con el odio que López sentía hacia Prudencio Vidal.

Y áura, como Vidal se marchó del pueblo, López quiere fundirlo, y robarle larienda, además.



Parte de la hacienda había sido vendida en Las Juntas. El comisario recuperó la que pertenecía a los Zubia-rry. No se tuvieron noticias de Ramiro López y sus compinches.

Vaya tranquila, niña. ¡Mientras yo esté aquí, la ley será respetada!



Ramiro López y sus secuaces tuvieron que ocultarse por un tiempo, pero les sobraba dinero y eso facilitó las cosas.

(¡Y si puedo, vía cobrar-selas también a ese come-sario!)



Apenada, hundida en sus pensamientos, Juana Zubia-rry regresó al rancho que compartía con su tata y el hijo de Saulo Vidal.

No se preocupe más, mijita. Ya no la molestarán esos cuat reros.



(¡Maldito seas mil veces, Ramiro López!)

Las desgracias que le anunciaba su corazón de mujer habían pasado por el límite de su rancho, y habían clavado la zarpa, para después huir hacia las sombras.



Para colmo, ninguna noticia tenía de Prudencio Vidal. La revolución de Valen-tín Alsina se había apodera-do del gobier-no...

... y en la ciudad, y en las pulperías, se celebraba la victoria "que no pararía allí, ahorita que el Justo José se las había tenido que aguantar, y muy quietecito el hombre".

¡Hornos y Madariaga les van a marcar el paso!



Una tarde, varios emponchados se acercaron al rancho de los Zubia-rry. Pedrito corrió a avisar a Juana, y ésta se apresuró a llegar a la tranquera, ignorando que eran canallas compinches de Ramiro López.

Dios la guarde, güena moza. Andamos desde la salida del Sol, y estamos muertos de sed.



Pedían muy poca cosa. Pava y mate, "pa' unos amargos".

Desensillen, pues. Y vos, Pedrito, andá y decile a la Tomasa que les de lo que quieran.



Uno de los individuos preguntó qué se sabía de la revolución tratando de entretener a la moza. Otro dio un rodeo, y cuando pudo estiró los brazos y sujetó a Juana por la boca.

¡Aura! ¡No dejen que se zafe! ¡Atenla!



Cuando Pedrito volvió al sitio donde había estado Juana, sólo escuchó el chistido de una lechuga. Desesperado regresó al rancho, abrazándose a don Cosme.

¿Qué decís, mijo?
¿Mi juana? ¡No, no!



Esa misma noche, varias partidas enviadas por el comisario Hermida, buscaron infructuosamente a Juana Zubiarri. Y en los caminos, y en las pulperías, se habló hasta el cansancio de lo que había ocurrido en Sauce Chico.

Un hombre que había estado bebiendo junto a la reja, se dirigió al oficial de policía resueltamente. Era Juan Rial, más conocido por "Nutria". Volvía de Dolores, apenado porque no le habían permitido ingresar en el contingente del general Madariaga, cuando se cruzó con aquellos canallas buscados.

¡Eran ellos! ¡Ahorita estoy bien seguro! ¡Y esa mujer...!



Fue el colmo. El oficial lo tomó por borracho y no le hizo caso.



¡Soy amigo de Prudencio Vidal, y ella es su prenda!

¡No amole más la paciencia, viejo!



Ofuscado, rabioso, Juan Rial saltó sobre su alazán, buscando otra vez la huella de los cuatrerros. Y antes del amanecer la encontró. Y degolló al que estaba de guardia cerca de la prisionera.

Usted es "Nutria", ¿no es ansina?

¡Vió ser el mismo mandinga pa' estos bellacos, moza!



Se ocultó tras un ombú, pistola en mano. De esa manera iba a ahorrarse algún esfuerzo. Los años no habían pasado en vano para el valeroso don Nutria. Peralta fue el siguiente canalla que se acercó a la cautiva. La bala le entró en un ojo, y cayó como fulminado.

¡Juye, don Nutria! ¡Lo matarán como a un perro!



Ramiro López llegaba por el camino de la Encrucijada. Allí iba a reunirse con sus compinches. Cuando llegó vio un río de sangre, y a cuatro canallas muertos. Los cuatro que lo esperaban.

¡Ya aura te toca a vos, mandinga sotreta!

¡Nutria!



Bastante herido, el valeroso Juan Rial se liberó de Juana Zubiarri que lo atendía como a su propio padre.

¡Aún me queda tabaco pa' mandarte a los infiernos!



Ramiro López era un mandria. A la vista de tantos desastres se sintió en poder del miedo, y sin apearse de su tobiano, dio media vuelta y poco tardó en desaparecer campo afuera.



¡Algún día, canalla! ¡Algún día!

Ese día no iba a verlo el conocido "Nutria". Apenas llegado a su rancho de Las Juntas, entregó su alma al Creador.

Lástima... que no pude... darle... a ese Ramiro...



Las Juntas despidió al heroico vecino, como correspondía a esas horas en que el sur criollo vivía la euforia de los triunfos inmediatos al del once de setiembre, y Juan Rial había sido un fervoroso partidario de don Valentín Alsina.

Juana estuvo otra vez junto a su tata y junto a Pedrito. El comisario Hermida destacó por algún tiempo una guardia permanente cerca del rancho de los Zubiarry...



...pero cuando Prudencio Vidal volvió a Sauce Chico, convalesciente de una herida hecha por una lanza urquizista, el comisario consideró que la guapa Juana ya tenía en el valiente gaucho a toda una guardia de acero; y retiró sus hombres.

Yo te prometo, Juana...



Ella le cubrió los labios con su mano áspera de mujer acostumbrada a los duros menesteres rurales.

Un hombre como vos siempre promete. Y no cumple. Pero ahora te comprendo, Vidal.



Duras épocas aguardaban al gaucho empobrecido.

(Sin animales, y con un campo abandonau. ¡Qué se le va hacer a la suerte!)



(¡Pero vos volverías a trenzarte lanza en mano, Prudencio Vidal! ¡Te conozco bien!)



Aquella amarga historia pasada quería ser olvidada por el gaucho. Y con pasión se entregó a la tierra que tantas y tantas satisfacciones le diera, hasta muy poco tiempo antes.

Terminaba el verano, cuando llegó a Sauce Chico un forastero bien aperado y con ropas lujosas, además de un bolsillo cuidadosamente forrado en plata. Estuvo comprando lana en diversos puestos. Después volvía a la pulpería "La Tradición Argentina". Bebía y pagaba copas...

...y hasta llegó a hacerse sospechoso para algunos; los menos.

Pa mí que es espía de don Justo José, que anda pulsiando la campaña.



Aquel muchachito tan servicial, que apoyando al recordado Pastor Leiva había contribuido a salvar la vida de Prudencio, puso al forastero en contacto con Vidal.

Quería conocerlo. Es justa su nombradía, aparcero.



Guiado por Prudencio, el forastero -decía llamarse Roquendo- hizo nuevos negocios. Una noche, en que Roquendo invitó a una fiesta a Prudencio Vidal, éste tuvo que convencerse.

(La gente es deslenguada. ¡Buena persona es éste hombre catalán de espía!)



Roquendo no quiso aceptar "un lugarcito en el rancho", tal como eran los deseos de su nuevo amigo Vidal.

Seis o siete días más y me marchó, amigo.



Tenía algo que había fascinado al simple Prudencio. Tal vez su ropa de calidad, o su magnífico facón de oro y plata. O su labia de político rural. Roquendo era hombre simpático, pero a Juana Zubiarri le bastó hablar con él durante cierto asado en casa de amigos, para desconfiar.

(¿De dónde viene? ¿Quién sabe algo sobre él?)



Nadie lo había visto nunca. El decía ser de El Rosario. Y tenía mucha plata... aunque no era suya. Marcial Roquendo era un títere de la venganza de un individuo tan canalla como cobarde, llamado Ramiro López.

(En su carta me dice que todo marcha bien.)



Unos días más, y Prudencio Vidal quedaría a la vera de un camino con los brazos abiertos y la garganta cortada.

(¡Te reíste de mí, Prudencio! ¡Yo me reiré de vos!)



Marcial Roquendo logró mayor adhesión por parte de Vidal cuando hizo varios y finos obsequios a Juana.

¡Es un pueblerino distinguido, y no lo sabís interpretar, Juana! ¡Pucha con mi futura mujer!



Por las noches, y regresando a la pulpería donde se hospedaba, Roquendo se desviaba por el camino solitario a Las Juntas. Allí, un jinete esperaba los informes para "el patrón". A quince leguas, Ramiro López también esperaba.



(¡Mañana! ¡Es mañana!)

Cuando Roquendo llegó esa noche a la pulpería, y tomando una copa con el pulpero dijo que había estado con Prudencio Vidal "cantando algunas vidalías revolucionarias", no advirtió que alguien le miraba las botas. El famoso "barrito colorau", sólo se hallaba en el camino...

... a Las Juntas. Y por ahí no se iba a casa de Vidal.)

(Creo que este hombre empieza a jugar sucio.)



Ese joven era, sin la menor duda, el ángel tutelar de aquel gaucho Prudencio Vidal. Y como en la noche en que le salvara la vida -la noche de la muerte del útil Pastor Leiva- corrió con su advertencia a Prudencio.

¿Qué tiene que ver, mi amiguito? Roquendo, en efecto, estuvo conmigo y cantamos...





Sin embargo no quedó muy convencido, Prudencio Vidal. Luego, a solas, pensó y pensó. ¿Qué podía haber de interesante en el feo y barroso camino a Las Juntas?

(Mañana, tal vez...)



¿Mañana? Prudencio Vidal nunca dejaba las cosas para el día siguiente; si es que las podía aclarar sobre el tambor. Se largó para la pulpería, pero al llegar ya habían cerrado. Dando un rodeo vino a encontrar el caballo que solía utilizar el forastero de El Rosario.

(Mesmamente, tiene barrito colorau en los carrones.)



Gran sorpresa e intensa decepción; todo en la mañana siguiente. Roquendo primero negó haber estado en ese camino del barro rojizo. Después mintió, hundiéndose más en el fangal.

(¿Una moza gringa y adinerada? ¡No hay tal moza en muchas leguas a la redonda!)



Marcial Roquendo insistió en afirmar que Mary Walter tenía su estancia en el camino a Las Juntas desde hacía poco más de un mes. La conoció accidentalmente y...

... es posible que consiga su corazón, amigo Vidal. ¡Un buen recuerdo más de este pago!



Con gran soltura, el canalla agregó: -Ella ya oyó hablar mucho del heroico Prudencio Vidal. Si me acompaña, podremos darle una grata sorpresa... a mi futura esposa. ¡Venga conmigo esta nochecita, Prudencio!

Mientras cabalgaba en soledad, Roquendo iba riendo. ¡Se sabía muy astuto, pero nunca creyó que lo fuera tanto! De una situación molesta había pasado a otra muy conveniente. Porque Vidal iba esa noche a la misma boca del lobo.



(¡Miss Mary Wlter! ¡Pobre gaucho sonso! ¡Se encontrará con los facones de la muerte!)

Prudencio pasó el día muy reconcentrado; con pocas ganas de trabajar. Juana estuvo consultándolo por un problema que tenía con un animal que acababa de comprar para cría.

(¿Qué sucede, Prudencio?)
(¿Por qué está así de raro?)



Caía la tarde. Juana volvió a su rancho. Poco después salía en dirección del pueblo. El comisario Hermida la recibió con el afecto de costumbre. Era un gran hombre, y mejor policía.



Prudencio y Marcial Roquendo se encontraron en la pulpería.

¡Ah, no, mi amigo! ¡Usted con sus mejores pilchas es un rival de peligro! ¡De peligro!



Según Roquendo, Mary Walter los esperaba ansiosamente.

(¡Mary Walter! ¡Ya lo verás, héroe de Sauche Chico!)



Ya casi no había barro en el sendero de Las Juntas. Ese barro que en ocasiones parecía agua mezclada con sangre. Ambos jinetes estaban alejándose de Sauce Chico, cuando un par de sombras se movieron tras ellos. Tres dagas contra Prudencio Vidal. Tres, para terminarlo.



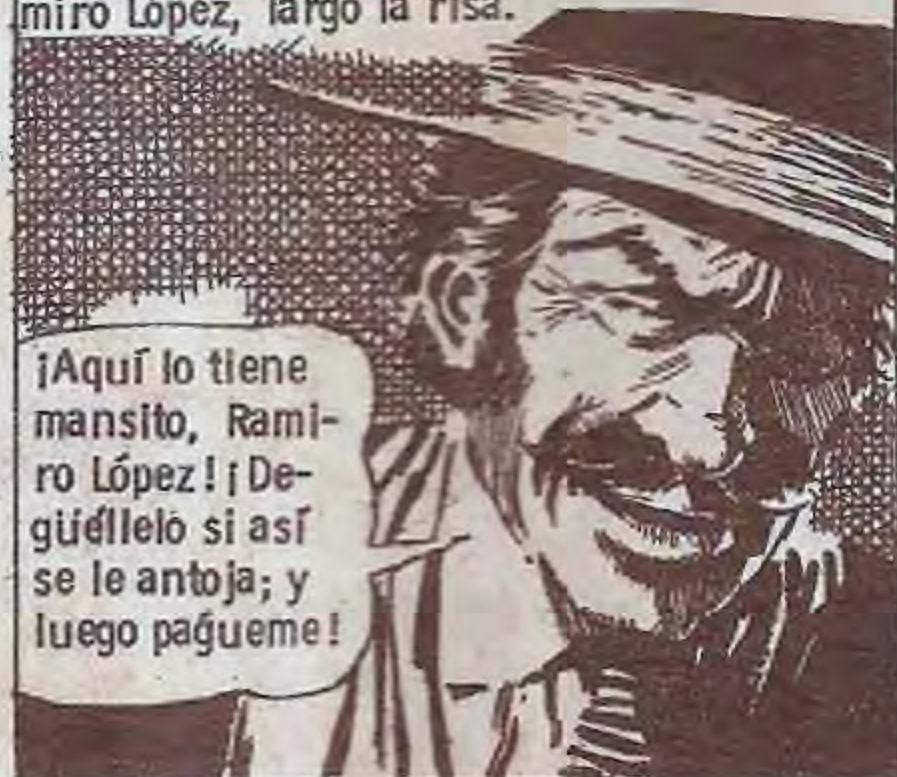
(¡Me han mentido! ¡Aura estoy seguro de su mentira!)

Iba hacia donde le marcara su destino, aunque la marca fuera de muerte. Nunca había sentido miedo en la vida. Tampoco lo sintió al escuchar la voz de Ramiro López a sus espaldas.



¡Roquendo! ¡Roquendo de El Rosario! ¡Maula! ¡Maulas!

El elegante forastero que había servido de trampa para los fines de aquel siniestro Ramiro López, largó la risa.



¡Aquí lo tiene mansito, Ramiro López! ¡Déguello si así se le antoja; y luego págume!

Prudencio sacó el facón dispuesto a morir peleando. Pero entonces la noche se hizo un furioso malón de armas que corrían a ayudarlo. Y las armas tenían su mascota. Una mujer. Juana.



¡Tenís mucha suerte, Prudencio Vidal! ¡Canejo!

A ninguno de esos tres canallas -Ramiro, Roquendo, y el otro, el que hizo de estafeta durante muchas noches- les convenía entregarse. Optaron por intentar la huida. Esta vez el comisario Hermida, Prudencio Vidal y los milicos, lo impidieron.



¡Terminó esta junción, Prudencio!

Los tres muertos ya no significaban nada para Vidal. Era hombre que miraba hacia adelante. Y en el camino de regreso a Sauce Chico estaba la mujer que seguía queriéndolo pacientemente. Y esperándolo.



Te creo capaz de haber organizau esto, Juana.

"No soy de esa clase de mujeres decididas, Prudencio. Creo que no lo seré nunca", contestó ella. Pero nunca como en esa noche, los ojos en verde y oro de Juana Zubiarri, se mostraron tan embusteros y fascinantes.



¡Prienda... perdonáme! He sido un ciego hasta hoy.

Más tarde, el comisario le contó todo a Vidal.

¡Usté no sabe lo que vale esa mujer, mi amigo!



Y para que no le siguieran fastidiando la paciencia, Prudencio anexó su rancho al de los vecinos: los Zubiarri. Allí justamente, vivía Juana, su antiguo amor. Se casaron antes del invierno. -Nada mejor pa'esquivar las heladas-, sentenció socarronamente el astuto comisario Hermida...

...por años y años, un baluarte de la verdadera justicia, en el humilde y gauchito Sauce Chico.



FIN

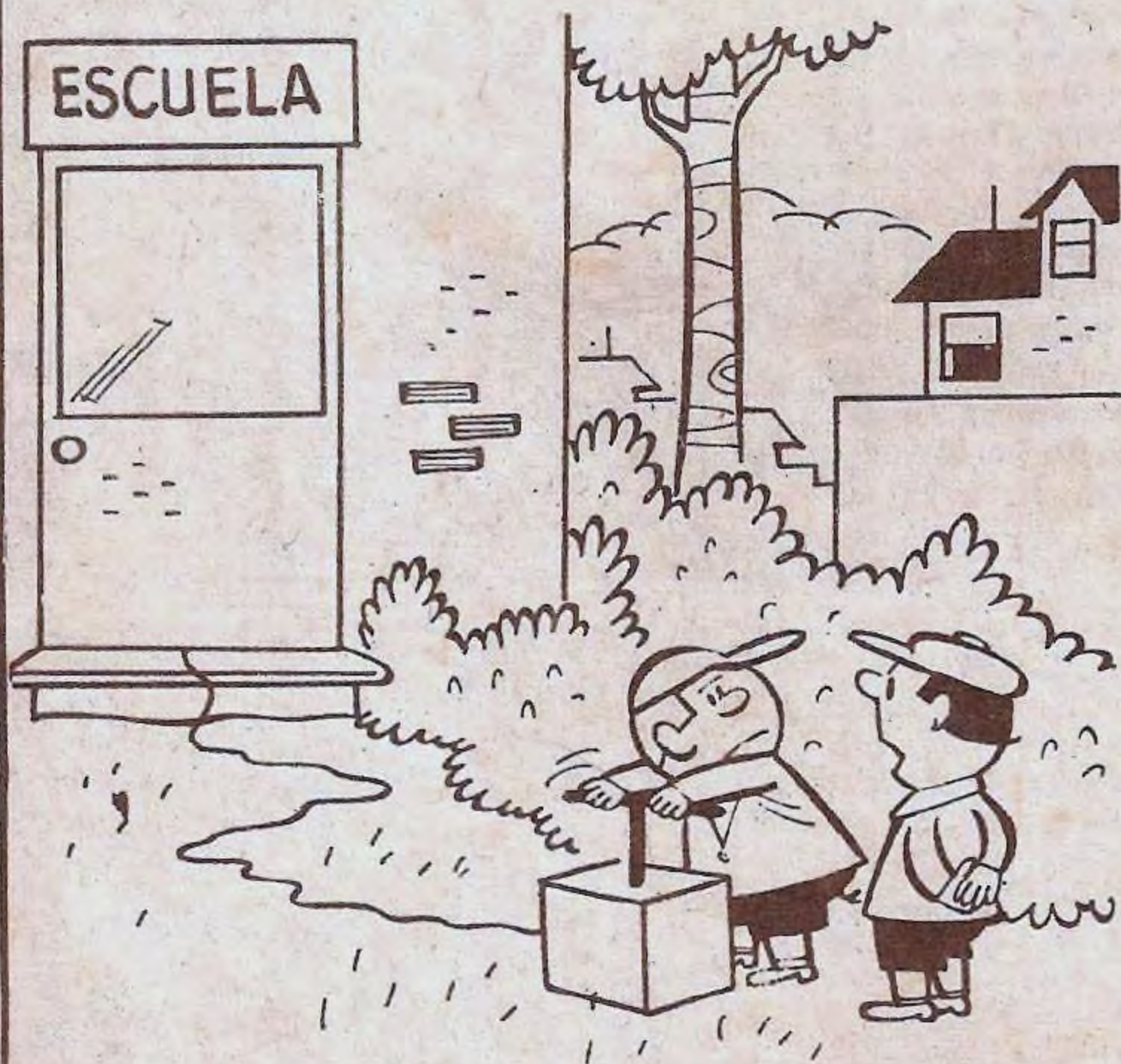
AHORA RÍASE



-Por lo visto, hemos fracasado como padres, querida.



-¡Un momento! Creo que me he equivocado de dentadura, señor.



-Temo que el maestro se enoje esta vez.



-Pase, vecina. Pero tendrá que disculparnos. Tenemos la casa patas para arriba.

91

CRISTÓBAL MARÍA PAZ

presenta sus historias
de hombres y mujeres

TEATRO CERVANTES

DIBUJOS DE VOGT



El 6 de octubre de 1915, en plena guerra, desembarcaban en Barcelona la eximia actriz María Guerrero y su esposo, el actor Fernando Díaz de Mendoza. Venían de cumplir una tournée por Sudamérica y ya había nacido entre ellos la idea de levantar un teatro en la República Argentina.

Entonces una empresa cinematográfica catalana, "Segre Films", propuso a la ilustre pareja de actores, trabajar en una película. Rodaron dos films cortos: "El regalo de bodas" y "El caballero Casas Rojas", que resultaron dos tremendos fracasos.



Los productores, sin embargo, quisieron insistir con una obra más ambiciosa. Llamaron a Eduardo Marquina y le encargaron el guión. Trabajó firme el autor catalán y pronto pudo ofrecer la trama de una historia. Se llamaba: "Un solo corazón"

La historia fue aceptada. Empezó a rodarse en Sevilla; los interiores en varias casas señoriales; los exteriores en Italia. Fue el director de la cinta don José de Togores.



María Guerrero creyó en su éxito y ofreció, para su estreno en Madrid, nada menos que la sala de su teatro de La Princesa. La empresa resultó un completo fracaso para la actriz.



¿Qué ocurría? La sociedad se estaba transformando. La guerra del 14 cambiaba la personalidad de la juventud. Otros gustos, otros problemas, preocupaban a la conciencia pública. El público se desplazaba hacia los varietés. Era famosa entonces Mercedes Serós y su "Diego Montes"



También eran famosas "La Chelito", Teresita Pons, Teresa España. En las carteleras teatrales figuran títulos como éstos: "El chulo encefálico", "Serapio"... apio". Parece que no había lugar para el repertorio que cultivara María Guerrero



La guerra rueda ahora su dolor y su miseria en las tierras de Marruecos. Ha terminado la gran guerra europea. En España se produce la "semana trágica", y la angustia llena todos los corazones; los españoles se enfrentan con los españoles.



¡Me ahogo, Fernando! Todo ha cambiado.

El mundo es ancho, María. Tenemos muchos proyectos para cumplir. Su Europa no comprende nuestro arte; nos queda América.



Tú tenías una idea: hacer un teatro en la Argentina. Entiendo que éste es el momento de llevar esos planes adelante. Pongamos manos a la obra.



Fue así como nació el Teatro Cervantes.

No quiero sólo un teatro, ¡quiero algo que sea como el alma de España!



La fachada recordará a la Universidad de Alcalá de Henares. Llevaré de España azulejos moriscos, cueros cordobeses; hierros catalanes y andaluces.



El trabajo avanzaba tan rápidamente, que en setiembre de 1921 ya estaba a punto de ser inaugurado. María Guerrero, secundada por el arquitecto Fernando Aranda, había vigilado cada uno de los pesos de la realización de la obra.

Fue entonces cuando en Buenos Aires, Ernesto Hidalgo, uno de los actores que acompañaban a la Guerrero, conoció a Albertina Sanmartino. Occurrió en la calle Florida, por casualidad.



A Albertina le atrajo el acento madrileño de Ernesto. Le resultaba gracioso. Albertina era delgada y alta. Sabía vestir muy bien y lucía joyas muy costosas.



Se encontraron varias veces. Albertina lo esperaba siempre en la confitería del Gas, en la tercera mesa que daba por Esmeralda. Nació entre ellos una amistad que se hizo más profunda, que fue creciendo.

Ernesto al principio tomó aquella amistad como una aventura más, pero poco a poco se sintió atraído por aquella muchacha de la alta sociedad porteña.



Albertina era alegre, culta. Pero tenía algo extraño. Gozaba de una forma especial cuando Ernesto le hacía algún regalo, o le compraba algo que era el motivo de su último capricho.



Los ojos de Albertina se llenaban de codicia cuando veía algo que le gustaba, que quería que le compraran. Sufría un desenfrenado deseo de tener joyas y vestidos y pieles. Trataba de disimular su codicia con una dulce sonrisa que vencía las pocas resistencias de Ernesto Hidalgo.

¿Qué hacías por Florida la tarde, en que nos conocimos?

Estaba de compras...



¿Sola?

Sí, sola. Me gusta andar sola.



En Madrid las muchachas salen en parejas a hacer compras. Tú nunca me hablas de tus amigas.



No tengo amigas. ¿Para qué las quiero?

Eres una solitaria...



Ernesto agregó aquella opinión que quedó suspendida en el aire; tratando de salvar a Albertina de la turbación que le llenaba los ojos y le hacía jugar nerviosamente con la copa que tenía entre las manos.

¿Sabes, Albertina, que he viajado mucho en avión?

¡En avión!



Sí, en avión. Es maravilloso. El mundo es distinto desde arriba. He descubierto, por ejemplo, que la noche no cae, que por el contrario, fluye de la Tierra, cuyos huecos y depresiones llena de púrpuros estanques de sombra...



...que va ascendiendo hasta cubrir las copas de los árboles y los tejados de las casas. Mucho antes de oscurecerse el cielo, la Tierra está sumida en tinieblas. Empiezan éstas luego a subir hacia el cielo, por Oriente, en dirección al cenit hasta que cierran sobre los últimos resplandores del crepúsculo...



¿Me escuchas, Albertina?

Sí, sí,...



Mientes. No me escuchabas.

Me contabas que viajaste mucho en avión y que...



Ernesto miró hacia afuera, hacia la calle. Un anciano ciego, acompañado de un muchacho que hacía las veces de lazarrillo, pedía limosna a los transeúntes en la esquina de Rivadavia.

Ese ciego te distrajo y te puso triste.

No soporto esos espectáculos. Corre las cortinas, por favor...



Se endureció el rostro pálido de Albertina. Quiso hablar de cualquier cosa.

¿Cuándo me llevas a conocer el Teatro Cervantes?



El martes hay una reunión de periodistas. Voy a llevarte entonces. Trata de componerte. Estas desmejorada, Albertina.



Estoy desesperada...

¿Por qué? ¿Qué misterio hay en tu vida?



En mi vida no hay misterio, sino dolor. Pero eso no me interesa. Invítame a beber otro anís, Ernesto, por favor...



Un periodista se aproximó a Ernesto.

¿Quién la invitó?

Este... No sé... Es muy guapa... ¿Usted la conoce?



El día en que se realizó la reunión de prensa, Albertina estaba resplandeciente. Mereció los mejores elogios de los hombres y las más intensas miradas de envidia de las mujeres. Era una dama de gran mundo.

Ernesto Hidalgo había mentido. Fue un extraño presentimiento el que lo obligó a mentir. Y aquella mentira le trajo de pronto una fascinante revelación.

La conozco. Suele hacer notas sociales en el diario. Es Albertina Sanmartino, la prometida de Luis Monteagudo. Pobrecita. Quiere olvidar desesperadamente.



Ernesto calló. Iba descubriendo el misterio que rodeaba a Albertina. Había un hombre, Luis Monteagudo. Otro hombre. Le dolió haber penetrado a la intimidad de su vida. Amaba a Albertina.

Esa noche fueron a una confitería de moda que se había abierto en Olivos. Estaban solos en la terraza. La noche de esa primavera nueva tenía todavía en sus venas el frío del invierno que no se quería ir.



Estás extraño, Ernesto. ¿Qué te ocurre? ¿Hay problemas en el teatro?



No, nada de eso. Los ensayos marchan muy bien. Dentro de tres días levantamos el telón. Pienso que será una velada inolvidable.

Entonces, ¿qué ocurre?



Albertina. Yo te quiero. Te amo.

¡Ernesto!



Ella cerró los ojos. Ernesto la besó apasionadamente. Había en la boca de Albertina una ligera sombra fría.



Soy muy feliz, Ernesto. Tú me haces feliz. Tu amor me hace inmensamente dichosa. Casémonos cuanto antes. Llévame a España. Necesito estar lejos, muy pronto.



Albertina... ¿Quién es Luis Monteagudo?

¿Qué dices? ¿Qué sabes?



Albertina calló. Otra vez su silencio frío. Otra vez su mirada fría. Otra vez su desesperación, su rabia, su egoísmo sin límites. Y también otra vez la mentira, su enorme y mala mentira. Otra vez la codicia...

Luis Monteagudo es mi prometido. Me quieren obligar a casarme con él. ¡Yo no lo amo! Es un problema de intereses familiares. Cosas de familia. Luis es mi primo.



Ernesto sintió lástima por Albertina.

Vivo prisionera de un compromiso que no quiero, que nunca quise. Ayúdame a liberarme. No dejes que me condenen. Tu amor tiene que salvarme...



Quédate tranquila. Voy a salvarte. Mi amor va a salvarte. Hablaré con María Guerrero. Le pediré que me suplanten. Nos casamos y nos vamos a España de inmediato. Allí comenzarás una vida nueva.



Ernesto Hidalgo habló con María Guerrero. Lo que él pedía era difícil de otorgar. Faltaban menos de tres días para levantar el telón; no resultaría fácil encontrar un sustituto para su papel.

Pero María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza querían a Ernesto como a un hijo; comprendieron las razones que tenía para dejar la compañía y regresar a España y se dieron a la tarea de buscar un actor que lo reemplazara.



Ernesto quiso localizar con urgencia a Albertina. Recién entonces se dio cuenta que no conocía la dirección de donde vivía la mujer amada. ¿Por qué Albertina ocultaba celosamente algunos detalles de su vida?

Recordó entonces al periodista con el que había estado conversando durante la reunión de prensa y fue a verlo. El le suministró los datos que necesitaba.

Es una mansión, en Palermo Chico.

Cuidese, amigo. Albertina es una mujer difícil pero muy hermosa.

No sé, no la encuentro nada de difícil. Además yo sólo quiero devolverle un par de guantes que olvidé durante la conferencia de prensa.

Ernesto Hidalgo se fue.

¿Qué era, che?

Una nueva trampa de Albertina Sanmartino. Está desesperada por huir, pobre...

Lo hicieron pasar a una lujosa sala. Una enorme araña se desprendía del centro de un cielorraso profusamente decorado.

¿Por qué viniste?

Albertina había aparecido bajando una larga escalera de mármol blanco. Parecía confundida, enojada, molesta.

Tengo muy buenas noticias para darte.

¡Vete ya Albertina, ¿qué te ocurre? mismo! Vine a decirte que lo nuestro está todo solucionado y me recibes arrojándome un vaso de agua fría al rostro...

Un taxi condujo a Ernesto hasta la casa de los Sanmartino. Una larga hilera de árboles oscuros asomaban por sobre las blancas y lisas paredes de la tapia. Llamó varias veces. Estaba impaciente. Al fin lo atendió el mayordomo.

¡Te dije que te vayas!

Sin responderle, Albertina llamó al mayordomo para que acompañase a Ernesto.

No me voy. O mejor, si me voy es para siempre. Si realmente me quieres, no tienes por qué ocultarme.

Albertina se volvió a mirarlo. Tenía los labios apretados en un gesto altivo. Su mirada se había endurecido. Respiraba agitadamente. Apareció entonces, repentinamente, don Manuel Sanmartino, el padre de Albertina.

¿Qué ocurre? Escuché voces...

Es un amigo español. Actor de la compañía de María Guerrero. Vino a visitarme...

No sé, pero... pero creo que me estoy arrepintiéndome de muchas cosas. Los misterios no me gustan. Vamos a casarnos, vas a ser mi esposa, tengo derecho a conocer tu familia.

¡Uno de los actores que va a inaugurar el Cervantes! Magnífico. A mí siempre me gustó la vida de los artistas. Pase. Ibanos a cenar. Acompáñenos usted... venga...

Yo ya me iba, señor...

Déjese de cumplidos, hombre. Está en su casa. Conocerá a la familia en pleno. Adelante...

Ernesto Hidalgo conoció entonces el mundo prohibido de Albertina. Conoció a su madre, gallarda y silenciosa, a sus hermanas menores, un poco tristes; a su hermano lleno de rebeldía y conoció también a Luis Monteagudo, el primo y el prometido.

Luis, si no te sientes bien, te mandamos la cena a tu cuarto.

No, gracias, tía. Quiero estar junto a Albertina. Eso sí, ¿pueden hacer dar un poco más de luz? Encender más lámparas, digo...



GOTITAS DE ALEGRÍA



-Hasta ahora no lo tocó, pero el suspenso me mata, doctor.



-¡Y pensar que viéndole tan aficionado al ajedrez se me ocurrió comprarle un libro de problemas!



-He de ir un momento al toilette. Así no te moverás de aquí.

SEA Vd.

UN PROFESIONAL

CURSOS GRATUITOS Y EMPLEO

EN SU PROPIA CASA, A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DEL PAÍS Y DEL EXTERIOR

ENSEÑANZA TÉCNICA - Cursos de:
Ingeniero en Electrónica
Ingeniero en Radio y Televisión
Ingeniero Mecánico en Automóviles
Ingeniero en Motores a Expl. y Diesel
Matemáticas Superiores para Radio y TV
Técnico en TV - Serviceman en TV
Químico Industrial - Explosivos y Pirotecnica
ENSEÑANZA COMERCIAL - Cursos de:
Organizador y Director de Empresas
Director Comercial - Contabilidad
Réditos e Impuestos Generales.

En pocos días sea **Martillero Público** (con licencia prof. Legalmente otorgada)

Dibujante profesional - Historietas

Periodismo y 10 cursos más.

Única Institución en el Mundo que se compromete por escrito a emplear a sus diplomados superiores, si éstos así lo desean.

Inscripciones anuales limitadas

Pida informes, citando el Curso que le interese

UNITED TECHNICAL INSTITUTION
- Depto. de INFORMES

CASILLA DE CORREO CENTRAL
BUENOS AIRES

Nombre

Calle y N°

Localidad

Provincia

UNITED TECHNICAL INSTITUTION

Cuando miss Emily Grierson murió, todo nuestro pueblo fue a su funeral... los hombres con una especie de respetuoso afecto hacia aquel monumento nacional caído.



Por WILLIAM FAULKNER

ADAPTACIÓN

UNA ROSA PARA EMILY

(A ROSE FOR EMILY)



DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Las mujeres, en su mayor parte, por la curiosidad que derivaba del deseo de conocer la célebre Mansión de los Grierson por dentro.



En la vida, miss Emily había estado prácticamente a cargo de la municipalidad local, desde aquel día de 1894 cuando el alcalde, el viejo coronel Sartoris, había resuelto que no se le cobrarían impuestos.



No podemos pretender que la hija de nuestro amigo Gastón, pague impuestos, caballeros.

Naturalmente, coronel, naturalmente...

Solamente el viejo servidor negro de la familia había estado en el interior de la casa desde hacía por lo menos diez años...



Esa tarde el Concejo Municipal se trasladó a la casa de los Grierson.

Venimos a decirle, miss Emily, que desde hoy no tendrá que preocuparse por los impuestos.



¿ Pretenden hacer una obra de beneficencia conmigo, coronel?

Entramos, recordando que miss Emily había sido una verdadera tradición..., y ahora también ella iba a reunirse a los augustos nombres alineados en el cementerio..., junto a los antiguos combatientes de la Guerra Civil.



El coronel tuvo que inventar una elaborada historia sobre cierta hipotética deuda que la ciudad tenía con el difunto Grierson.

Estamos pagando un dinero que su padre nos prestó en los últimos días de la Guerra de Secesión, miss Emily.



Comprendo; en tal caso, acepto, pues ustedes se limitan a cumplir con un deber, ¿verdad?

Así terminó el episodio, con toda sencillez. La huérfana de los Grierson aceptó la palabra del coronel y dejó de pagar sus impuestos, hasta que una generación más tarde alguien lo descubrió.

Se trataba de gente de ideas más "modernas", sin sensibilidad, que no comprendían cosas como sentimentalismo o caballería.

Hay que reclamar el pago de impuestos atrasados a miss Emily, debe la friolera de 30 años.



Envíenos una nota urgente.

Pero no contaban los concejales con la resistencia ofrecida por miss Emily.

Miss Emily dice que se lleve la nota de vuelta; el coronel Sartoris la eximió de pagar impuestos.



Pero el coronel murió hace veinte años. Oiga usted...

El Concejo Municipal en pleno se trasladó a casa de los Grierson. Algunos nunca habían visto de cerca a miss Emily.

Yo no debo impuestos a la ciudad de Jefferson; el coronel Sartoris me lo explicó.



Nosotros somos las autoridades de la ciudad, miss Emily; en la nota que le enviamos y que usted se negó a recibir, le explicábamos lo que ocurrió.

-Yo no debo un céntimo a la ciudad, caballeros, buenas tardes.

Pero nosotros...



Miss Emily desapareció en el interior de la casa, dejándolos boquiabiertos y derrotados.

Tal cual derrotó treinta y dos años atrás a los padres de los modernos concejales, el episodio anterior se produjo un tiempo después de la muerte de su padre, Josiah Grierson, cuando el novio que tenía, aquel a quien todos consideraban su futuro esposo, lo abandonó.



Las ventanas de la gran casa se cerraron cuando murió el viejo coronel Grierson, dejando totalmente sola a su hija...

Poco después, cuando su prometido la abandonó, Emily dejó de salir a la calle, dejando que su servidor negro -entonces joven y fuerte- hiciera todas las compras necesarias.

Como si un hombre fuera capaz de hacer los trabajos de la cocina, limpiar y todo eso.



¡Puf! Por eso hay ese olor espantoso en la parte de atrás de la casa, Gertrudis... ¿Te diste cuenta al pasar?

Creo que debemos quejarnos al juez Stevens...

Te acompaño; debe de haber una ley que prohíba tener tan sucio un patio.



El viejo juez Stevens era el alcalde de Jefferson, predecesor del coronel Sartoris.

Haga algo, juez. Es una ofensa pública tener tan sucio el patio posterior de la casa que huele a basura en mal estado.

Bueno, señora, bueno. Esta noche lo discutiremos en reunión del Concejo.



De la reunión nada en limpio surgió; era molesto ir a hablar con una dama y decirle que su casa olía mal, como declaró enfáticamente el juez.

Propongo que vayamos nosotros mismos, cuando sea más tarde, y limpiemos su patio posterior, y si es necesario, el sótano de la casa.



A medianoche cuatro hombre trabajaron silenciosamente en el patio de la casa en sombras, buscando el origen del mal olor.



Egidio Esteban/2019

Cuando por fin se marcharon, derrotados, advirtieron que en una ventana del segundo piso que estuviera hasta entonces a oscuras, había una luz. Miss Emily parecía contemplarlos desde allí.



El mal olor prosiguió durante un par de semanas, y luego desapareció como comenzara, repentinamente.

En esos días dos mujeres vieron salir del cementerio a miss Emily en horas en que estaba prohibida la visita... pero como de costumbre, cuando se trataba de un Grierson, nadie protestó.



Fue entonces cuando todo el pueblo comenzó a sentir lástima por ella, encerrada todo el día, yendo al cementerio a visitar la tumba de su padre durante las noches.

¿Recuerdan a su tía abuela, la que murió loca?



La culpa es del viejo Grierson. Ahora que el novio la plantó, quedará soltera.

En los últimos diez años rechazó a todos los muchachos nes del pueblo que se le acercaban, y tuvo que noviar con un forastero que le temía al matrimonio.



Con toda la razón del mundo. Tampoco yo hubiera querido casarme con ella sabiendo que hay una rama de locura en la familia.



La verdad era que al pueblo le resultaba vindicatorio poder por fin apiadarse de ella. Cuando su padre había muerto, dos años atrás, antes del episodio del novio fugitivo, las damas de Jefferson fueron a hablar con Emily para ofrecerle su ayuda...

Hemos venido a hablar contigo, Emily... sobre la muerte de tu pobre padre... ¿Podemos pasar?

Mi padre no ha muerto, señora Rawlins; está enfermo...



¡Pero, Emily? ¡El doctor Simmons acaba de firmar su certificado de defunción; nosotros vinimos para ocuparnos del sepelio, déjanos pasar...



Se equivoca, señora Rawlins, mi padre mejorará con la llegada de la primavera, y ahora, permídenme, pero debo ir a asistirlo...

Nadie dijo entonces que estaba loca; simplemente todo el pueblo comprendió que debía aferrarse a la única realidad que conocía; el mundo paterno, y que eso era razonable...

Tres días después su espíritu se quebrantó lo suficiente como para permitir que enterraran a su padre...



Egidio Esteban Passamonti/2019 - Columberos

Allí fue donde Homer Barron la vio por primera vez... Homer era el capataz del equipo de pavimentación recién llegado del Norte.

¡Eh! ¿Quién es la figurita esa que va detrás del cortejo?



La hija del viejo Grierson; se llama Emily...

Conque Emily, ¿eh? Tendré que hacérmela presentar...



Pronto comenzaron a salir a pasear juntos los sábados en un elegante coche tirado por dos hermosos caballos... Emily parecía dichosa por primera vez en su vida.



Entonces comenzaron las habladurías. Era inaudito que la última de los Grierson pasara con un forastero, un norteño, un hombre que se ganaba la vida con el trabajo de sus manos.

Esto es absurdo. Habrá que escribir a sus primas de Alabama para que pongan en orden las cosas.

¿Y si pedimos al ministro baptista que lo haga? Es un verdadero ultraje a nuestra sociedad lo que ocurre.



La verdad era que formaban una buena pareja, pero Homer no era el tipo de hombre que se casan fácilmente.

Hola, Homer. ¿Vas a visitar a tu novia?

No digas que es mi novia, Bill; es simplemente una chica con quien salgo. Yo no tengo novia.



La rotunda afirmación de Homer tuvo rápido eco. Homer Barron dijo que Emily es simplemente una chica con quien sale... que no tiene novio...

Evidentemente, no piensa casarse con ella.



Bueno, ustedes saben que la familia Grierson es episcopal y que no frecuentaron nunca mi templo, pero iré a hablar con miss Emily.

¡Me parece perfecto!



Esa noche, el ministro fue a hablar con miss Emily...; nadie supo nunca cuál fue el tema de su conversación, pero la verdad fue que se negó a volver a visitar a la última Grierson, y que Homer Barron siguió saliendo con ella los sábados y domingos.



La propia esposa del ministro baptista escribió a las primas solteronas de miss Emily en Alabama, y días después, llegando en un lujoso coche tirado por briosos caballos.



El sábado siguiente Homer no salió a pasear con miss Emily. En el Club para hombres solos que frecuentaba, se burlaron de él.

Te echaron de casa de los Grierson, ¿eh?

No es eso; tuve una discusión con Emily... pero pronto estaremos nuevamente de acuerdo. Ya verán ustedes, cuando vuelva de mi viaje...

¿Habrá boda entonces?

¡Bah! Yo no creo en el matrimonio, tonto.

Nadie se sorprendió cuando Homer Barron se marchó silenciosamente; muchos pensaron que por fin miss Emily había triunfado y que el nortño iba a arreglar sus cosas para casarse con ella a su regreso, pese a todo lo que había dicho en contra del matrimonio. Y pronto corrió la noticia como un reguero de pólvora por todo el pueblo.

Miss Emily había comprado un estuche con cepillos y navajas, seguramente un regalo de bodas.

Grabé en los cepillos y en el estuche las iniciales "H. B"; lo necesito para el sábado próximo.

El viernes siguiente las primas de Alabama se marcharon sin despedirse; parecía haberse producido una ruptura familiar.

Ese día llegó de regreso Homer Barron, alegre y buen mozo como siempre.



Los comentarios recrudecieron. -Ha dejado el coche en el establo público y se dirige hacia la casa de los Grierson.

¡Te apuesto que se casan pese a todo!

Por la noche, Homer volvió a la casa de miss Emily.

Mira, Jake... Lo hacen entrar por atrás.

Para que nadie se dé cuenta. ¡Es una vergüenza!

Esa fue la última vez que Homer Barron fue visto en Jefferson. El servidor negro de miss Emily buscó el coche en el establo y se lo llevó, y el pueblo comprendió que el pretendiente de la última Grierson se había marchado para siempre. La gran casona quedó desde entonces como si hubiera sido una casa abandonada, sus ventanas cerradas...

... excepto la de uno de los dormitorios del segundo piso, donde se solía ver a miss Emily sentada, inmóvil, durante largas horas, hasta que anochecía...



A veces la luz se encendía durante la noche, como la vez en que los consejeros municipales intentaron limpiar el patio posterior de la casa para acabar con el mal olor...



Y todo el mundo volvió a repetir aquella frase: "Pobre Emily", hasta que reapareció en las calles para visitar por las noches la tumba de la familia, un fantasma más, cuyo cabello, pronto comenzó a ponerse gris.

El tiempo transcurrió, rápidamente para Jefferson, lentamente para miss Emily Grierson, cuyo único contacto con el mundo pronto fue tan solo el fiel sirviente negro.



Cuando miss Emily murió, nosotros no sabíamos siquiera que había estado enferma... Hacía tiempo que no intentábamos arrancar informaciones al sirviente negro.



¿Cuánto hace que ocurrió?

Anoche, señor; miss Emily murió anoche.

Inmediatamente se organizó el funeral. Todo el mundo quería ir. Los hombres, para ver por última vez a nuestro monumento nacional muerto...



Las mujeres, por simple curiosidad, después de tantos años sin entrar en la residencia de los Grierson.



Yo creo que alguna vez la pretendí de joven, pero el coronel Grierson no me dejó acercarme siquiera.

Era una gente muy pretenciosa, pobre Emily.



Los veteranos sobrevivientes hablaban de miss Emily como si hubiera sido contemporánea de ellos...

Con esa falta de precisión que tienen para el paso del tiempo los viejos, que confunden el pasado con una gran pradera a la que el invierno jamás toca, separado del presente por el estrecho desfiladero de los años recientes.

Cuando el cortejo fúnebre salió de la casa, quedé con Jeb Watkins y Horace Trevor... Había algo en aquel sitio que nos forzaba a no movernos de allí.

¿Recuerdan el dormitorio del segundo piso? Me gustaría verlo por dentro...



Es cierto. ¡Quién sabe qué cosas antiguas hay allí dentro!

¡Vamos a ver! Nadie se dará cuenta.

¡Vamos! Total, no hacemos ningún daño.



Subimos silenciosamente, como sombras que respetaban a los fantasmas que eran dueños de aquella decadente mansión...



Un olor acre, o cosa mucho tiempo cerrada, nos recibió. El dormitorio aquel estaba exactamente igual a la noche en que treinta años atrás vieran a miss Emily asomada a la ventana.

Miren... cepillos y navajas de hombre...

¿A ver?

Deben de haber pertenecido a aquel novio que tuvo... el que la abandonó...



Fui yo quien encontró el cofrecillo con el diario adentro. Con manos temblorosas por la excitación, lo abrí.

Miren esto. El diario personal de miss Emily.



Abarca casi toda su vida. Oigan esto, es de la fecha de la muerte de su padre...



"... el tiempo debe detenerse, mi padre no puede haber muerto, me negaré a admitirlo. ¿Por qué voy a aceptar que ha muerto? No quiero quedarme sola."



Seguí volviendo las páginas amarillentas del diario... La letra menuda y pareja de miss Emily parecía haber estampado en ellas su propia personalidad extraña. Llegué a los días de sus relaciones con Homer...



"...creo que me quiere, aunque no me lo haya dicho aún... Es natural, siendo forastero, le cuesta trabajo decidirse, pero yo sé que..."

"... me ama y que será el único hombre de mi vida. El único hombre..."



"...como eché de casa a ese antipático ministro baptista, han llamado a mis primas de Alabama..."



"... se irán como vinieron, sin conseguir nada de mí. No quiero volver a estar sola en mi vida. ¡No quiero!"



"Homer está de viaje. Anoche vino a despedirse de mí, dijo que volvería y me dio a entender que me pediría entonces que me case con él..."



"... soy tan feliz que me parece que el corazón me va a estallar dentro del pecho; nunca más estaré sola."



"Homer está por regresar del Norte. Acabo de echar a mis primas; no quiero saber nada con ellas. Cuando Homer venga, me encontrará sola, esperándolo."

No sé si es decente que sigamos leyendo... es como desenterrar un muerto...



¡Vamos! Tú empezaste... Termina ahora, Por fin sabremos qué ocurrió entre miss Emily y su Homer...

"... hoy Homer me sacó a pasear como de costumbre, y todo se acabó."



Sabes que el pueblo hace comentarios, ¿verdad?

¿Sobre qué?

Bueno, sobre nosotros; dicen que nos casaremos...



¿No quieres... casarte... conmigo?

¡Por favor, Emily! ¡No alces la voz! Estas escenas no me gustan.



Está bien, ven esta noche a cenar conmigo, y conversaremos nuevamente.

No sé si seguir viéndote, Emily... No creía que te tomarías las cosas tan en serio,



¡Por favor! Ven... aunque sea a despedirte de mí.



Está bien... Creo que será lo mejor para ambos.

... esperé a que se marchara y salí a la calle; una nube opaca parecía haberse extendido ante mis ojos. Las palabras de Homer repercutían en mi cerebro...



"...entré en el almacén sin darme casi cuenta de lo que hacía, y hablé con voz que no parecía la mía..."

Quiero veneno...

¿Qué clase de veneno, miss Emily?



El más fuerte que tenga... arsénico...



¿Es para ratas? Creo que no necesita llevar algo tan peligroso, miss...



He dicho que quiero arsénico.

Está bien, está bien. No se enoje conmigo; ocurre que la ley ordena especificar el uso.



¡Gracias!

"Anoche todo ocurrió como en un sueño. Homer vino a casa, según había prometido."



"Yo no quería volver a quedarme sola."

¡Por favor! No me abandones, Homer. Yo seré una buena esposa para ti.

Ya lo sé. Pero yo no sería un buen esposo. Mejor nos despedimos...



"Le pedí que me besara por última vez. Por última vez en nuestras vidas..."



"...después del beso, le ofrecí una copa de whisky; la última que bebería conmigo..."



Brindo por ti, que seas muy feliz, Emily. Lo mereces.

"Vi cómo bebía; luego lo vi crisparse, sacudirse como golpeado por una mano poderosa, y por fin, desplomarse mirándome con una pena tremenda, al comprender lo que ocurría..."



Nunca me abandonarás, Homer, nunca.

"Llamé a mi fiel servidor negro y le ordené que llevara a Homer a mi dormitorio del segundo piso y que luego hiciera desaparecer el coche, llevándolo a otro pueblo."



"Todo ocurrió como en un sueño, y en estos momentos tengo en mi alcoba a Homer, muerto, pero mío, para siempre. Ya nunca volveré a estar sola."

Ahora recuerdo lo que se dijo en el pueblo cuando yo era niño acerca del espantoso olor que durante algunas semanas hubo en los alrededores de esta casa.



Hay unas páginas en blanco... Aquí sigue lo escrito...

A ver...



"...anoche, cuando todo el pueblo dormía, llevamos a Homer hasta la sepultura de mi familia; es justo que repose en tierra consagrada..."



"En aquel momento se acercó a nosotros Henry Stumpo... Gritaba excitado y sus palabras eran apenas comprensibles."

Aquí estarás hasta que llegue mi hora; entonces vendré a hacerte compañía...



Salimos lentamente de la tétrica mansión, sintiendo pesar sobre nosotros toda la tragedia de aquel loco amor de miss Emily Grierson...



¡Oigan! ¡Es increíble! ¿A que no saben qué se encontró al abrir la tumba de los Grierson?



Los restos de un hombre sin ataúd, tendido junto al catafalco destinado a miss Emily, ¿verdad?

Oye... ¿Cómo demonios puedes saberlo?

Lo imagino. ¿Algo más?



-Sí, y esto es lo más curioso. En el sitio donde debía ir el ataúd de miss Emily, encontramos una rosa abierta, en forma de corazón.

FIN

PÁGINA

ALEGRE



-¿Antes de continuar, alguna de usted quiere maquillarse?



-¡Pobre García! Lo encontraron sacando punta al lápiz con una afeitadora.



-¿No ves que dice en el frasco: "Guarde los remedios donde los chicos no puedan encontrarlos"?



-¿Tiraste recién ho-
jas de té en la pileta,
mamá?



-Yo no confío en los
hombres que dicen
ser "la cabeza del ho-
gar"; podrían mentir
en cosas importantes
también.

LA ILUSTRE CASA DE RAMIRES

Intervalo Album 120 -XV- 2/1966

Éça de Queiroz (1845-1900) está con-

siderado como el más grande de los novelistas de la literatura portuguesa y un escritor de significación universal. Abogado, periodista y diplomático, tuvo, junto a su vasta cultura, un conocimiento directo de las gentes. En una prosa limpia y artística, dió una visión crítica de la sociedad de su tiempo. Un constante escepticismo y una permanente ironía trascienden de todas sus páginas, aun de éstas de «La ilustre casa de Ramires», escritas con el propósito de alentar la reconstrucción de Portugal.

Por ÉÇA DE QUEIROZ

ADAPTACIÓN

Desde las cuatro de la tarde, en el calor y el silencio de un domingo de junio, Gonzalo Mendes Ramires trabajaba en una novela histórica, «La torre de los Ramires», destinada a glorificar las hazañas de su ilustre ascendencia. Sentado en su silla de cuero, ante la enorme mesa de patas torneadas, Gonzalo divisaba la inspiradora de su obra: la antiquísima torre, cuadrada y negra, cubierta de hiedra y con hondas ventanas enrejadas.



Debajo de ella aún negreaba la mazmorra feudal, medio obstruida, con restos de cadenas sujetos a los pilares y en la bóveda la argolla de donde pendía la garrucha, y en el piso los agujeros en que se asentaba el potro del suplicio. Y en esa húmeda cueva los castigados habían aullado bajo el azote o en el torniquete, hasta que largaban, agonizando, el último grito. ¡Ah, la romántica torre, tan hermosa y delicada a la luz lunar, cuántos tormentos había cobijado!



Seis meses atrás, un ex compañero de Gonzalo, Castanheiro, había fundado un semanario con el fin de despertar en todo el país el amor, tan entibado, a las bellezas y a las glorias de Portugal. Era necesario reanudar la tradición y ningún colaborador podía ser más eficaz en ese sentido que Gonzalo. Así se lo hizo saber una tarde Castanheiro:

Estamos muriendo del mal de no set portugueses. Hay que revelar a Portugal, hacer...



...que todos lo conozcan y lo amen en sus héroes, en sus hechos, en sus monumentos, y hasta en las piedrecitas de sus caminos.

De acuerdo. Pero ¿qué papel me cabe a mí en esa magna obra?



Pues a los descendientes de los que antaño hicieron el reino, les incumbe, más que a los otros, el cuidado piadoso de rehacerlo. Gonzalo Mendes Ramires, el mayor hidalgo de Portugal, para mostrar la heroicidad de la patria, sin salir de su solar, abre los archivos de su casa, vieja de más de mil años. ¡Irresistible!



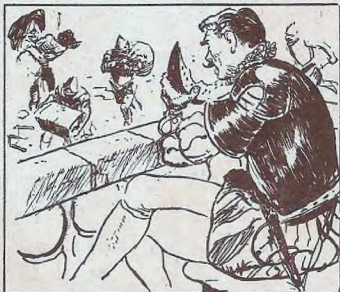
Gonzalo era, en efecto, el más genuino y antiguo hidalgo de Portugal. Los Ramires entroncaban limpidamente su casa, por línea pura y siempre varonil, con aquel gigantesco Ordoño Mendes, señor de Treixedo, que en el año 967 se había casado con la hija del Rey de León. En la tierra y en el mar, raros son desde entonces los combates en que no se distinga un Ramires; queda en la leyenda aquel noble capitán, Baltasar Ramires, que en el naufragio de la «Santa Bárbara» se pone su armadura, y en el castillo...



...de proa, rígido, se hunde en silencio con la nave que se pierde, apoyado en la espada. Y también el paje Paulo Ramires, quien, ni desarmado ni herido en la batalla, pero no queriendo vivir más, puesto que el Rey no vivía, monta en un caballo que ve pasar, agarra una hacha, y gritando: «¡Vete, alma, a servir...



...a la de tu señor!», se lanza entre la chusma morisca y desaparece para siempre. Otro Ramires, un Vicente, en tiempos de los Felipes, entra en Castilla, vence a los españoles y toma a Fuente Guisál, cuyo furioso saqueo preside desde la balaustrada de un convento, comiendo tajadas de sandía.



El hidalgo estaba decidido a trasladar a la cruceza de una mañana de diciembre, más adecuada a la rudeza...



...feudal de sus abuelos, aquella lucida cabalgata de marineros y soldados, que las crónicas extendían, a través de una suave melancolía otoñal, por las vegas del Mondego, con un vistoso relampaguear de cascos y lanzas alrededor del pendón desplegado. Gonzalo, impresionado por la efervescencia de su amigo, rumió durante varios días la idea. Todo en ella seducía..., pero, más que nada, la antigüedad de su raza popularizada por una historia de heroica belleza, en la que con tanto fulgor resaltaría la bravura de los antiguos Ramires... En cada momento crítico de la historia de Portugal, siempre un Mendes Ramires se había distinguido por el heroísmo, por la lealtad, por el noble espíritu. A él le estaba reservado renovar el recuerdo de aquellos héroes y cantar, desde la misma torre, las aventuras que en ella antaño se habían desarrollado. Seis meses más tarde, estaba, pues, cumpliendo su misión...

A muchos acontecimientos había pasado revista esa tarde. Uno de ellos lo había dejado pensativo. Era el que se relacionaba con Andrés Cavalleiro, actual gobernador de Oliveira, y por quien Ramiro sentía una profunda aversión. El origen de la misma databa ya de muchos años: Ramires y Cavalleiros eran familias vecinas, y cuando Gonzalo, muchacho de dieciocho años, estudiaba el preparatorio del liceo, Andrés, entonces estudiante de tercer año de derecho, lo trataba como a un amigo serio. Durante las vacaciones aparecía todas las tardes en la torre; y muchas veces, bajo los árboles de la quinta o paseando por los alrededores, le confiaba, como a un espíritu maduro, sus ambiciones políticas, sus ideas.



Gracia, la hermana de Gonzalo, con sus dieciséis años, se abría como una flor. Era pequeña y frágil, con ojos verdes que la sonrisa humedecía y hacía lánguidos, una piel transparente, y cabellos magníficos, lustrosos y negros, que le caían hasta los tobillos y en los que se podía envolver toda, así menuda como era.

SONRISITAS



Miss Rhodes, la institutriz inglesa, había favorecido largas conversaciones de Andrés con Gracia, bajo las acacias del mirador, y hasta un cambio de cartitas por encima del muro. Con aquella debilidad que le ablandaba el alma ante la soberanía del amor, la buena mujer apoyaba a los jóvenes; admiraba, como todos, la amabilidad de Andrés, su cabellera romántica, la dulzura mansa de sus grandes ojos, la manera ardiente de recitar a Víctor Hugo. Ambas familias aprobaban las elecciones de los hijos, aunque sin exteriorizarlo demasiado.



Al obtener su título, todos pensaron que Andrés pediría la mano de Gracia; pero el nuevo abogado marchó para Lisboa, donde la languidez de sus ojos destrozó más de un corazón. Al regresar, después del verano, ya no arrastraba con impaciencia a Gracia, como antes, a las sombras de la quinta, sino que prefería quedarse en la sala, hablando de política. Y la joven se lamentaba de que no fuesen tan dulces las visitas de Andrés a la casa...



Por fin, en mayo, ya diputado, Andrés emprendió un largo viaje de estudio por Francia e Italia. Por los diarios supo Gracia la noticia; no hubo para la novia, casi la prometida, ni una palabra, ni una carta. Era un brutal ultraje que antaño, en el siglo XII, habría lanzado a todos los Ramires sobre el solar de los Cavalleiros. Ahora, el anciano Ramires, desfallecido, murmuró simplemente: —¡Qué villano! Gonzalo, rabiando, juró abofetear al cobarde; la buena miss Rhodes expresó en insultos su indignación, y todo terminó en las lágrimas que Gracia, durante semanas, escondió bajo las acacias del mirador.



Retomando el hilo de sus recuerdos, Gonzalo repasaba las tristezas que habían caído luego sobre la torre: la muerte del padre, los días melancólicos que vivía Gracia en casa de una prima que le había ofrecido su compañía... Allí fue donde conoció a José Barrolo, rico propietario, que la amó con una pasión profunda, casi religiosa, extraña en aquel joven indolente, gordinflón, de moñetes colorados como una manzana, y muy escaso de espíritu. Barrolo no conocía la dolorosa historia de Gracia, que nunca se había vulgarizado más allá de las arboledas de la quinta. Bajo el tierno patrocinio de la prima, noviazgo y casamiento se sucedieron en tres meses.

La boda fué fastuosa, y los novios, después de un corto viaje, dispusieron...



...su residencia en Oliveira, la ciudad donde Andrés, un año más tarde, fué nombrado gobernador civil. Barrolo trataba al nuevo funcionario casi con intimidad, y admiraba su talento, su elegancia, su posición política. Pero Gonzalo, que dominaba a su cuñado, cortó su entusiasmo:

Debes participar, por deber de alianza, de los rencores que en otro tiempo existieron entre Cavalleiros y Ramires. No visitarlos, no saludarlo siquiera.



Barrolo accedió, sumiso, sin comprender. Y esa misma noche contó a Gracia «la extravagancia de Gonzalo»: —Así, sin motivo, sin ofensas, sólo por causa de la política... ¡Un muchacho tan excelente como Cavalleiro! ¡Pudiendo formar él y nosotros un grupo tan agradable!



Las meditaciones de Gonzalo fueron interrumpidas por la visita de José Casco, un labrador respetado en toda la comarca por su seriedad y su notable fuerza. Casco propuso al hidalgo tomarle la finca en arrendamiento. La renta exigida —noventa y cinco mil reis— sobrepasaba sus posibilidades, y se alejó con la cabeza hundida en el pecho. Pero al día siguiente volvió, recorrió detenidamente la quinta, desmenuzó pedazos de tierra entre los dedos, contó los olivos, y haciendo un esfuerzo, propuso: —Noventa y cinco mil reis. No, señor. La renta que he fijado es razonable. Ni un centavo menos.

Casco lanzó un profundo suspiro y aceptó los noventa y cinco mil reis. A la manera antigua, el hidalgo estrechó, como única garantía, la mano del labrador, que entró en la cocina a tomar un vaso de vino, limpiando en la frente el sudor de preocupación que le brotaba. Gonzalo sentía en sí toda el alma de un Ramires, como los del siglo XII, más firmes a su palabra que un santo a su voto, quienes exponían alegremente, para sostenerla, bienes, satisfacciones y vida.



Dos semanas después, al regresar de un paseo, le salió al encuentro su criado, diciendo:

Suerte que ha regresado usted tan rápidamente. En este momento se iba don Manuel Pereira, el hacendado, que necesitaba hablarle.

Pues díle que suba al comedor, que hablaremos mientras almuerzo... Y pon otro cubierto...



Pero ya traté con José Casco. Quedamos medio apalabrados, hace días... Fijé el arrendamiento en noventa y cinco mil reis...

Es una pena, porque yo pensaba ofrecerle un treinta por ciento más... Pero si está tratado...



Pero Pereira se rascaba la barba, desconfiado. Deseaba las cosas claras para que luego no apareciese algún disgusto. De acuerdo: no se había hecho la escritura. ¿Pero había o no había quedado palabra firme entre Casco y Gonzalo? Este se encargó de tranquilizarlo definitivamente: —¿Cree que si yo le hubiese dado a Casco mi palabra de Gonzalo Mendes Ramires, estaría aquí tratando, ni siquiera conversando con usted sobre el arrendamiento?

Siendo así, acepto. Queda palabra dada. El contrato lo firmaremos en Oliveira, cuando usted decida.

Mañana mismo; precisamente había dispuesto una visita a casa de mi hermana y aprovecharé el viaje. Yo pasaré por su casa.



Después, mientras comían...

¿Qué viento lo trae por aquí, amigo Pereira?

Me he atrevido a molestarlo, porque deseo, antes que aparezcan otras ofertas, conversar con usted sobre el arrendamiento de la quinta.



Usted sabe cómo son esas cosas. Un apretón de manos, y quedó en regresar para ultimar los detalles de la escritura. Y no lo he vuelto a ver, desde hace casi dos semanas. En resumen, que no tengo con el contrato firmado. Fué sólo una conversación, y yo, que detesto las cosas vagas, ya andaba pensando en encontrar una persona más formal.



Cuando Pereira se hubo marchado, Gonzalo saboreó la excelencia de aquel negocio. ¡Renta superior a la calculada! ¡La quinta, cuidada por Pereira, rendiría maravillas! La mañana había sido estupenda. Y, realmente, ningún acuerdo firmado lo ataba a Casco. ¡Qué insensatez la suya, si por escrupuloso respeto a una simple conversación, hubiera rechazado a Pereira! Felizmente, todo estaba solucionado.

Pero aquella noche, después de la cena, entró en la biblioteca, apenas iluminada, para buscar una caja de cigarros. Y casualmente, a través de la ventana abierta, observó que un hombre, abajo, en la sombra de los árboles, rondaba, espiaba... Se fijó bien, y le pareció reconocer los poderosos hombros de Casco. Curioso, apagando el ruido de los pasos, se acercó al balcón. La figura había desaparecido bajo los árboles de un sendero.



A la mañana siguiente, decidió ir a Oliveira. Poco después, elegante y airoso, se dirigía hacia la pequeña ciudad. Los pensamientos de siempre lo rondaban: «Un joven como yo, inteligente y preparado, no debe entregarse en el campo, entre la hiedra y la polvareda de las cosas inmóviles, como la torre. ¡La torre! Debo repetir las hazañas de mis antepasados, conquistar la gloria, la admiración y la veneración de las gentes». Y el camino se le presentaba en seguida: edificar, sobre la base de su inmenso nombre histórico, una reputación política, ganar una banca en el parlamento, influencia en su comarca. Pero esto, tan dulcemente soñado, lo veía muy remoto. ¡Casi inconquistable!



Y ensimismado en estos pensamientos, Gonzalo entraba poco después en Oliveira. Justamente al llegar frente a la casa de su hermana, se cruzó con el gobernador, Andrés Cavalleiro, montado en un caballo que hería las losas con soberbia y garbo. Desde el fondo del coche, Gonzalo lo sorprendió levantando los ojos hacia las ventanas de su cuñado. Y dándose un golpe en las rodillas, rugió sordamente: «¡Qué miserable!»



Ya en la casa, después de cambiar afectuosos saludos, desahogó su indignación:

¡Que no pueda yo venir a la ciudad sin encontrar a ese animal de Cavalleiro! ¡Y siempre delante de la casa! ¿No tendrá otro sitio donde hacer caracolera a su rocín?

Pero ¡si ahora tiene un caballo hermoso!



Cuando, después de almorzar, Gonzalo se preparaba para concretar su negocio con Pereira, abajo, en la calle, las patas de un caballo hirieron las piedras. Gonzalo se acercó a la ventana, y, al divisar a Cavalleiro, se volvió a su cuñado, diciendo con furia:

¡Esto es una provocación!

¡Si ese atrevido de Cavalleiro pasa otra vez, tendrá que vérselas conmigo!

Pero, Gonzalo, me pareces exagerado... Todo ese escándalo por causa de la política...



¡El no es un político! ¡Es un bellaco! Y ahora, déjame: que me quiero cambiar.



Mientras se vestía, Gonzalo rumiaba su enojo: fatalmente, apenas llegaba a Oliveira, encontraba a ese hombre frente a la casa de su hermana. Y lo que más le dolía era percibir en el corazón de Gracia, cariñoso y débil, una obstinada raíz de ternura hacia Cavalleiro, muy enterrada, pero aún vivaz, que fácilmente podría reflorcer... Y no había en aquella ociosidad puerilina nada que la defendiese: ni la superioridad del marido ni el encanto de un hijo. Sólo la amparaba el orgullo, cierto respeto religioso por el nombre de los Ramires.

Sin cesar en sus reflexiones marchaba Gonzalo poco después hacia la casa de Pereira, cuando le salió al paso Guedes, el notario, quien, indignado, le espetó a boca de jarro:

¿Qué me dices del último escándalo?

¿Qué escándalo?



¡Lo que han hecho con Noronha, el cobrador de Obras Públicas! ¡Trasladado arbitrariamente al último confin, él, empleado trabajador, honradísimo!...

¿Y no se supo la causa?



Públicamente, la conveniencia del servicio. Pero toda la ciudad conoce el verdadero motivo: el íntimo, el secreto, el escondido... Es que el señor Cavalleiro, ese infame, se prendó de la mayor de las hermanas de Noronha, y al ser rechazado, se vengó en la persona del cobrador. ¡El muy canalla! ¡Y que no haya en toda la ciudad quien se anime a decirle lo que merece!



No sabe cuánto le agradezco, amigo Guedes, esa noticia. He tenido un inmenso placer en encontrarlo... Y ahora, perdóname. Estoy apurado. ¡Muchas gracias!

Gonzalo siguió caminando con el deslumbramiento de quien hubiese descubierto un tesoro. Tenía «el escándalo», el magnífico escándalo que tanto había buscado para aplastar al gobernador. Y, por una merced de Dios, el «escándalo» arrancaría también al hombre del corazón de Gracia. Toda Oliveira se revolvería contra la autoridad arbitraria, y Gracia no resistiría aquel desengaño. El se encargaría de libertar a la ciudad de un gobernador detestable y a su hermana de un sueño funesto.

Velozmente volvió a la casa de Barrolo. Al ver a su cuñado en la sala, le gritó, mientras corría a su habitación:

¡No veré hoy a Pereira! Tengo que escribir una cosa urgente. ¡Y no me interrumpen! ¡Necesito sosiego!



Subió a saltos las escaleras. En su habitación se sentó inmediatamente ante la mesa, y, sin titubear, redactó un artículo contra Cavalleiro, que publicaría en «La Gaceta de Porto». El título era fulminante: «¡Monstruoso atentado!» Contaba luego el suceso, cargando las tintas, e imprimiéndole un tono melodramático, que, sin ninguna duda, conmovería a toda Oliveira.



Eran casi las seis cuando bajó a la sala, resplandeciente. Gracia tocaba en el piano un fado, y Barrolo, extendido en un canapé, leía una historia de crímenes.

¡Estoy agotado! Pero, gracias a Dios, hice una obra de justicia... ¡De esta vez el señor Cavalleiro caerá de su pedestal!

¿Ha ocurrido algo?



¡Oh, casi nada! Una bagatela. Nada más que una infamia. Pero para nuestro gobernador, las infamias son bagatelas...

Bajo los dedos de Gracia, el fado desfalleció en un murmullo. Gonzalo refirió la lamentable historia, con toda la violencia y la intención de que era capaz. Al terminar, el fado se dispersó por el teclado, en un tumulto de gemidos. Gracia no se movía del taburete, con los dedos entorpecidos en las teclas. Súbitamente, Gonzalo notó en aquella inmovilidad, el despecho que la traspasaba. Impresionado, para evitar que algún sollozo se le escapase a Gracia, se acercó al piano y tomó con cariño los hombros humillados, que se estremecieron:

Tú no aprenderás más ese fado, querida. Es mejor que me alcances una copa de agua bien fresca...



Al día siguiente regresó Gonzalo a su casa, no porque temiese una disputa con Cavalheiro — su artículo debía aparecer dos días más tarde —, puesto que se había escudado tras un seudónimo, sino «por discreción», como le manifestó a Barrolo. Cabalgaba rumiando su triunfo en el más apacible atardecer, cuando, de una calleja, desembocó un cazador, con la escopeta a la espalda y seguido por dos perros. Era un mocetón airoso que, en el pisar de los zapatos, en el movimiento de la cintura, en la manera de levantar el rostro, rebosaba arrogancia. Se detuvo ante Gonzalo, fijando en él, con desdén, los hermosos ojos. Después siguió andando despreciativamente, sin apartarse de la yegua, casi tocando la pierna del hidalgo con el caño de la escopeta.



Gonzalo espolé a la yegua, sobrecogido por aquel maldito temor que siempre, ante cualquier peligro, ante cualquier amenaza, lo obligaba irresistiblemente a encogerse, a retroceder, a huir. Abajo, en el puente, avergonzado, detuvo el trote y miró para atrás. El mocetón, apoyado en la escopeta, riendo, lo desafiaba. Gonzalo salió al galope por el camino sombreado de álamos.



Avergonzado y pesados, pensaba en sus abuelos formidables. ¡Cómo contrastaban con su debilidad! Claro que si las acciones de aquéllos no revivían en el nieto, en él se continuaban por la elevada comprensión del heroísmo... Dentro de su espíritu era, pues, un buen Ramires, un Ramires de nobles energías, no hazañosas, pero sí intelectuales, como competía a su época. El sabría exaltar en su novela el valor de los Ramires de antaño.

Embebido en estas reflexiones que lo consolaban, no reparó sino cuando lo tuvo delante, en un hombre alto y corpulento, que traía en el hombro la aguijada. Gonzalo reconoció en él a José Casco, quien se detuvo y pronunció duramente el nombre del hidalgo. Entonces, con un salto en el corazón, Gonzalo se paró forzando una sonrisa amable.



¡Hola! ¿Es usted, Casco? ¿Qué hay?

Hay que yo hablé siempre claro y no merecía que usted faltase a la palabra.



¿Qué está diciendo? ¿En qué falté yo a mi palabra? ¿En el asunto del arrendamiento? Pero si no hubo escritura firmada entre los dos...

Pero era como si la hubiese, para la gente de bien... ¡Usted dió su palabra!



Escuche, Casco. Aquí, en el camino, no es sitio... Si quiere conversar conmigo, vaya a la torre.



Las cosas no se arreglan gritando. Viene el cabo, luego el calabozo...

¡Usted ha de contestarme aquí mismo! ¡A mí no se me hacen esas ofensas! ¡Y aun se atreve a amenazarme con la justicia! Pues, entonces, ¡qué diablos!, antes que me lleven preso, he de romperle los huesos...



Levantó la aguijada... Pero, en un chispazo de razón y respeto, gritó a través de los dientes apretados:

¡Huya, señor! ¡Huya, que lo mato y me pierdo!



Gonzalo corrió al galope, en una carrera de liebre acosada. En un esconderijo de ramas y piedras, se agachó, jadeando. Al rato, animado por el silencio y por la calma, abandonó el abrigo y reanudó la carrera. Al llegar, su rostro descompuesto llamó la atención de sus criados. Pero la explicación de Gonzalo los tranquilizó: había sido Casco, borracho, avanzando contra él sin conocerlo, con una enorme hoz. Y él, delante del bárbaro, con un bastoncito. Pero, decidido, arremetió ferozmente, acosó a Casco, quien por último retrocedió y se metió en el bosque, gruñendo...



Pero luego, a solas con sus reflexiones, no cesaba de pensar en la osadía de Casco. Por primera vez en la historia de Portugal, un labrador de aquellas aldeas, crecidas a la sombra de la casa ilustre, atacaba a un Ramires. ¡Y brutalmente, levantando un palo! ¡Qué diferencia con aquella época en que los hombres doblaban la rodilla cuando pasaba el señor de la torre! Pero Casco no podía quedar sin castigo: debía ser arrestado y encerrado...

No bien hubo terminado la cena, mandó llamar a dos mozos de labranza para que, armados, lo acompañasen a buscar al administrador del Concejo, a quien daría cuenta del atropello para que castigase al agresor. La noche envolvía los campos en sosiego y frescura; en el silencio, los rudos zapatos de los jornaleros resonaban cadenciosos. Y adelante, Gonzalo, con el cigarro encendido, saboreaba aquella marcha, ¡en la que de nuevo un Ramires atravesaba los campos con hombres de su bando, armados y decididos!



Ya en casa del administrador, éste lo recibió con una pregunta:

Qué, ¿ya conoce la noticia?



Pero... ¿no sabe? ¡Murió Sanches Lucena, el diputado! Esta tarde, de repente. Y cae usted a punto para decirle lo que pensé al enterarme. Desaparecido Lucena, habrá elección suplementaria, y tiene usted allí una ocasión soberbia. Si quiere, dentro de poco tiempo, será diputado.

Pero...



¿Qué puede detenerlo? ¿Su enemistad con Cavalleiro? ¡Tonterías! Ustedes, en el fondo, no son enemigos. En una tierra tan pequeña como la nuestra, tarde o temprano se imponía la reconciliación. ¡Pues que sea ahora, cuando ella puede llevarlo a la Cámara!



Y a continuación, el administrador habló a Gonzalo de la influencia extraordinaria de que gozaba Cavalleiro en el gobierno. La elección de marraz sólo se decidiría por el deseo personal de aquél; al presunto diputado le bastaba con ser cavalleirista para tener asegurado el triunfo. ¡Por ese distrito únicamente saldría diputado quien Cavalleiro quisiese! Por otra parte, el administrador reveló confidencialmente a Gonzalo que su enemigo ansiaba reanudar las relaciones, porque «entre los muchachos de esta generación, ninguno con más seguro y más brillante futuro en la política; lo tiene todo: gran apellido, gran talento, seducción, elocuencia... Y yo, que conservo por Gonzalo el antiguo cariño, quisiera ardientemente llevarlo a la Cámara».

En realidad, también mantengo la antigua simpatía por Cavalleiro. Y ciertas cuestiones íntimas, ¡bahl!, envejecieron, caducaron. Eramos como hermanos y siempre que lo veo siento un deseo loco de correr hacia él y abrazarlo. Por mi parte, estoy pronto para la reconciliación, pero ¿y él? Porque últimamente he publicado cosas feroces contra Cavalleiro...

Gonzalo: nada de titubeos. Mañana entre usted con los brazos abiertos en la gobernación y grite sin más preámbulos: «Andrés, lo que pasó, pasó; vengan esos brazos». Claro que convendría buscar un pretexto...



¡Yo tengo un pretexto! No... Quiero decir que tengo absoluta necesidad de hablar con el gobernador por causa de un enredo en que me ha metido un sujeto. Precisamente por esto lo buscaba a usted hoy.



El pretexto pareció de perlas al administrador y quedó convenido que a la mañana siguiente Gonzalo comenzaría la empresa. Ya de regreso, el hidalgo sintió que en su vida, estrecha y solitaria, se abría un aireado espacio lleno de actividad y abundancia. Era que el muro dentro del cual se imaginaba irremparablemente encerrado, de repente se quebraba. Ante él brillaba todo lo que había soñado. Claro que extendiendo los brazos hacia Cavalleiro ganaba la elección. Pero este gesto importaba la entrada triunfal de Cavalleiro en la tranquila casa de Gracia... ¡No, no podía hacerlo! Sin embargo, si no lo hacía, perdería tal vez la única oportunidad segura, y seguiría quieto y mudo, cubriéndose de musgo como su inútil torre. Por otra parte, ese recelo constituía una repugnante injuria a la seriedad de su hermana, y por lo tanto debía desecharlo con el corazón tranquilo. Quedaba, sin embargo, la propia humillación. Sería el triunfo desbordante de Cavalleiro, ¡Era muy duro! Mas por encima de todo estaba la gloria de su familia. No quería conformarse; ya no le bastaba ser el evocador de las hazañas de sus abuelos. Deseaba él mismo influir activamente en el destino de su patria. Y esta razón terminó por decidirlo.

Pero había otra que apenas si se animaba a confesarse: él ya no podría caminar por la carretera, sabiendo que a su alrededor rondaba Casco con su escopeta. Y, para no retornar a las costumbres bravías de sus abuelos, necesitaba que su enemigo estuviese inmovilizado. Era, pues, improrrogable, correr a la Gobernación. Luego, la Providencia decidiría...



Y afirmado en esta resolución, a la mañana siguiente, frente a Cavalleiro, iniciaba la acometida.

Me veo forzado a dirigirme al señor gobernador por un asunto de orden público...

Siento que no sea al hombre, al viejo amigo, a quien se dirija Gonzalo Mendes Ramires.

La culpa no es seguramente mía...

Después de tantos años, Gonzalo, sería más prudente no hablar de culpas, sino recordar la antigua amistad, que, por lo menos en mí, se conservó la misma, leal y sincera.



Si mi amigo Andrés recuerda nuestra antigua amistad, yo no puedo negar que en mí tampoco ha llegado a apagarse del todo...



Ambos balbucearon aún algunas lamentaciones. Y casi insensiblemente se trataron de tú. Gonzalo contó la osadía de Casco, y Cavalleiro, indignado, dió en seguida una orden para que fuera arrestado. Después hablaron de la muerte de Sanches Lucena, de la diputación vacante, y fué el gobernador quien aludió directamente a la cuestión:

Si tú, Gonzalo, quisieses servir al país, ser diputado por el distrito, qué enorme peso nos habríamos sacado de encima.

Si puedo serte útil, y serlo al país, estoy a tus órdenes.



Ante esa solicitud, tan sincera y conmovida, que rogaba en nombre del país, no cabía sino ceder. He ahí atravesada la brecha, sin rasgones en su orgullo o en su vanidad. Después hablaron de mil detalles: Andrés saldría esa misma noche para Lisboa, con objeto de conferenciar con el ministro e imponer a Gonzalo como candidato seguro y conveniente por el nombre, por el talento, por la influencia, por la lealtad.

Deja el asunto en mis manos y véte tranquilo a la torre. No digas nada a nadie y espera un telegrama mío de Lisboa. Luego, el domingo, vienes a almorzar conmigo en mi finca de Corinde.



Se estrecharon después en un fuerte abrazo, y Gonzalo abandonó la gobernación sintiéndose diputado. Mientras viajaba hacia su casa, pensaba que toda esa campaña, todos los pueblos que divisaba desde la ventanilla del coche, serían representados por él en la Cámara. ¡Y bien dignamente que los representaría! Ya tenía pensadas las palabras con que respondería al discurso del Monarca...



Gonzalo pasó dos días de terrible ansiedad. Ninguna noticia llegó a la otra mañana, y Gonzalo pasó la tarde espionando la carretera polvorienta por donde aparecería el repartidor de telegramas. Toda la noche, sin sosiego, imaginó a Cavalheiro traicionando su candidatura, burlando su confianza. Meditaba al día siguiente en la venganza, harto cruel, de que haría objeto al gobernador, cuando el ansiado telegrama llegó por fin. Lo arrebató de manos del criado, y devoró de un vistazo las benditas líneas: «Ministro acepta. Todo arreglado». El resto era para recordar que el domingo almorzarían juntos. En su desbordante gratitud hacia Cavalheiro, ideó Gonzalo una comida magnífica, ofrecida por su cuñado, cimentando la reconciliación de ambas familias. Y recomendaría a Gracia que, para honrar más la fiesta, se pudiese el magnífico collar de brillantes, la última joya histórica de los Ramires.

Sus alborozados proyectos fueron interrumpidos por la entrada de su criado:

Señor, ha llegado la mujer de Casco, lamentándose. Parece que le prendieron al marido. Apareció bajo la lluvia con los niños, uno de pecho... Quiere por fuerza hablar con usted.

¡Qué fastidio! ¡Ese hombre me quiso matar! ¡Y ahora, encima, caen sobre mí las lágrimas, las escenas! En fin, hazla pasar.



¡Cálmese, mujer! Le doy mi palabra de que mañana su hombre estará libre. Yo haré lo que sea necesario. Y ahora, márchese tranquila...



Pero no; este chico tiene fiebre... No puede irse con esta lluvia. Déjelo aquí; nosotros lo cuidaremos y dentro de unos días aparecerá en su casa sano y más gordo...



Terminaba Gonzalo de acostar al pequeño y prodigarle los más tiernos cuidados, cuando un rumor sordo lo hizo correr hacia la ventana; debajo de ella, un grupo numeroso agitaba sus sombreros y prorrumpía en estallidos aclamatorios. En las guitarras rompió triunfalmente el himno nacional, y las voces del pueblo, por primera vez, vitorearon su nombre:

¡Viva el futuro diputado! ¡Viva el ilustre Gonzalo Mendes Ramires!

¡Viva la ilustre casa de Ramires! ¡Viva su digno descendiente!



Gonzalo, riendo halagado, extendió majestuosamente el brazo...

¡Gracias, mis queridos conciudadanos! ¡Gracias! El honor que me hacéis, viniendo así en este hermoso grupo, me produce una emoción intraducible...



El domingo siguiente, cuando Gonzalo se dirigía a casa de Cavalheiro para asistir al almuerzo convenido, divisó, a un costado de la carretera, a un hombre que se arrastraba penosamente, cojeando. Trotó hacia él, con curiosidad...

¿Qué le ocurre?

¿Qué ha de ser, señor hidalgo?
¡Desgracias de la vida!

Y, gimiendo, le contó sus desventuras. Hacía meses que padecía de una llaga en el tobillo, que no se secaba ni con emplastos ni con exorcismos... A pesar de ello, había conseguido trabajo en una hacienda vecina, pero de repente, cae una piedra que tropieza con la herida, arranca la carne, astilla el hueso, y lo deja en aquella forma... Había tenido que hacer tiras de la camisa para contener la sangre...

¡Pero así no puede seguir, hombre! ¿No había nadie allí que le prestase ayuda?

En este mundo cada uno tiene su prisa, señor... Creo que he de poder llegar arrastrándome a la Finta, donde vivo...

Inmediatamente, con un ágil salto, Gonzalo se apeó.

Eso no. Aquí tiene mi yegua. Precisamente llevo esa dirección.

¡Santo nombre de Dios! ¿Y había de ir yo a caballo y usted a pie? ¡No, señor! Antes acabaría yo aquí mi pobreza, con la llaga gangrenada...

¡Vamos, monte, que se lo mando yo! Usted es un labrador; yo, el hidalgo; soy el que manda...

Sumiso ante aquella fuerza superior, el campesino agarró en silencio la crin de la yegua y colocóse un estribo ayudado por Gonzalo, que sin quitarse los guantes le levantaba el pie vendado.

A REIR

Ya montado, el hombre no cesaba de murmurar, en la gratitud y el asombro de aquella caridad:

¡Esto es el mundo al revés!... ¡Yo en la yegua del hidalgo, y el hidalgo a pie por la carretera!...

Así, orgulloso y turbado el uno, y contento y emocionado el otro, cruzaron la distancia que los separaba de la Finta. A su paso, los labriegos se quedaban mirándolos, absortos, con una curiosidad que los abrasaba. Nunca se había visto nada semejante: el mayor hidalgo de Portugal, a pie por la carretera, llevaba de la rienda, en su propio caballo, a un humilde labriego.

Después de dejar al campesino en su casa, Gonzalo apresuró a llegar a la finca de Cavalleiro. El almuerzo fue una confirmación de la primera entrevista. Mientras recorrían el jardín, Cavalleiro anunció que al atardecer irían ambos a Oliveira, entrando por la calle principal a la hora del paseo. Sería el comienzo de la campaña. Gonzalo, consternado, pensaba en las risas perversas de toda la ciudad, ante una entrada tan aparatosamente fraternal. Pero de nada valió su consternación, y esa tarde, mientras la banda del regimiento alegraba con sus sonos todos los ámbitos del pueblo, los dos amigos aparecieron al paso solemne de sus yeguas, ante el asombro indescriptible de los habitantes de Oliveira.



Después de recorrer en toda su extensión la calle principal, ambos amigos se despidieron. Gonzalo se dirigió a la casa de su hermana, donde lo aguardaban multitud de preguntas. Satisfizo todas lo mejor que pudo, y ante el gozoso asombro de su cuñado, le pidió que invitase a Cavalleiro a comer con ellos al día siguiente. Gracia aparentó un desinterés silencioso por...

...la reconciliación, por la elección, por la comida. Pero Gonzalo se daba cuenta de la turbación en que la ponía aquella entrada triunfal de Cavalleiro en su hogar. Y para tranquilizarse evocaba la seriedad de su hermana, su puro pensar, la altivez de su alma heroica. Hasta llegó a recelar de que Gracia, por cautela o por vergüenza, recibiese friamente a Cavalleiro y le solicitó una sonrisa para el huésped...

Nunca había estado Gracia tan encantadora como el día del almuerzo: clara y fina, con los ojos refulgiendo, un delicado rubor transparente, todo un fresco brillo de flor regada, a pesar de la timidez que le inmovilizaba los dedos al mover la cuchara. Y a su lado, magnífico, Cavalleiro dominaba la mesa, levemente conmovido también...



Después del almuerzo, pasaron a la sala. Gonzalo recordó en el piano un vals de cadencia amorosa y cansada, y Cavalleiro, acariciándose el bigote, avanzó hacia Gracia, y con un tono entre grave y despreocupado le pidió:—¿Quiere usted hacerme el honor?...



Y le ofrecía sus brazos. Gracia, ruborizada, aceptó, dejándose llevar al compás de la música. Pequeña y ligera, se fundía en la fuerza de Cavalleiro, que la arrastraba en giros lentos, con el rostro inclinado, respirando sus cabellos magníficos. Gonzalo, nervioso, se sorprendía ante aquella familiaridad renovada por Cavalleiro con tan serena confianza, y por Gracia con tanto abandono. De los labios de Cavalleiro brotaba una sonrisa, un murmullo. Gracia palpitaba... Y Barrolo, extasiado, aplaudía carífosamente:



Cuando Gonzalo regresó esa tarde a su finca, avistó cerca de la puerta de entrada a Casco que esperaba, pensativo y abatido, con el sombrero en la mano. Se acercó a él, forzando una sonrisa.

¡Perdóneme, señor, que yo ni siquiera sé pedirle perdón! Tengo mal genio, hice una burrada y con el cuerpo lo pagué. Cuando supe que mi mujer había venido a la torre y que usted no dejó salir al pequeño y lo cuidó, y le arregló la ropa... Señor, no sé decirlo... ¡Pero si alguna vez, sea para lo que fuere, usted necesita la vida de un hombre, aquí tiene la mía!



Gracias, Casco.

Y Gonzalo le alargó la mano con sencillez, mientras pensaba: «¡He aquí cómo se consiguen afectos gratuitamente. Porque, en fin de cuentas, ¿quién no impediría que una criatura con fiebre saliese de noche por una carretera oscura, bajo la lluvia y el vendaval? ¡Ah, qué fácil es ser rey, y rey popular!» La certeza de que sus bondades conquistaban, como en este caso, muy fácilmente a las gentes, lo animó a obedecer a Cavalleiro y a iniciar su propaganda política.

Montado en su yegua, iba por las quintas llevando caramelos a los niños, mantas a las viejas, palabras de elogio y de amistad a los jóvenes... Había aprendido a reír con los campesinos, a hablar a los pequeños, a estrechar manos ásperas y rugosas, a encender el cigarrillo en las brasas de las cocinas. Y en todas las visitas, humildes o encumbradas, encontraba el mismo fervor, las mismas sonrisas de contento...

Así en la casa de Juan Firmino, un humilde carpintero. El marido no estaba cuando llegó Gonzalo, y fué la mujer, gruesa y lucida, con dos niños colgados de las sayas, quien lo atendió...

¡Qué rico olor a pan fresco hay aquí, comadre! Hizo la hornada, ¿eh? Bueno; un abrazo a Firmino.

Y no olvide que la elección es para el otro domingo: cuento con el voto de él.

¡Ay, señor hidalgo; puede estar tranquilo! Todos los de aquí votarán por usted; y quien no vaya por entusiasmo, irá a palos...

Y en la casa de la abuela Ana, que empezó a lloriquear porque su hijo estaba ausente cuando el hidalgo iba a visitarlo: «que aquello era como visita de santo».

No, abuela, no; de pecador, de gran pecador...

¡Qué esperanza! ¡El que mostró aquella caridad por el hijo de Casco, merece estar en un altar!

O en la casa de Adrián Pinto, donde éste y sus hijos asombraron a Gonzalo con el fervor con que se le ofrecían...

¿Para el hidalgo? Pues no hay más que hablar... Aunque se votase contra el gobierno, que es nuestro padre...

O en la finca del Vizconde de Río Manso, elector influyente que, junto con sus amigos, aseguraría a la elección una arrogante unanimidad.

Desde una tarde memorable, he esperado siempre la ocasión de demostrarle mi reconocimiento y simpatía.

Pasaba usted a caballo por la carretera, cuando mi nieta, que jugaba en la terraza, dejó escapar una pelota. Riendo, se apeó usted inmediatamente, la recogió y, para restituírsela, pidió a la niña que le entregara un clavel, lo que hizo muy seria, como una dama. ¿No lo recuerda?

Sí, sí, perfectamente...

Pues al día siguiente mandó usted un hermoso cesto con su tarjeta, y en ella esta galantería: «En reconocimiento por un clavel, rosas». He sabido que es usted candidato a diputado por el distrito. Y a pesar de ser una elección tan segura, pensé en seguida: «¡He aquí la ocasión de ofrecer a ese joven tan amable, mi apoyo y mis votos!»

Realmente, señor, nada me podía conmovir más que un ofrecimiento tan espontáneo, tan...

Soy yo el conmovido al saber que usted los acepta. Y ahora no hablemos más de ese mi pobre apoyo y de esos mis pobres votos...



Y, por último, en la taberna de Adegá, donde un grupo de trabajadores bebía, alborotando Gonzalo celebró con ellos el vino y el barullo, y el más viejo mostró su entusiasmo golpeando el mostrador...

Este sí que es un hidalgo, muchachos, que cuando un pobre diablo se rompe una pierna, le presta su yegua, y va a su lado, a pie, más de una legua... ¡Muchachos, éste es un hombre; hay que acordarse de él!...



Los vivos atronaron la taberna. Y cuando Gonzalo montó, lo rodearon como vasallos, que a un gesto correrían a votar, o a matar.



Una tarde, después de la habitual recorrida, llegó hasta Oliveira. En la casa de su cuñado le informaron que éste había salido desde muy temprano; en cuanto a Gracia, hacía bastante rato que se había dirigido a la iglesia vecina. Gonzalo fue entonces al jardín, con ánimo de aguardar allí la vuelta de los ausentes. Pero al pasar cerca del mirador, sintió un cuchichear perturbado. Una idea lo atravesó, y tan dolorosamente, que se separó con terror. Sin embargo, una desesperada curiosidad lo dominó, y acercóse nuevamente con la cautela de un espía. Alguien balbuceaba: «¡No! ¡No! ¡Qué locura!» Alguien urgía, impaciente: «¡Sí, sí, amor mío!» Y los reconoció a ambos: ¡Era Gracia! ¡Era Cavaleiro!



En los días que siguieron a su descubrimiento, no cesó de vibrar en el espíritu de Gonzalo una cólera que a todo se extendía... Cólera contra la hermana, contra su marido, contra Cavaleiro... Pero sobre todo, cólera contra sí mismo que, por la baja ambición de una banca, había derribado la única muralla segura entre su hermana y el antiguo novio. ¡Qué contraste entre el último Ramírez, con aquellas gentes de antaño, de vidas tan triunfales y sonoras! ¡Ni siquiera había heredado de ellos la cualidad más simple: la valentía fácil. El había nacido con el defecto de mayor desdoro: esa flaqueza de la carne que irremediablemente, delante de un peligro, lo forzaba a retroceder, a huir. Era esa debilidad la que lo había abandonado a la influencia de Cavaleiro... ¡Qué miseria! Y el hombre vale sólo por la voluntad; sólo en el ejercicio de la voluntad reside el gozo de la vida.

Para disipar tan sombríos pensamientos, Gonzalo decidió efectuar una de las ya acostumbradas visitas de propaganda. Al poco rato se encontraba frente a una casa baja, con amplias ventanas y un huerto asombrado por una enorme higuera. Sentado junto a la puerta, un chiquillo acariciaba el hocico de un perdiguero. Gonzalo se dirigió a él, en procura de informaciones.



Siga por la carretera hasta aquel monte; después tuerza a la izquierda, siempre por el llano...



En ese instante asomó a la puerta un mocetón y Gonzalo reconoció al cazador que, poco antes de su encuentro con Casco, lo había desafiado en la carretera. El muchacho, dirigiéndose al chiquilín, y mirando con insolencia a Gonzalo, exclamó:



«¿Por qué estás enseñando el camino? Este no es sitio para burocratas.»

Gonzalo sintió que la sangre se le agolpaba en el corazón, en un tumulto confuso, de miedo y de rabia. Apretó las rodillas para echar a galopar. Y, con un esfuerzo que lo ahogaba...

¡Es usted un insolente! ¡Y es la segunda vez que me molesta! ¡Esté seguro de que no escapará sin una lección!



El moceton agarró un cayado corto y saltó a la carretera...

¡Pues aquí estoy! ¡Venga ya esa lección! ¡Y le aseguro que de aquí no pasa, señor Ramírez!



Una nube turbó los ojos del hidalgo. Y de repente, en un arranque inconsciente, como impulsado por una ráfaga de orgullo y de fuerza que se desencadenara del fondo de su ser, erguido en los estribos, lanzó un golpe con su látigo, tan fuerte...



...que la oreja del contrincante quedó colgando entre un chorro de sangre. Dando un grito, el hombre retrocedió, tambaleándose. Gonzalo saltó sobre él, con arrojo, y dándole...



...otro golpe feroz, lo derribó. Las patas de la yegua pisoteaban al moceton. Gonzalo golpeó desesperadamente hasta que el cuerpo del muchacho quedó inerte.

De repente, un tiro atronó el aire y Gonzalo avisó al chiquilín, aún con la escopeta humeante, pero ya dudando, aterrado.



ALÉGRESE

Lanzó la yegua contra él, con el látigo levantado, y descargó toda la fuerza de su brazo sobre el cuello...



...del infeliz que, tambaleándose, fué a dar con la cabeza contra una cantería. Gonzalo, jadeante, detuvo a la yegua. ¡Los dos enemigos yacían inmóviles! El hidalgo sentía una alegría brutal.



En ese momento divisó a un viejo que, agachado, trataba de entrar en la casa. Espoleó a la yegua para cortar el paso, y el viejo quedó apretado contra la pared.

¡Ay, no me haga daño, señor, por el alma de su padre!

Ese canalla me descerrajó un tiro... ¿A qué iba usted corriendo para la casa? ¿A buscar otra escopeta? ¡Camine delante de mí, siempre derecho, por la carretera!

Y ante la orden de Gonzalo, el viejo empezó a caminar, encorvado. De trecho en trecho se detenía, fijando en Gonzalo su mirada torva, donde negreaban el miedo y odio... Corrida una milla, el hidalgo se detuvo: antes de que el hombre volviese a la casa, agarrase un arma y tratara de vengarse, estaría él en la torre. Entonces gritó con el entrecejo fruncido:

¡Alto! Dígalas a esos dos tunantes que no se quedarán solamente con la paliza, sino que tendrán que vérselas con la justicia... Y ahora, ¡largo de aquí!

Después galopó hacia la torre. Una alegría tan grande lo había invadido, que iba como lanzado en un delirio. Al salir de su casa, no se hubiera atrevido a enfrentar a un muchacho armado con una vara, y de repente, cuando el bruto lanzó la injuria, algo que se desprendía de su ser lo invadió y le llenó cada vena de sangre ardiente, y le endureció cada músculo con una fuerza desconocida, y le impregnó el alma de indomable fortaleza. Y ahora volvía como un hombre nuevo, soberbiamente viril, libertado al fin de la sombra torpe de su miedo. ¡Al fin era un hombre! Y de repente le pareció que su torre era más suya, y que una afinidad nueva, basada en la fuerza, lo hacía más señor de sus posesiones.



En su finca lo esperaban Gracia y Barrolo, quienes, extrañados por su ausencia, habían decidido visitarlo y comunicarle que al día siguiente debía encontrarse en Oliveira, pues Cavalleiro le tenía preparada «una sorpresa». Gracia y Barrolo oyeron con entusiasmo y admiración el relato de la aventura de Gonzalo. Pronto se reunieron a las puertas de la finca gran número de curiosos y de admiradores, quienes expresaron entusiastamente la alegría con que recibían esta muestra del coraje del hidalgo.

Acallado el vocerío y tranquilizados los ánimos, Barrolo llevó aparte a su cuñado, para darle cuenta de una novedad.

Fíjate el anónimo que he recibido.



Y Gonzalo leyó:

«Ha demostrado usted mucha inteligencia llamando a su intimidad al gentil Cavalleiro. Su esposa, que andaba tan abatida, inmediatamente refloreó y ganó en colores. Nuestros sinceros parabienes.»



Al principio no lo entendí. Ahora me doy cuenta... Quieren decir que Gracia y Cavalleiro están enamorados... ¡Qué disparate! Cavalleiro, desde aquella comida, sólo apareció tres o cuatro veces en Oliveira... Se marchó a Lisboa y sólo nos visita de tarde en tarde. Si hasta me asombró que mañana quisiera verte en casa...

Gonzalo, por su parte, apoyó las seguridades de su cuñado y poco después se dirigía al encuentro de Gracia, llevando consigo la carta.

Gracia, vale más que hablemos claro. ¡Ahí tienes lo que han escrito a tu marido hace unos días!

Gonzalo, pero...



Barrolo se rió. Y yo también. Pero tú sabes lo que son estos pueblos. Yo tengo la culpa; bien arrepentido estoy. Gracia, el pasado ha muerto, y todos precisamos, por nuestro honor, que continúe muerto. Por lo menos que por fuera, en cada gesto tuyo, parezca bien muerto. ¡Soy yo quien te lo pide, por nuestro nombre!



Entre los brazos del hermano, ella gimió con infinita dulzura:

Pero ¡es que él no está! ¡No quiso estar más en Oliveira!

Ya lo sé. Y ello me prueba que has sido fuerte... Y ahora cálmate. Eso sólo fué un incidente. Y provocado por mi liviandad... Pero ya pasó, está todo olvidado. Y cuando bajes, ten los ojos secos.



Gracia, ante la tierna comprensión del hermano, sintió que se deshacía, insensiblemente, la sombría tormenta de su corazón. Casi no comprendía ahora cómo un sentimiento que a través de sus ansiedades, justificaba, casi santificaba por saberlo único y deseable eterno, se acababa, sin dilaceraciones, dejando apenas una vaga nostalgia, extrañeza y confusión, restos del antiguo incendio, formando una ceniza fina...



Al día siguiente, como lo había prometido, Gonzalo se dirigió a casa de su cuñado, para enterarse de la «sorpresa» que le tenía reservada Cavalheiro. Cuando el Gobernador entró en la sala, pausado y magnífico, Gonzalo sintió una renovada aversión por toda aquella petulancia llena de falsedad, y apenas pudo palmar levemente en las espaldas del amigo, que lo estrechó en un abrazo de aparatosa ternura. Poco después, el misterio se esclarecía:

Pensé que uno de los primeros hidalgos de Portugal, seguramente el primero, debía tener un título que consagrara la antigüedad ilustre de la casa y el mérito superior de quien hoy la representa... Por eso, mi querido Gonzalo, intercedí ante el Rey, y hoy puedo anunciarte, en su nombre, que vas a ser Marqués de Treixedo.



Una ola de sangre cubría el rostro de Gonzalo. Instantáneamente comprendió que el título era una merced de Cavalheiro, no al jefe de la casa de Ramires, sino al hermano de Gracia... Y sobre todo, sintió lo absurdo de que, al jefe de una casa diez veces secular, madre de dinastías, constructora del reino, se le tirase ahora un título hueco, como a un tendero enriquecido que hubiese financiado unas elecciones.

¡Oh, Marqués de Treixedo! Ciertamente muy elegante, muy lindo...



Pero, querido Andrés, ¿con qué autoridad me hace el Rey Marqués de Treixedo?

¿Con qué autoridad? ¡Sencillamente con la autoridad que tiene sobre todos nosotros, como Rey de Portugal que es!



Perdón, Andrés: Aún no había reyes de Portugal, ni siquiera había Portugal, y ya mis abuelos tenían solar en Treixedo. El Rey tiene una quinta: el Roncón. Pues dile al Rey que tengo un inmenso placer en hacerlo a él Marqués del Roncón...



Barrolo estaba pasmado, sin comprender. Gracia estaba de placer ante aquel espléndido orgullo que tan bien correspondía con el suyo. Cavaleiro...

¡Bien, perfectamente! Cada uno entiende las cosas a su manera...



Y salió, furioso, pero inclinando los hombros con irónica sumisión.

El domingo siguiente se celebraron las elecciones. Aun con desconfianza, Gonzalo deseó pasar ese día a solas, casi escondido. A cada momento, el criado entraba en la biblioteca alcazándole telegramas que enviaba Cavaleiro: «Todo óptimamente». «Victoria indiscutible».

Cerca de las veinte, ya conocía su triunfo espléndido. Toda la comarca había salido para votar, con Casco al frente, levantando una bandera entre dos tambores que redoblaban. Delante de la taberna, la gente alzó un arco de mirto con esta leyenda: «Viva nuestro Ramirez, flor de los hombres». Músicas por las calles, el casino embanderado, la casa del ayuntamiento con el retrato de Gonzalo entre luces y una multitud aclamándolo...

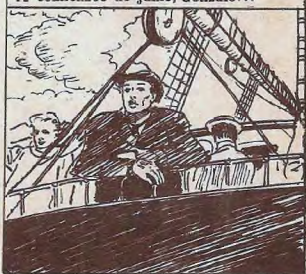


Era, pues, popular. Por todas las aldeas extendidas bajo la sombra de la torre, su nombre era vitoreado. Y esta certeza no lo llenaba de alegría ni de orgullo; más bien lo llenaba de confusión, de arrepentimiento. ¡Diputado!



Y ante este resultado tan insignificante, tan trivial, todo su esfuerzo sin escrúpulos le parecía risible. Diputado para llegar en coche a la cámara, adentro bostezar, desfilar ante sonrisas serviles, sufrir los ataques de los enemigos... Y para conseguir eso abrazó ante Oliveira pasmada al hombre detestado y envolvió a Gracia, el ser que más amaba, en confusión y penas. ¡Qué vida estúpida le esperaba, mientras otras, tan llenas y soberbias, palpitaban bajo las mismas estrellas! Por el camino de estas reflexiones, dos hechos se le imponían: un día en la carretera, levanta el látigo y descubre su fuerza; otro día se adelanta por entre el pueblo y descubre su inmensa popularidad. Es, entonces, fuerte, y su fuerza se advierte y se aclama. En él podían los Ramirez del siglo XII reconocerse de verdad. Pero era necesario dejar la pequeñez que lo rodeaba, alejarse del triunfo fácil y del prestigio más fácil aún, y desarrollar en una acción realmente grande las potencias de su alma. Por eso una tarde, tomada la decisión, escribe a Gracia: «Pronto dejaré la torre y me embarcaré para el Africa».

A comienzos de junio, Gonzalo...



...se alejaba de Portugal.

Desde la popa del barco que lo conducía a tierras extrañas, inmóvil, como si la energía de la antigua raza que había pasado por la torre refluiese a su corazón, meditaba en la lucha futura, ardua y desolada. Trabajaría, haría bien a los hombres, pondría su inteligencia al servicio de los ideales más generosos. Lograría, por fin, añadir un brillo nuevo al ilustre nombre de los Ramirez. Riquezas puras lo dorarían, y la patria habría de elogiarlo, porque él, en un esfuerzo pleno, la había servido bien...



Cuatro años pasaron ligeros sobre la vieja torre. Una tarde de fines de septiembre, Gracia, que había llegado la víspera de Oliveira, acompañada por las criadas y su confesor, el padre Socioi, descansaba en el balcón del comedor. Todo el día había andado por el caserón, ordenando y limpiando, poniendo un interminable interés en el trabajo. Era que la torre adornaba su vejez porque el domingo, después de los cuatro años de Africa, Gonzalo volvía a ella.

¿De modo que tendremos por fin aquí a nuestro hombre? Siento verdadera impaciencia por ver a Gonzalo...

¡Cuántas cosas habrá de contarnos! En su última carta me decía que trae notas para un libro, que ha plantado dos mil cocoteros, las gallinas son a millares, y tiene...



...también mucho cacao, mucho caucho... En la concesión construyó una gran casa con veinte ventanas. Pero a pesar de estas maravillas, yo dudo de que Gonzalo vuelva al Africa. En carta que recibí ayer de mi prima, desde Lisboa, me habla de un encuentro que tuvo Gonzalo al desembarcar, que me ha dejado pensativa.

¿De qué se trata?



Estaba casualmente en el puerto el Vizconde de Río Manso con su nieta, una joven hermosísima.



El anciano abrazó a Gonzalo con una ternura de padre, y la niña se puso encarnada... Parece que hay entre ellos una amistad antigua por causa de un cesto de flores, y el destino furtivamente los anda acercando. Por la noche comieron juntos... La diferencia de edad es apenas de once años; y la dote tremenda...



Pues mucho me alegraría que el «encuentro» nos restituyese a Gonzalo para siempre. Bien merece el hidalgo la paz que aquí lo espera.



En el cielo claro una estrellita titilaba sobre los campos adormecidos. Y el padre Soeiro, en el silencio y la dulzura de la tarde, pidió esa paz de Dios para Gonzalo, por su inmensa bondad, por su franqueza, por sus arrebatos y entusiasmos, por su generosidad, por su sentido del honor, por su humildad, hasta por esa desconfianza terrible de sí mismo, que lo acobardaba, hasta que un día se decide y aparece como un héroe que a todo se atreve. El último héroe de la ilustre casa de Ramires, honra de esa familia pegada a la vieja torre desde hacía mil años.

JUAN CEPILLO



ALMANAQUE CRIOLLO



Consejos del
Viejo Irala
por Alberto
Vacarezza



Yo no sé si alcanzarás
a seguirme en este viaje...
aunque es pobre mi plumaje
como lo habrás alvertido,
NO HAY GAUCHO MEJOR VESTIDO
QUE EL QUE USA SU PROPIO TRAJE.

FEBRERO 1966

20 - 21 y 22 - Carnaval

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SÁBADO
*	*	1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	L. Lira 6 5	C. Mes. 3 12	L. Nave 9 20	C. Oro 6 27	*

MARZO 1966

27 - Domingo de Pasión

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SÁBADO
L. Lira 6 6	C. Mes. 3 14	1	2	3	4	5
6	7	8	9	10	11	12
13	14	15	16	17	18	19
20	21	22	23	24	25	26
27	28	29	30	31	L. Nave 6 20	C. Oro 6 29

COMPRE

Intervalo
ALBUM

TODOS LOS MESES

Intervalo 120 - XV - 2/81966

Egídio Esteban/2019

Lea, en el próximo **Intervalo**

ALBUM

EL MISTERIO DE LA MINA ABANDONADA, por J. M. Flynn

HISTORIA DE HOMBRES Y MUJERES, por C. M. Paz

UN JAVERT DE LAS PAMPAS, por Héctor P. Blomberg

UN SOBRE ROSA PERFUMADO, por Gonzalo Hernández

LA BELLA DE HONG-KONG, por Bix Foster

LA REINA FLORIANA, por J. E. Hartzenbusch

EN LA ENCRUCIJADA, por Josephine Bernard

LAS SIETE LLAVES, por C. y M. Logan

GILBERTO, por Julie Claretie

DOCTOR KILDARE, por Ken Bald

Intervalo **ALBUM**

AÑO XV

Nº. 120

DIRECTORES: RAMON COLUMBA (h.), CLAUDIO COLUMBA (h.)



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S. A. C. E. I. F. A.

SARMIENTO 1099 - BUENOS AIRES - TEL. 45-1145 Y 4297

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional
Nº 857.392 de la
Propiedad Intelectual

Correo
Argentino
Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida
Concesión, Nº 2763

el ánimo "por el suelo..."



AQUEL DÍA EN EL CAFE ME CONVENCI DE QUE MI TRABAJO ME TENIA EN UN CALLEJON SIN SALIDA. SABIENDO AL ERA EL REMEDIO Y DECIDI PONERLO EN PRACTICA.

CUANDO TERMINE EL CURSO ME PRESENTE EN UNA EDITORIAL.

SUS TRABAJOS TIENEN TODAVIA CIERTOS DEFECTOS. VUELVA DENTRO DE ALGUNOS MESES.



CON LA AYUDA DE MIS PROFESORES ME PERFECCIONE AUN MAS, REPASE EL CURSO Y PRACTIQUE DEL NATURAL. VOLVI ENTONCES Y...



LO FELICITO, JOVEN. SUS DIBUJOS SON MUY BUENOS. TENDRA UN GRAN PORVENIR EN NUESTRA EMPRESA.



¡JOVEN AFICIONADO! ESTUDIE USTED TAMBIEN POR CORREO ESTA MAGNIFICA PROFESION EN SU TIEMPO LIBRE. EL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS ES EL CAMINO MAS CORTO Y SEGURO PARA SER DIBUJANTE. ENVIE AHORA MISMO ESTE CUPON. GRATIS LE ENVIARAN FOLLETOS EN COLORES DEL CURSO.

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE
SAN JOSE 715 - Bs. AIRES - ARGENTINA - ESTUDIO D-3

Ruego se sirvan enviarme GRATIS folletos en colores del curso de los FAMOSOS ARTISTAS.

Nombre: _____
Calle y N°: _____
Localidad: _____
Provincia: _____
Ocupación: _____

Edad _____

NO AGUANTO UN DIA MAS. HOY MISMO ENVIÓ LA MATRICULA.



ESTOY SEGURO DE LO QUE HICE. ME INSCRIBI EN EL CURSO QUE MAS EXITO TIENE EN LA ACTUALIDAD.



NO ESTABA EQUIVOCADO. ¡LAS LECCIONES DEL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS SON ESTUPENDAS! Y QUE FACIL ES APRENDER A DIBUJAR CON ESTE METODO. ¡AHORA SI QUE SALDRE ADELANTE!



PROFESORADO

Alberto BRECCIA Daniel HAUPF
Narciso BAYON Jose MOTTINI
Angel BORISOFF Hugo PRATT
Carlos FREIXAS Pablo A. PEREYRA
Luis A. DOMINGUEZ Carlos ROUME
C. GARAYCOCHA Enrique VIEYTES